



CUANDO TE VUELVA
a Ver

ANDREA VALENZUELA ARAYA

Tres
Almas

Cuando te vuelva a ver



Andrea Valenzuela Araya

CUANDO TE VUELVA A VER

© Andrea Valenzuela Araya

© Tres Almas, Copyright 2016

Portada a cargo de China Yanly
Primera Edición Mayo, 2016
Amazon Digital Services, INC.
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita del autor o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de la obra por cualquier medio o procedimiento, ya que se encuentra debidamente inscrita en el Registro de Derecho de Autor de la ciudad de Santiago de Chile.

DEDICATORIA

Con muchísimo afecto dedico esta historia a quienes han descubierto que hay vida y amor incluso, más allá de la muerte.

AGRADECIMIENTOS

De todo corazón, muchísimas gracias a cada una de las personas que forman parte de mi diario vivir engrandeciéndolo con su amistad, con su apoyo y, especialmente, con su cariño sincero.

Familia, amigas (os), lectoras, colegas de letras... gracias por tanto.

SINOPSIS

Simón y Josefina se conocieron por mera casualidad, que es como se suelen conocer los grandes amores. Y se enamoraron, ¿sabes? Sin saber o vislumbrar que un solo instante podría cambiar el resto de sus vidas para siempre.

Porque hay personas que nos enseñan a crecer, otras que nos ayudan a vivir y otras que, pese al tiempo y a una obligatoria lejanía, se quedan en nuestros corazones para siempre....

Te invito a conocer esta hermosa y especial historia de amor, en la cual dos personas deberán aprender a dejar ir lo que más aman en esta vida para, quizás, algún día, llegar a encontrarse en alguna otra.

¿Crees que exista vida y amor, incluso, más allá de la muerte?

Yo, definitivamente, sí.

“Te quiero y te querré hasta un paso más allá de todo. Incluso, en ese exacto lugar donde se termina la luz. Sí, allí donde hasta Dios sabe que es peligroso quedarse.”

Cuando te vuelva a ver

PRÓLOGO

Paralizada en el umbral de aquella habitación, no cesa de observar a quien se halla frente a sus ojos conectada a una infinidad de máquinas, respirando levemente mientras lucha, segundo a segundo, por no perder lo que le queda de vida. Asimismo, no puede creer que esto esté sucediendo, menos después de que ambas están allí, en el mismo sitio y a la misma hora, como si todo esto fuera una maldita jugarreta del destino. Sí, de un incierto, mezquino, demoledor y horrible destino que le oprime el pecho con sus gélidas manos quitándole las pocas fuerzas que le quedan y consiguiendo, además, que desvaríe y piense que nada de esto está ocurriendo cuando todo parece ser tan desequilibrado, agobiante y a la vez, demasiado real.

Sin entender el por qué, da un par de pasos acercándose con muchísimo recelo hacia quien yace recostada en una cama de hospital con leves signos vitales en su cuerpo, notando el ritmo errático y débil de su corazón que, a todas luces, le brinda una angustiada sensación de pánico que no logra disimular, al igual que el llanto que la invade y que brota de sí con más y más desesperanza.

—Despierta —le pide con la voz temblorosa mientras que, con

suma delicadeza, coge una de sus manos para entrelazarla a una de las suyas—. Despierta —vuelve a repetirle cuando las lágrimas empiezan a nublar su visión—. No es hora de jugar —le reclama, endureciendo su cadencia—. ¿Me estás oyendo? Sé que lo haces... Oí tu llamado, por eso estoy aquí —suspira, manteniendo en pie toda su entereza—. Así que pelea... —le exige, desafiante—. Pelea como una guerrera por lo que más quieres y lucha por tu... —se detiene, cerciorándose que lo que dirá es una grandísima imbecilidad cuando, evidentemente, sabe que ambas son la misma persona—... por nuestra vida —se estremece ante la frialdad que emana de su propia piel—. Vamos, Josefina, ¡despierta! ¡Tienes mucho por qué vivir! ¡No es hora de jugar a las escondidas! —Se aferra a su frágil extremidad con todo su corazón puesto en ello—. ¡Óyeme, por favor! ¡Óyeme y no te dejes vencer cuando sabes de sobra que estoy aquí contigo! —Algo más que un par de lágrimas corren raudas por sus mejillas—. ¡No te rindas! ¡No decaigas y lucha por lo que sueñas, por lo que anhelas y por...! —No logra pronunciar siquiera la totalidad de esa frase cuando las fuerzas parecen abandonarla—. ¡Por favor! —Cierra los ojos y vuelve a suplicarle con esas dos únicas palabras que forman parte de su ferviente letanía—. ¡Por favor, Jo! —Reitera, rasgándose la garganta sin dejar de repetirlo, tenazmente. Quiere gritar, pero no consigue hacerlo porque por más que lo intenta el sonido de su voz se apaga rápidamente en intensidad—. ¡No nos abandones! ¡No es hora de partir! —Se lanza sobre su menudo cuerpo para remecerla cuando el pitido del monitor cardíaco se acelera al grado de hacerle comprender que sus segundos están siendo contados—. ¡Despierta, maldita sea! ¡Tienes que vivir! —Vocifera enloquecida perdiendo el aliento y la compostura—. ¡Tienes que quedarte! ¿Me oyes? ¡Tienes que salir de

ésta por ti, por él y por nosotros! —Desconsolada, llora sobre su lecho cuando sus piernas no consiguen sostenerla—. ¡Estoy aquí, Jo! ¡Estoy aquí, contigo, y no voy a abandonarte nunca, pero tú no renuncies ahora! —Le demanda en un grito ahogado—. ¡No renuncies ahora!—. Pero ya es tarde, y bien lo sabe al ver entrar en la habitación al equipo médico preparándose para el peor de los casos—. ¡Josefina! —Grita con ímpetu, cayendo al piso de rodillas—. ¡No es justo! ¡No ahora por amor de Dios! —La pierde por completo de vista mientras a su alrededor todo sucede tan de prisa—. ¡No permitas que se quede solo! ¡Lucha! ¡No nos dejes así! —Se arrastra por el suelo hacia un costado de la cama, pero de un momento a otro, levanta la cabeza al oír la pujante voz del médico exigiendo que se desarrolle el procedimiento de resucitación, que a los pocos segundos se hace efectivo descargándose en ella con furia, con dolor, quemándole la piel, explotándole el pecho mientras balbucea un “¡Ayúdame, Jo!, que silenciosamente emiten sus labios cuando consigue alzar una de sus manos en su dirección—. ¡Hazlo por Simón! —exclama fuerte y claro al escuchar un grito ensordecedor que lo invade todo y que parece ser el suyo, sin que nadie más que ella logre reconocerlo, para luego ya no oír nada más en aquel cuarto que, de pronto, y como por arte de magia, se ha sumido en el más completo, aterrador y absoluto de los silencios.

Cuarenta y ocho horas antes.

Algunos tímidos rayos de sol se cuelan por entremedio de las cortinas semi abiertas de ese dormitorio. Aquel cuarto que, vagamente iluminado cobija, noche tras noche, el amor, la pasión, la lujuria, el desenfreno y el sublime deseo de esos dos amantes que, ante un nuevo día, renacen desnudos, soñolientos y envueltos entre sus propias extremidades que, con fuerza y terquedad, se niegan a desprenderse, menos a abandonarse del todo.

Cuando él abre los ojos e inspira profundamente el dulce aroma que expele la piel de su compañera, ésta se aferra aún más a su cuerpo como si temiera perderlo. ¿Y él? Rápidamente, reacciona de la misma manera, percibiendo aquella increíble sensación de pertenencia y bienestar que solo ella logra otorgarle al compenetrarse, junto con él, en una perfecta armonía y sincronización que todavía consigue enmudecerlo, además de asustarlo. Porque a tan solo tres meses de relación, Simón no puede concebir, menos creer que se haya enamorado tanto. Pero, ¿de quién? Nada menos que de Josefina, la hermosa mujer de mirada ingenua y castaña que yace

entre sus brazos y se mueve quedamente mientras emite un débil, pero audible susurro de auténtica fascinación y entusiasmo.

—¿Ya son las seis con treinta? —pregunta sin admirarlo a la profundidad de sus ojos claros—. ¡Dime que aún no lo son! —exclama, pero más bien como si fuera una súplica al mismo tiempo que la alarma programada de su móvil se lo certifica, dejándoselo más que claro.

—¿Eso responde a tu pregunta? —contesta Simón, acariciándole con delicadeza el puente de su nariz con la suya.

—Sí —admite de mala manera, abriendo al fin sus ojos para perderse en su apacible mirada—. Y eso también me dice que debo levantarme para ir a trabajar.

—Ya. ¿Y cómo pretendes hacerlo sin apartarte de mí? —Con su grave cadencia se lo murmura, consiguiendo con ello erizarle hasta el más fino vello de la piel, tal y cómo logró hacerlo la primera vez cuando la sorprendió cantando la letra de la melodía de Keane y “*Somewhere only we know*” que tan afanosamente bailaba mientras trabajaba al interior de la librería en la cual ambos se encontraron, sin advertir como él la admiraba hipnotizado desde el umbral de la puerta.

—Cada vez es más difícil —afirma coqueta.

—Sí, cada vez es más difícil dejarte ir —le corrobora, atrayéndola más hacia sí hasta que logra montarla sobre su desnudo cuerpo—, cuando solo ansío que te quedes aquí conmigo.

Josefina sonríe encantada porque adora cuando Simón, a través de sus tan sinceras palabras, le declara su amor. Ese amor que también siente por él, pero que no se atreve a demostrárselo así, tan fácilmente.

—Me tienes varias noches a la semana. —Le recuerda cuando sabe que eso es ya una patente realidad.

—Bueno, también me encantaría tenerte todo el resto del día —le otorga un guiño—. ¿Está mal que lo quiera?

—Sí.

—¿Sí? —la interroga confundido—. ¿Aqué se debe ese “sí”, Jo? —Le gusta llamarla de esa manera. De hecho, le encanta como se oye el diminutivo de su nombre saliendo de sus labios cada vez que su ronca cadencia lo articula.

—A que debes trabajar y conmigo no conseguirás hacerlo. Tu próximo libro no se escribirá como por arte de magia, ¿sabes? Y me niego rotundamente a ser la causante de ello.

La observa como si quisiera devorarle la boca a besos, y Josefina lo sabe, por eso tiembla. Y más lo hace al sentir como, quedamente, sus grandes e inquietas manos acarician sus caderas.

—Ya eres la causante de muchas cosas. Te guste o no, también eres la causante de que mi corazón lata, pero solo gracias a ti.

Un romántico empedernido. Así es Simón Busquets —aunque no lo quiera reconocer—, un joven escritor de treinta y cuatro años de edad, bastante reconocido en el medio y con vastos premios a su haber, quien se ha enamorado de una común y corriente joven dependienta de librería llamada Josefina Calvet, la cual le robó algo más que una prominente sonrisa el día en que ambos se conocieron.

—Tú corazón no late solo gracias a mí. Late porque debe bombear sangre a todo tu cuerpo —le explica tiernamente—. Dime, ¿quieres escribir?

Entrecierra la mirada, confundido. ¿Escribir? Siempre quiere hacerlo. Ella sabe que es su gran pasión, pero... ¿Por qué se lo pregunta como si no lo supiera?

—No comprendo...

Ahora es el turno de Jo de entrecerrar la mirada mientras el tiempo avanza, pero no precisamente a su favor.

—No tienes que entender cuando solo debes responder. —Le sugiere, acercándose hacia su boca.

—Aún así... no entiendo —replica, traviesamente—. Quizás, si me lo susurraras sumamente cerca, al grado de rozar tus labios con los míos yo pueda...

—Trabajar, señor escritor. Ya hicimos gran parte de la noche lo que debíamos hacer, ¿no le parece? —Sorpresivamente, se aparta de su cuerpo, dejándolo todavía más desconcertado y con unas ansias vivas de no, precisamente, mantener una amena conversación.

—No, no me parece —se queja, siguiendo con su mirada su loco andar. Ese típico y particular bailecito suyo con el cual suele deambular por las mañanas cuando se retrasa gracias al sexo mañanero que, al parecer, hoy no van a emplear—. ¿Dónde crees que vas tan temprano? No entras hasta las nueve.

—Gracias por recordármelo, pero debo ocuparme de ciertas cosas en la librería que no pueden esperar a que otros las hagan por mí.

—Yo tampoco puedo esperar —vuelve a quejarse como si fuera un niño chiquito y caprichoso, robándole una complaciente y bella sonrisa que Jo no limita esbozar en la palidez de su níveo

semblante—. No pretenderás marcharte así como así, ¿verdad? ¿Dónde ha quedado tu generosidad para con el prójimo?

Se echa a reír apenas esa notable frase se cuele por sus oídos cuando su subconsciente se lo pregunta en todos los tonos e idiomas posibles: “¿lo harás?”.

—Alguien como yo... sin ti... extrañándote, deseándote, suplicándote por un polvo... créeme, no es buena idea que te marches de esta manera. ¿Quieres que el señor escritor fluya? ¿Ansias que escriba con ahínco? —Cruza sus brazos por debajo de su cabeza, totalmente despreocupado—. Ya sabes lo que debes hacer.

Jo emite sus carcajadas con más ansias y admira su cuerpo desnudo en todo su esplendor. Sí, ese cuerpo bien dotado que adora acariciar y sentir bajo o por sobre el suyo.

—Asúmelo, soy todo tuyo.

Y ella, aunque no lo quiera reconocer, sabe que eso es una verdad más que evidente a los ojos de cualquiera, porque así se lo ha dejado muy en claro en innumerables ocasiones, y no con cada polvo mañanero o casual que han llevado a cabo, sino con su manera de quererla, de protegerla, de consentirla, de apoyarla y bueno, también con su forma irracional y salvaje con la cual le hace el amor.

—No me hagas correr desnudo detrás de ti al igual que lo hice la última vez. —Le sugiere, evocando ese bochornoso episodio.

—Simón, eso es chantaje.

—No, eso es correr desnudo detrás de ti al igual que lo hice la última vez cuando te negaste a darme mi polvo mañanero.

Josefina Calvet termina moviendo la cabeza de lado a lado por

unos cuantos segundos al tiempo que lanza al piso su ropa interior que ya sostiene entre sus manos para nuevamente caminar hacia la cama, en la cual se desliza hasta situarse otra vez sobre él como una dulce gata en celo.

—Te equivocas. Aquí o en donde sea eso se llama chantaje.

—Chantaje o no, créeme, funciona a la perfección. —Tras un rápido movimiento que su cuerpo ejerce, y que la sorprende de sobremanera, termina quedando de espaldas a la cama con él montado encima suyo.

—Me temo que eso es muy cierto. Pero para que te quede bastante claro, esto lo hago solamente para que no andes con tú ya sabes qué mostrándolo otra vez por ahí y gratuitamente.

—Es usted muy considerada —sonríe mientras la observa embelesado, recordando ciertos y muy gratos sucesos acontecidos la noche anterior—. ¿Sabe? Debería follarla por horas para agradecerle en gran medida su gigantesca condescendencia y generosidad para con mi persona.

—¿Eso es una pregunta o una afirmación, señor escritor?

—Es un hecho —le asegura cuando sus labios rozan de muy sensual manera los suyos—. Un hecho sin distinción —reitera, devorando su boca como ansió hacerlo desde que abrió sus ojos esta mañana, sintiendo de inmediato su fogosidad que se incrementa y reacciona con cada beso y cada caricia que colma cada centímetro de su tibia piel mientras ella, por su parte, desliza sus brazos por sobre sus hombros y cuello para atraerlo y pegarlo más hacia su cuerpo.

—Simón, si sigues en este plano de no dejarme ir llegaré tarde

una vez más.

—Lo sé —admite complacido, rozando su erección contra su sexo—, pero qué más da.

—¿Qué más da? ¿Te parece poco que pierda mi trabajo?

—No lo perderás. Y si eso llega a suceder te casas conmigo y asunto arreglado.

Se queda muda de la impresión que le provocan sus palabras, porque sabe que no habla en serio. De hecho, sabe que está bromeando, y también sabe que es un mal chiste que no viene al caso profundizar.

—¿Qué? —la interroga—. ¿Te asusta la idea de que me lo plantee o de que lo lleve a cabo?

Lo observa cuando sus ojos se pierden en la claridad de los suyos, cuando sus labios no cesan de besarla y cuando su miembro la tortura hasta el grado de hacerle padecer el síndrome de la desesperación.

—Ambas —responde en un clarísimo jadeo que Simón hace suyo de inmediato.

—¿Por qué? —Vuelve a formular—. ¿Por qué solo llevamos tres meses saliendo?

Asiente, además de tragar saliva con un evidente dejo de dificultad.

—¿O porque no le hemos puesto un nombre y un apellido adecuado a lo que tenemos?

Ahora, alza los hombros en señal de que no le importa lo más

mínimo ese nombre y menos ese apellido al cual él hace referencia.

—O... ¿Porque ya no puedo ni quiero vivir sin ti?

Tiembla una vez más... Pero ahora lo hace gracias a su tan honesto comentario en el exacto segundo en que él le otorga una sonrisa que a cualquier mujer, de solo admirarla, la haría desfallecer.

—Necesitamos un nombre y un apellido, Jo.

—¿Necesitamos? —inquire confundida sin podérselo creer.

—Sí, necesitamos —le confirma, disfrutando de su patente nerviosismo que a todas luces le da a entender que va por buen camino—. No podemos ser unos “N N” todo lo que nos reste de vida.

—Estoy muy bien así. No pido más. Tú deberías hacer lo mismo.

—Lamentablemente, yo quiero más, y algo me dice que tú también lo deseas.

Quiere hablar, más no lo consigue. Quizás, en gran medida se deba a las mil y una sensaciones que le provoca su prominente erección que roza intencionalmente su cavidad de tan placentera manera cuando está a punto de entrar en cualquier segundo, y de forma desprevenida, en ella o... cabe la posibilidad de que se deba también a sus palabras que consiguen hacerla desvariar y pensar en un montón de cosas que, obviamente, no vienen al caso.

—Te lo repito, Simón, estoy muy bien así. No necesito un nombre y menos un apellido para estar contigo.

Y él bien lo sabe, pero los objetivos que se ha trazado y propuesto hace un par de días en su cabeza son bastante claros. Por ende, no pretende dar un par de pasos hacia atrás cuando, claramente, ansía darlos hacia adelante.

—Pues yo sí, porque quiero follarte y hacerte el amor a la vez sabiendo que somos algo más que dos malditos pervertidos. ¿Qué te parece? —De pronto, un rápido y desprevenido beso colmado de exaltación recibe Josefina, el cual corresponde en el acto. Sí, un urgente beso que acalla de forma inmediata lo que se dispone a rebatir—. ¿Intentamos buscarle un nombre adecuado a nuestra relación? —Prosigue Simón, separándose de su boca a la cual solo desea besar y besar sin perder más el tiempo en banalidades.

¡Diablos! ¿Él habla en serio?

—Para eso no tienes que quebrarte la cabeza buscando un nombre o un apellido adecuado —le corrobora muy segura de sus palabras, pero a la vez un tanto avergonzada por lo que él le ha expresado tan explícitamente—. Ambos estamos muy bien así. Tú trabajando en lo que te apasiona, siendo el maravilloso hombre y profesional que eres y yo una dependienta que no pide ni desea más de lo que ya posee. ¿Qué tal?

—Un poco de sana ambición no te haría mal, Jo. Piénsalo.

Sonríe antes de continuar.

—¿Para qué? Si contigo lo tengo todo. Tal vez, suene algo cliché, pero... si hoy o mañana me arrancaran la vida yo moriría feliz.

Guarda silencio ante su especial acotación preguntándose si Josefina Calvet es del todo real o forma parte de uno de sus sueños, mientras la contempla y se refleja en el inconfundible color castaño de sus ojos ansiando besar otra vez, el rosado, tenue y delicado matiz de sus labios.

—Pues ya somos dos —le asegura, introduciéndose en su

interior y robándole un sensual gemido que ella no demora en dejar ir, dichosa—, pero aún así lo quiero.

—Eres un caprichoso. ¿Por qué lo quieres? —Jadea, sintiendo la presión que ejerce su cuerpo sobre el suyo.

—Porque me encantaría ser el único.

—¿El... único?

—Sí, el único que forme parte de tu vida, de tus pensamientos y de esta inigualable realidad.

Se admiran sin siquiera parpadear hasta que Simón vuelve a retomar el hilo de la conversación, expresando lo siguiente:

—Eres todo lo que quiero. ¿Es tan difícil de entender?

Algo sorprendida por su entusiasta sinceridad, levanta una de sus temblorosas manos con la cual consigue acariciarle una de sus mejillas y, también, la oscura barba que yace en ella.

—Te reto a que me dejes ser el único —prosigue, asombrándola.

—¿Aunque el camino que pretendas transitar esté lleno de baches?

—Aunque tenga que construir un puente para llegar a ti.

“Nunca sabrás lo que hay del otro lado del miedo si no intentas cruzar ese umbral”.

—No sé por qué estoy tan asustada, Simón. —Piensa en su padre, a la par que intenta aclararse la garganta.

—Tal vez... —lo medita un momento antes de agregar—... porque no es fácil entregar tu corazón de nuevo.

De nuevo... En eso él tiene muchísima razón, porque cuesta

bastante hacerlo cuando se ha decidido y obligado a borrar cada una de las páginas del libro de su vida que ahora está completamente en blanco esperando, quizás, a ser escritas por él.

—Nadie es perfecto. Yo no nací para serlo, pero créeme, estando contigo todo lo es y cobra muchísimo sentido.

Y no solamente le ocurría a él, sino también a ella y de la misma y exacta manera.

—¿Qué me dices?

Eso pretende averiguar al cerrar los ojos por algo más que un par de segundos, para luego abrirlos y percibir como los suyos no cesan de observarla tan brillantes y, a la vez, tan serenos y cristalinos.

—¿Me vas a responder?

—Tal vez... —se niega a obsequiarle una respuesta coherente al mismo tiempo que percibe como él comienza a entrar y a salir de ella en remarcados, pero lentos y placenteros movimientos.

—¿Eso es un sí o un no?

—Es un tal vez. —Jadea, dejándose llevar por el ritmo acompasado que impera entre los dos.

—No quiero un tal vez, Jo.

—¿Y qué quieres?

—Un “me quedo contigo, Simón”. Un... “estoy dispuesta a intentarlo” o un... “ocurra lo que ocurra quisiera avanzar junto a ti”. Pero también puedes coger todas las opciones anteriores y hacer de ellas una sola respuesta. ¿Qué me dices?

—Gracias por la oferta, señor escritor.

Logra arrebatarle esa sonrisa traviesa suya que adora contemplar cuando sabe que está contento.

—De acuerdo. ¿Algo más que agregar a nuestra charla mi hermosa dama?

Asiente cuando su boca empieza a hacer estragos con la suya al tentarla de despiadada manera.

—Sí.

—¿Y eso es?

—Lo que te diré... cuando te vuelva a ver.

—¿Cuándo me vuelvas a ver?

—Así es. Ni un solo segundo antes. ¿Está bien para ti?

—No, pero...—la besa apasionadamente antes de continuar, y también la estrecha entre sus brazos como si temiera perderla o, quizás, despertar sin ella de lo que cree es una mera irrealdad—... si le otorga más suspenso a lo que tenemos, no me queda más remedio que ser paciente y esperar.

—Siempre hay más remedio, Simón.

—Pero no para un amor como el nuestro, Josefina.

—¿Cómo... el nuestro?

—Sí, como el nuestro. En el que claramente no existen las casualidades sino un destino. Y en el que no se encuentra sino lo que se busca y se busca lo que está escondido.

—Ya. ¿Y qué se supone que está escondido?

—Mi único y gran tesoro.

—¿Y eso es?

- Tu corazón. El que estoy seguro que un día será del todo mío.
- ¡Qué seguridad! ¡Y qué confianza la tuya!
- La verdad, no tengo mucho que perder.
- ¿Estás seguro?
- Muy seguro, tanto que lo apostaría todo.
- ¿Y qué es “todo” para ti?
- Por ahora... nada menos que mi vida entera.

2

Restando un minuto para que sean las nueve de la mañana, la puerta de la librería “Tres Almas” se ha abierto inesperadamente y de par en par, al mismo tiempo que la campanilla situada en el umbral anuncia la llegada de una mujer de cabello largo y pelirrojo que ya se desprende con rapidez de su abrigo mientras intenta respirar y normalizar sus inhalaciones y espiraciones entrecortadas y jadeantes.

—¡Ya estoy aquí! —profiere, alzando el volumen de su cadencia y dirigiendo la vista hacia quien la observa desde el mostrador con algo más que complacencia.

—¿Segura? —le pregunta el hombre entrado en años de afable mirada oscura, pelo cano y tez curtida por el sol—. Juraría que solo tu cuerpo ha llegado hasta aquí porque tu alma, muchachita, seguro que aún se encuentra en otro sitio.

Se sonroja, clavando la mirada en el piso. “¿Tanto se le nota?”, piensa, mordiéndose indebidamente el labio inferior al recordar al causante de su nuevo retraso.

—Segura —confirma, pero más bien con un suspiro que no evita reprimir cuando su jefe, el señor Gallart, continúa contemplándola

como si quisiera conocer y/o adivinar cada uno de sus pensamientos, los cuales sabe que, en definitiva, van dirigidos hacia una sola persona—. Lo siento. No volverá a ocurrir.

Pedro Gallart aún sonríe mientras le hace un ademán con una de sus manos, el cual significa que vaya en su dirección. Jo obedece enseguida, hilvanando una posible respuesta que le expresará cuando se apreste a regañarla, también otra vez, pero de cordial manera, como suele hacerlo cada vez que le brinda alguno que otro de sus infalibles consejos.

—No tienes que disculparte y lo sabes. No soy un tirano, ¿o sí?

Aquello la hace sonreír, alzando su vista para posicionarla sobre sus ojos negros y almendrados.

—No, no lo es, pero gracias a mi falta de compromiso y responsabilidad para con la librería terminaré convirtiéndolo en el más temible de ellos. Lo lamento mucho. Prometo que no ocurrirá de nuevo, señor Gallart.

—No me lo digas a mí sino al causante de tus retrasos que, de paso, ya lo tendremos muy pronto por aquí. El distribuidor ha traído los libros, eso indica que...

—Tenemos mucho trabajo por hacer —concluye por él—. Pues, ¡manos a la obra! —Agrega, caminando hacia el perchero donde cuelga su abrigo de color negro, al mismo tiempo que la puerta de la librería se ha vuelto a abrir, uniéndose a ese rechinante sonido el tintineo melódico de la campanilla que no cesa de sonar.

La mirada de Pedro Gallart, propietario de “Tres Almas”, junto a la de Josefina, se alza fugazmente hacia la entrada hasta posicionarla

de lleno en la figura de un joven de cabello negro, tez blanca, ojos de un color verde intenso y mirada inquieta y analizadora que se sitúa bajo el umbral mientras los observa y al mismo tiempo se apresta a cerrar la puerta para manifestar un “buenos días” que ambos contestan a coro, saludándolo a la distancia.

—¡Bienvenido a Tres Almas! ¿En qué lo podemos ayudar?

El joven vestido con jeans desgarrados, cazadora de cuero negra, zapatos en la misma tonalidad, y tan solo con una camiseta oscura cubriéndole el torso, sonríe de medio lado cuando se dispone a contestar:

—Muchas gracias. Busco... ¿Un libro?

—Pues aquí hay muchos. Vino usted al lugar correcto —expone el señor Gallart, colocándose sus gafas de lectura—. Josefina lo puede guiar por las dependencias mientras le ayuda a elegir el indicado.

—Muchas gracias —vuelve a expresar el desconocido, admirándolos a ambos, pero fijando más bien la vista en quien le sonríe dulcemente y como cortesía—. Encantado. Soy Caleb.

“¿Caleb?”, se pregunta Jo en su mente al fruncir un tanto el ceño. “Qué nombre más raro”, afirma en el más absoluto de los silencios cuando se da cuenta que él ya avanza en su dirección.

—Sí, no es muy común. —Se detiene a tan solo unos escasos centímetros de su cuerpo.

—¿Eh?

—Mi nombre —alude—. Podría apostar que en eso está pensando. ¿O me equivoco, señorita?

¿Equivocarse? El extraño no se equivocaba cuando había dado nada menos que justo en el blanco con su apreciación.

—Su acepción literaria es “audaz” —comenta, atrayendo toda su atención—. Por su terminología se interpreta como “el impetuoso”, quien es capaz de provocar una reacción instantánea y eficaz en el otro. Y con usted, creo que lo he conseguido.

Entrecierra la mirada algo abstraída por la información que no pidió oír, pero que ahí está, y nada menos que se la ha obsequiado gratuitamente.

—Pero poco le importa, ¿cierto?

“¿Dos de dos?”. Se voltea para darle la espalda, y también para empezar a caminar hacia el interior de las dependencias de la librería. “¡Vaya! ¡El desconocido es bueno leyendo mentes. ¿Se dedicará a ello?”

—No. Soy nuevo en la ciudad. He venido hasta aquí para ayudar a mi hermano.

De golpe se le corta la respiración, y también de golpe se detiene cuando ya camina por su lado sin siquiera detener su apacible andar.

—No me lo ha preguntado, ya lo sé, pero por su rostro y la forma en cómo me ha mirado pude deducirlo.

¿Loco? ¿Extraño? ¿Irreal? No, totalmente ilógico y fuera de este mundo.

Traga saliva sin nada que decir. En realidad, no sabe qué manifestar cuando él parece conocer cada uno de sus pensamientos.

—Es un don que no todas las personas poseen.

—Me doy cuenta de ello —guarda ante todo la distancia—. Pero... Vino hasta aquí por un libro, ¿no?

Caleb asiente, sonriéndole otra vez.

—También lo tiene —comenta divertido.

—¿También tengo qué?

—El don. Acaba de leerme un pensamiento.

—Yo creo que no —rueda los ojos y empieza a caminar con él siguiéndola de cerca—. Solo utilicé mi lógica y mi buena memoria. ¿Por dónde desea comenzar? —Pretende cambiar el tema de la charla—. En Tres Almas tenemos todo lo que usted necesita y lo que no, seguro lo encontraremos en el catálogo virtual —le informa—. Si hace uso de él, el despacho demora veinticuatro horas en llegar a nuestra dependencia o de preferencia, si así lo dispone, haremos llegar su compra a su domicilio particular.

—Gracias, pero vivo muy lejos de aquí. Por eso decidí venir hasta este sitio.

—Comprendo. Entonces, ¿por dónde desea comenzar? —replica, pretendiendo sonreír con naturalidad. Cosa que con él no se le da tan fácilmente. ¿Por qué? Ni siquiera lo sabe como para respondérselo.

—¿Podría llamarme Caleb? Así nos evitamos el tratarnos de usted. La verdad, no soy tan viejo —se rasca la nuca ante la atenta mirada de una perturbada y sorprendida Jo—. Aunque Alaric opine lo contrario.

—¿Alaric?

—Mi hermano —vuelve a asentir antes de continuar—. Se está

ocupando de algo importante. Un trabajo sumamente demandante y que a cualquiera, me incluyo, le sacaría canas verdes.

—Alaric y Caleb —pronuncia, cruzándose de brazos—. Son nombres bastantes particulares. Jamás los había oído hasta ahora.

—Tal vez, porque son especiales y significativos. Al igual que el suyo, por ejemplo.

—Tal vez... —suspira, evocando la figura de su fallecido padre por el cual lleva su nombre, pero más bien en formato femenino—. Pero bueno, aún no me ha dicho qué necesita o en qué lo puedo ayudar.

—Necesitas —le corrige—. No me hagas sentir como si fuera un anciano aunque lo parezca, y prometo que te diré a qué he venido hasta aquí.

—¿Un anciano? —Le arranca una carcajada así sin más—. Por favor... ¿En dónde vives no existen los espejos? Tienes... ¿Veintitantos o casi treinta, quizás?

—Muchos —le otorga un guiño al retomar la marcha—, pero para qué especificar cuándo debe de importarte un cuerno. ¿En eso también me equivoco? —Vuelve a sonreír—. En fin... almas —especifica, dándole la espalda—. ¿Sabías que algunas creencias afirman que los espíritus permanecen aferrados a sus cosas materiales hasta cuarenta días después de su muerte?

—No. Ni idea.

—En la edad media se creía que los que morían de muerte no natural tenían más problemas para abandonar este mundo.

—¿Debido a qué?

—No a qué, Josefina, sino a quienes.

Enarca una de sus cejas al oírlo.

—Reformulo. ¿Debido a quienes, Caleb?

—Gracias por ello. —Antes de responder, admira nuevamente todo a su alrededor hasta que detiene sus ojos en los suyos y sostiene convencido—: Debido a quienes te aferran con fuerza a este mundo, ya sea con cada uno de sus pensamientos, con el dolor de su alma y también con el amor de su corazón.

—Ya. ¿Eres ocultista? —Es lo único que se le ocurre formular ante su ferviente mirada verdosa.

—No.

—¿Adivino? ¿Espiritista? ¿Hechicero? ¿Chamán, quizás?

—No, no, no y, definitivamente, no. —Cierra los ojos por tan solo un momento hasta que los vuelve a abrir, dándose cuenta que Jo ni siquiera ha parpadeado esperando algo más que un “no” como respuesta.

—Solo soy Caleb, así como tú eres Josefina, una mujer de naturaleza emotiva y activa que se presenta frente a la vida de forma muy perseverante, leal y que, a la vez, es muy sensible y de buen carácter. Romántica, solidaria, generosa, idealista... toda una soñadora, pero que suele involucrarse en su propia soledad.

Un momento, él... ¿Por qué se refería a ella como si la conociera del todo?

—No estás hablando... en serio.

—Es el significado de tu nombre, Jo, y que seguramente te va

como anillo al dedo. ¿En eso también me equivoco?

Podía decirle que sí. De hecho, ansiaba decirle que se equivocaba rotundamente en cada una de sus apreciaciones, pero no acostumbraba a mentir. Y... un segundo. ¿Por qué la llamaba “Jo” cuando solo sus más cercanos solían hacerlo?

—Pues... no —tímidamente le responde en un débil susurro—, pero si no eres un adivino, un ocultista, un hechicero ni un chamán, entonces... ¿Quién eres?

—Caleb —alza sus hombros—. Solo soy Caleb. Un hombre que ha venido desde muy lejos hasta aquí en busca de... un libro.

—Ya. ¿Un libro sobre almas?

—Sí, aquellas que se preparan para partir.

—¿Adónde? —pregunta levemente interesada.

El fino rictus que delinea en sus labios, junto al movimiento de cabeza que realiza cuando sus ojos, finalmente, se alojan en el cielo de esa dependencia, se lo dice todo.

—Lejos de aquí, Jo. Muy lejos de aquí.

—¿Por qué?

—Porque es un viaje que todos, alguna vez, vamos a realizar. Unos antes que otros.

Traga saliva cuando percibe que algo se le aloja en la boca del estómago.

—Discúlpame, pero... ¿Tu hermano Alaric es igual de extraño que tú?

—No —sonríe—. Él tiene cosas peores con las cuales lidiar.

—¿Cosas peores?

—Sí. Una mujer.

Suelta una carcajada, advirtiendo como el señor Gallart, desde su sitio junto al mostrador, parece realmente interesado en la charla que mantiene con el desconocido.

—¿Las mujeres te parecen “cosas peores”, Caleb?

—Tratándose de Isabel, sí.

—Pero también hay excepciones. —Le da a entender.

—Claro que las hay. Como tú, por ejemplo.

La sonrisa se le desvanece de su bello rostro como por arte de magia.

—Almas —le recuerda—. No te olvides de mi libro.

—No... claro que no me olvido —pretende pensar con claridad, pero le cuesta trabajo hacerlo y no debido a él o a su cercanía, sino a causa de lo que ha dicho, como si fuera lo más normal del mundo—. Almas que se preparan para partir —pronuncia y parpadea con agilidad—. Mmm... Creo que he visto algo de eso por aquí. Ven conmigo.

3

A sus veinticuatro años de edad, Josefina Calvet no ha tenido una vida sencilla. Trabaja de día y estudia de noche para terminar, después de dos años de inactividad, y tras la muerte de su padre en un fatal accidente aéreo, su carrera de economista. Le ha costado muchísimo; ella lo sabe, y no solo por lo que ha tenido que enfrentar debido a ello, sino también porque se ha convertido en una parte fundamental de su familia siendo el sostén de su madre, quien también trabaja, pero no gana suficiente dinero para que ambas puedan subsistir, además de salir adelante.

Como cada noche, y cuando su reloj de pulsera marca las veintitrés horas, entra en su hogar, una casa de dos plantas y relativamente pequeña y minimalista, la cual la recibe con la luz de la sala encendida a medias y con su madre recostada sobre uno de los sofás, completamente dormida, mientras la televisión sigue funcionando ante el interés de ninguna mirada inquieta. Y también, como cada noche, se aparta con rapidez el abrigo que lleva encima para llegar hasta ella, besarle la sien, acariciarle la mejilla y susurrarle que ya se encuentra en casa.

—¿Jo? ¿Mi amor?

—Tranquila. Sí, soy yo. Todo está bien. Ya te he dicho que no tienes que esperarme despierta.

—No estaba del todo dormida —asegura Virginia, acomodándose de mejor manera sobre el sofá—. Solo cerré los ojos por un momento. Voy a calentarte la comida —quiere ponerse de pie, pero su hija la detiene tras colocar una de sus frías manos sobre uno de sus hombros

—No hace falta, lo haré yo. Ve a dormir, por favor, que mañana debes levantarte muy temprano.

—¡Oh no! No me pidas eso cuando ya me basta con que estés la mayor parte del día trabajando para el señor Gallart en su librería, luego asistas a tus clases nocturnas en la facultad y ahora tengas que calentarte la comida para luego comerla sola.

—No es tan terrible. Puedo con ello. Además, comí algo antes de la clase del día de hoy.

Su madre la observa, pero en mayor medida analiza las ojeras que le rompen el corazón debido al cansancio que lleva a cuestas, porque sabe que debería estarse ocupando de su propia vida y no, precisamente, de vidas ajenas.

—Mi niña, deja que lo haga, ya te ocupas bastante de mí. Se supone que aquí la madre soy yo —le recuerda, suspirando.

Jo sonrío mientras deja caer su cabeza sobre su pecho.

—Anda, vamos a comer.

—Estoy bien, mamá. Solo estoy algo cansada.

—Josefina Calvet —manifiesta, endureciendo su tono de voz—, irás a comer te guste o no. ¿O quieres que te de la comida en la boca al igual que lo hacía cuando eras una niña pequeña?

—Eso suena muy bien para mí —bromea al sentir el beso que su madre le regala tiernamente en su coronilla.

—Entonces, vamos, mi amor. —Vuelve a levantarse, pero por segunda vez Josefina la detiene, abrazándola con mucho cariño, gesto que Virginia corresponde en el acto, aferrándose a sus extremidades como si su vida se le fuera en ello.

—Ve a dormir, mamá. Yo me ocupo de todo. Seguro tuviste un día complicado en la fábrica.

Y en eso su hija no se equivoca. Pero qué más da cuando su cansancio se lo puede echar en la espalda, al igual que todos sus problemas de deudas con los cuales debe lidiar continuamente.

—Estuvo bien. Nada que no pueda remediarse.

Se separa de su cuerpo y levanta la mirada hasta posicionarla en la suya.

—¿Qué ocurre? —Ansía saber, preocupada—. Dime. Lo que sea que te esté agobiando de seguro yo lo puedo solucionar. Solo...

—Ve a comer y luego a descansar —la interrumpe, colocando una de sus ásperas manos sobre una de sus mejillas—. Todo va a estar bien. Lo prometo.

Guarda silencio, perdiéndose en la inconfundible mirada cristalina y verdosa de quien adora contemplar más que a nada en este mundo.

—Mamá...

—¿Confías en mí, cielo?

—Sabes que lo hago con mi corazón y con mi alma.

Virginia le sonríe y luego le regala otro beso, pero esta vez en su frente tras bendecirla en silencio.

—¿Te he dicho hoy que te amo, Jo?

Recuerda que eso no ha sido posible gracias a que ha pasado la noche con Simón.

—Nunca es tarde para que me lo digas ahora.

—Pues te amo, hija mía. Te amo tanto que mis palabras no alcanzan a dimensionar todo el amor que siento y sentiré por ti en ésta y en mis otras vidas. Eres lo más importante que tengo. No imaginas cuán orgullosa estoy de ti y de cada uno de tus logros que, estoy segura, serán muchísimos.

—¿Tanta fe me tienes? —pregunta desconcertada—. ¿Tanto crees en mí?

Antes de responder, su madre le sonríe atrapando sus manos con las suyas.

—De la misma forma que un día lo hizo tu padre, mi amor.

Al instante, sus ojos se aguan al evocar a quien extraña y necesita a su lado de una increíble manera.

—No imaginas cómo lo extraño... —le susurra en un hilo de voz—... no imaginas cuánto me gustaría oír su cadencia pronunciando otra vez mi nombre.

—Creo que puedo hacerme una idea —Virginia levanta sus manos entrelazadas hasta situarlas a la altura de su boca, a las que

enseguida besa con profunda devoción—. Lo era todo para ti como también lo era para mí, cielo, y eso, a pesar de esta lejanía que el destino nos ha impuesto, sé que jamás va a cambiar.

—“Recuerda lo que soy...”

—“Y llévame contigo como una presencia viva.” —Concluye su madre por ella, aferrándose aún más a sus manos que no cesan de temblar mientras Jo vuelve a liberar un par de lágrimas que, sin duda, llevan inserto todo el dolor que le provoca hasta el día de hoy la muerte y la obligatoria separación con su padre, quien fue, es y será el hombre más importante de su vida entera.

Después de dejar todo limpio en la cocina y cuando se dispone a abandonar ese lugar, su móvil suena tras un mensaje de texto que a él ha llegado, y que dice más o menos así cuando comienza a leerlo muy atentamente...

“Estoy jugando a que no te extraño. Adivina. Sí, voy perdiendo.”

“Simón”. Es lo único que consigue articular al esbozar en su semblante una radiante sonrisa de felicidad, cuando se dispone también a teclear un nuevo mensaje para enviárselo cuanto antes.

“También te extraño y ¿sabes? Hasta podría admitir que esta noche me haces muchísima falta.”

“¿Y eso? Rara vez te confiesas tan abiertamente conmigo sin

que tenga que arrebatarte las palabras de la boca. ¿Qué fue lo que hice para merecerlo?”

“Existir y hacerme sentir bien, más en este momento.”

Apenas termina de teclearlo y, posteriormente, enviarlo su teléfono no cesa de vibrar, dándole a entender con ello que ha leído su último mensaje, porque es él quien la está llamando.

—No puedo existir del todo —responde con su grave cadencia, consiguiendo erizarle hasta el más fino vello que le cubre su nívea piel—. Y lo llevo fatal, ¿sabes? Porque mientras más pienso en ti, más te extraño. Me haces falta, Jo.

Quiere decirle tantas cosas, pero algo se lo impide.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—Tal vez mañana —al expresarlo percibe que en cualquier instante su pequeño corazón saldrá disparado no precisamente por su pecho, sino por su boca—. No estoy del todo segura. Mi madre... lo siento, pero no quiero dejarla sola.

—¿Ella está bien? —Espera ansioso que le otorgue una respuesta que lo satisfaga—. ¿Ambas lo están?

—Sí, es que tengo que ocuparme de muchas cosas. No sé si me comprendes.

—¿Quieres que te mienta, Jo?

Aquella interrogante la asusta.

—Claro que no, Simón.

—Entonces, te diré la verdad —suspira intensamente antes de hablar—. A veces, por más que lo intento, no logro comprenderte del todo. Me gusta ese suspenso que existe en nuestra relación o en como se llame lo que ambos estamos viviendo. Me atrae que seas una chica misteriosa, pero...

Pero... Él ha dicho “pero”.

—En cierta medida, me hace sentir incómodo. Y no quiero sentirme así cuando ansío construir un puente para, definitivamente, estar contigo.

—Simón...

—Por favor, no me malinterpretes. No te estoy pidiendo que me lo cuentes todo. Sería muy estúpido de mi parte pensarlo cuando aún no me he ganado ese derecho, pero me encantaría que te animaras a confiar un poco más en mí como yo lo hago contigo. Claro, sin que tuviera que interrogarte para saber y/o conocer algo más sobre ti o tu paradero. Es muy sencillo, Jo, solo tienes que arriesgarte a hacerlo.

—Gracias, pero... por mi parte no es tan sencillo.

—Y... ¿Si te prometo que al hacerlo te voy a abrazar tan fuerte como nunca jamás nadie lo ha hecho? Y... ¿Si te prometo que cuidaré de ti para que nadie más vuelva a herirte? Y... ¿Si te prometo que me gustaría que esto no tuviera jamás una fecha de caducidad?

—Te diría que no prometas lo que no sabes si llegarás a cumplir. La vida es muy incierta, Simón. Lo que tienes hoy contigo tal vez mañana podrían arrebatártelo.

—Pues pelearé por lo que considero mío cual caballero andante lo hace en una batalla con corcel, capa y espada en nombre de Dios y

de quien ama. ¿Qué opinas?

No sabe que decir cuando su corazón sí sabe lo que quiere. Y es a él, a ese hombre que el destino le ha puesto en su camino para escribir un libro que permanece cerrado y con sus hojas aún en blanco.

—Opino que... en este momento me gustaría recibir un abrazo tuyo.

—Cierra los ojos y lo tendrás. ¿Lo sientes? Sí, te estoy abrazando fuertemente, Jo.

La oye suspirar y eso, en gran medida, colma de felicidad su alma.

—Josefina Calvet—ríe nerviosamente—. ¿Te comenté que formas parte de mis pensamientos? Incluso, y gracias a ellos, me he animado a escribir algo que ansío compartir contigo. Dime que lo quieres oír.

—No quiero oírlo, Simón, lo estoy deseando como una loca. ¡Así que habla ya!

Lo oye toser para aclararse la voz.

—Solo espero que te guste porque cuando se trata de escribir para ti me pongo muy nervioso. Bueno, ahí va....

“Te extraño, y no como una simple persona extraña a otra, no como el desierto extraña a la lluvia, ni mucho menos como un cigarrillo extraña al fuego. Te extraño como mis ojos extrañan a los tuyos, como sé que tu piel extraña a mi piel y como tu boca desea a mi boca. Te extraño como un poeta extraña a sus letras, como el viento extraña a las hojas en el otoño y como un pez extraña nadar libremente en el

mar. Sí, mujer, así te extraño, tanto, tanto, como un alma extraña a su complemento.”

Silencio... solo el frío silencio parece invadir la habitación y la conexión telefónica que los une, hasta que un profundo suspiro, proveniente de Simón, consigue despertar a Jo de su más que evidente aturdimiento.

—¿Sigues ahí?

—Sí, aún sigo aquí.

—¿Te gustó?

—Antes de decírtelo quiero que respondas sensatamente lo que deseo preguntarte. ¿Puedes hacerlo?

—Claro que sí. ¿Y eso es?

—¿Qué pretendes con todo eso que acabo de oír?

Sonríe encantado al escucharla, porque desde hace un par de horas ya tiene preparada en la punta de su lengua la respuesta que ansía darle.

—¿Qué pretendo? Bueno, quizás que cada uno de tus “tal vez” terminen convirtiéndose en certezas y...

—¿Y?

—De que logres, algún día, enamorarte de mí. No es tan difícil, ¿sabes? Solo tienes que dejarte llevar, tal y como lo hace el agua del manantial cuando fluye libre por su cauce.

La oye respirar con naturalidad y eso, tanto para él como para ella, es un positivo signo.

—Sé muy bien que nadie escoge su amor o el momento adecuado, el sitio privilegiado, la edad justa o la persona a fin... solo sucede... —prosigue, explicándoselo y a la vez ejemplificándoselo—. Te envuelve, te encandila, y llega un momento en que ya no puedes luchar contra ese irracional y demoledor sentimiento que es más fuerte que tu propia cordura, que tu voluntad y cada uno de tus deseos. Porque te mata cuando tienes a quien amas contigo y de la misma manera te mata cuando ya no la tienes más.

—Simón yo...

—No pido que sea hoy, mañana o pasado mañana, solo pido que suceda cuando tenga que suceder. Y cuando eso ocurra ten por seguro que aquí te estaré esperando. Y no solo a ti, sino también a todos y cada uno de tus sueños.

—No sé si tengo sueños, Simón.

—Pues deja todo en mis manos. ¿Qué te parece si me encargo de ellos y de crear unos nuevos junto contigo?

—Lo harías... ¿Por mí?

—No tan solo por ti, sino por mí y también lo haría por nosotros.

“Nosotros”, repite en su mente.

—He oído por ahí que enamorarse es padecer y disfrutar de un sentimiento muy hermoso. —Percibe que su corazón va a estallar en mil pedazos, pero de genuina felicidad. Una que, por lo demás, no cree que esté preparada para recibir después de tanto tiempo.

—Lo es, pero...

—¿Pero qué?

—Pero hay algo aún más hermoso que no tiene comparación.

—No... no lo creo. —Le rebate.

—Yo sí, porque ya lo he visto y comprobado con mis propios ojos.

—¿Lo has visto? ¿En serio?

—Claro que sí, y te aseguro que ya tiene un nombre y un apellido.

—¿Y cuáles son?

—Tú, Josefina Calvet, o mejor conocida por mí como “mi hermosa chica misterio.”

La sorprenden sus palabras y ante ellas no deja de reír.

—¡Vaya! Pensé que era la chica de los “tal vez”.

—Mmm... Tal vez —bromea, siguiendo su juego—, o tal vez solo sea el amor que desborda este pobre idiota enamorado.

—Ya. Y... ¿Me lo vas a presentar?

—¿A quién? ¿Al idiota enamorado? Mmm... No.

—¿Por qué no? —pregunta curiosa.

—Por una sencilla razón.

—¿Y cuál es esa sencilla razón, Simón?

—No quiero que también termine enamorándose de ti. Ya me basta tener que lidiar conmigo mismo como para tener que tolerar a otro idiota más, ¿no crees?

Sonríe y no cesa de sonreír, todo y gracias a sus divertidas acotaciones.

—No te preocupes por eso, mi corazón ya está ocupado y no hay

más espacio en él para otro idiota enamorado.

—¿Ocupado? Eso no me lo esperaba tan pronto. ¿Y se puede saber por quién?

—Por... tus palabras y por tu voz—le confiesa, pero temblando como una gelatina—. Por tus sonrisas y tus labios. Por tus ojos, y, en especial, por esas preciosas líneas que has compartido conmigo.

—En las que dejo de manifiesto cuánto me gustaría tenerte a mi lado. Yo... aún no sé lo que somos o lo que llegaremos a ser, pero de lo que estoy completamente seguro es que te extraño, Jo. Te extraño demasiado.

—Tampoco sé lo que somos, Simón, pero yo también.

—Pues para mí eso es más que suficiente. Por el momento, claro está. Ahora dime. ¿Te gustó lo que escribí para ti?

¿Gustarle? Esa palabra se quedaba corta para lo que verdaderamente ansiaba manifestarle.

—Es lo más hermoso que alguien ha hecho por mí. Te lo agradezco.

—No tienes nada que agradecer. Al contrario, el que debe darte las gracias soy yo porque esas líneas solo fluyeron mientras imaginaba que estabas aquí, junto conmigo.

Junto con él...

—Sé que han sido solo tres meses, pero... al estar contigo siento como si te conociera de toda la vida. Jamás me había sucedido algo parecido hasta que te vi.

—Es extraño, ¿no?

—Por un momento lo creí, debo ser honesto. Pero por otro, me hace sentir muy bien. Es como si hubiese esperado por ti desde hace muchísimo tiempo.

Sus ojos se cristalizan mientras, quedamente, se le nubla la visión.

—Disculpa. Estoy hablando de más —suspira como si lo necesitara—. Es culpa de mi soledad. A veces no resulta ser una buena consejera.

—Eso decía mi padre —revela lo que jamás se ha atrevido a relatarle—. Decía que... la soledad es la única cosa que encuentras cuando no la estás buscando.

—Déjame decirte que tiene toda la razón. Sin duda alguna, es un hombre muy sabio.

—Lo era —le corrige, enmudeciendo por un par de segundos mientras toma asiento en una de las sillas que se encuentran apostadas junto a la mesa de la cocina—. Él... ya tuvo que partir.

Simón traga saliva, meditando con detenimiento lo que acaba de decirle.

—Lo siento mucho. Realmente, lo siento muchísimo, Jo.

—Gracias. No hablo mucho de ello. No porque no lo desee. La verdad, es solo que a veces el dolor que nos causó su inesperada partida aún es demasiado grande de asimilar.

Y no hace falta que se lo diga cuando de forma instantánea comprende tantas y tantas cosas con respecto a sus silencios y a sus misterios.

—¿Sabías que el dolor es más llevadero cuando es compartido?

—¿Sabías que la soledad enseña más que cualquier compañía?

—Sí, me enseña a que extrañe a la tuya cada vez más. ¿Me dejas hacer algo por ti? —formula de golpe, quitándole hasta el habla.

—¿Cómo... dices? ¿Hacer... algo por mí?

—Claro. Solo necesito un sí o un no como respuesta.

—Me pones nerviosa, Simón.

—Tranquila, Jo. Prometo no hacer nada estúpido. Recuerda que quiero verte otra vez.

—¿Entonces...?

—¿Me dejas hacer algo por ti? —reitera, demostrándole con esas seis palabras un profundo interés que consigue aterrarla—. ¿Sí o no, Josefina Calvet?

Sí o no, no hay más que eso.

—Sí —finalmente pronuncia esa única palabra con un dejo de temor, pero a la vez con un cosquilleo de entusiasmo.

—Gracias.

Lo siente feliz, contento, radiante, pero... ¿Debido a qué? ¡Diablos! Desea preguntárselo, pero algo se lo impide. Y ese “algo” siempre la imposibilita de hacer tantas cosas.

—¿Ya cenaste, Jo?

—Sí. De hecho, ya estaba por subir a mi cuarto antes de que llamas.

—Bueno, te acompaño a tu cuarto. ¿Me llevas contigo? Prometo portarme bien —bromea.

—Ya. ¿Y qué obtengo a cambio si lo hago, señor Busquets?

—Que te relate una historia para que logres cerrar tus ojitos y así dormir. He escuchado por ahí que soy bueno en eso.

Su última frase consigue arrancarle una nueva sonrisa que no desea disimular, al tiempo que se pone de pie y se dirige a apagar la luz de la cocina.

—Seré yo quien lo juzgue. Por de pronto, ¿qué tipo de historia tiene en mente, señor escritor?

—Mmm... ¿Te parece una historia de amor?

—Creí que era un especialista en las historias de misterio y suspenso.

—Bueno, esta vez me quiero arriesgar a ver qué tal me va. ¿Me dejas que lo haga?

—Solo si me confiesas a quien vas a pedirle ayuda.

Una gran carcajada le roba en el acto.

—¿Te das cuenta que no bromeo cuando digo que me conoces de toda la vida?

—Estoy esperando, señor Busquets.

—De acuerdo, no más rodeos. Parafrasearé a uno de mis maestros latinoamericanos, señorita Calvet. Mario Benedetti. ¿Se le hace conocido?

—Conozco y me encantan cada una de sus obras, así que con mucho gusto escucharé lo que tiene que decir.

—Comenzaré cuando estés recostada. Quiero imaginarte que te tengo a mi lado mientras te abrazo, te beso, te acaricio y te narro esta particular historia de amor.

—¿Y de qué trata esa particular historia de amor?

—De dos personas que sin buscarse terminaron encontrándose. De dos personas que al cruzar sus miradas de forma espontánea y natural se dieron cuenta que a su alrededor el tiempo parecía detenerse.

Mientras él prosigue, ágilmente sube las escaleras para luego dirigir cada uno de sus pasos hacia el interior de su habitación en la que, finalmente, entra para tenderse sobre su cama.

—Continúa —le pide, quitándose los zapatos.

—De dos almas solitarias que al reflejarse una en los ojos de la otra, comprenden que en la vida hay muchas cosas buenas con las cuales rellenar los vacíos que en cada una de ellas existen. Porque justo cuando ambas pensaban que el amor nunca se apoderaría de ellas, cada una llegó para entregarle lo mejor de sí a la otra. Y así se dieron cuenta al fin que la felicidad tocaba a sus puertas.

—Algo así como: “¿toc, toc?”

—Algo así —Simón ríe al mismo tiempo que ansía tenerla cerca.

—¿Y qué ocurre después?

—Después... Aninguno les parece nada raro que, de pronto, sus manos estén tocándose, estrechándose y, que seguido de eso, estén admirándose a los ojos sin siquiera parpadear.

—¿Nerviosamente y sin saber qué más decir?

—Sí. Aunque pensándolo bien no lo necesitan, porque sus miradas dicen más que cualquier palabra que en ese mágico instante alguno de los dos pueda llegar a pronunciar.

—Me gusta —emite un profundo bostezo que a Simón le da a entender lo cansada que se encuentra—, y también me parece familiar. Deberías arriesgarte y desarrollarla.

—Eso no solo depende de mí.

—Entonces, ¿de quién? —murmura cuando el sueño comienza a invadirla.

—De los protagonistas de esta historia, Jo.

—Comprendo. Pero seguro tendrá un final feliz —vuelve a bostezar, cerrando por completo los ojos—. Todas las historias románticas lo tienen.

—Y tú, ¿crees en los finales felices?

—Sí, porque son la esencia del amor más puro y verdadero.

—De acuerdo. Ahora duerme.

—No sin antes... oír una respuesta a la pregunta... que te haré.
¿Le darás un final feliz a tu historia?

—Cierra los ojos, Josefina Calvet. No sea terca y descansa.

—Simón...

—Shshshshsh...

—¿Lo... harás?

Tras varios segundos de solo escuchar, a través del móvil, el sonido acompasado de su respiración advierte que, en conclusión, ya se ha dormido.

—Lo haré —prorrumpe un largo suspiro de resignación—. Sin duda, así lo haré porque... —sonríe traviesamente y de medio lado—... me olvidé de decirte algo muy relevante. Ambos protagonistas se

conocieron por mera casualidad, que es como suelen conocerse los grandes amores. Sí, mi hermosa Josefina, casi siempre por mera casualidad.

4

A la mañana siguiente, y restando quince minutos para que sean las nueve de la mañana, Josefina llega a la librería donde un sonriente señor Gallart la espera junto a un inmenso y bellissimo ramo de flores —calas amarillas para ser más exactos—, situado sobre uno de los mostradores, al que admira ciertamente emocionado.

—¡Buenos días! —Lo saluda desde la puerta realizando el mismo ritual de cada día: se despoja de su abrigo, lo coloca en el perchero correspondiente y le da un vistazo a su alrededor para saber y/o constatar qué debe hacer primero—. ¡Qué bonitas flores! —Advierte mientras las contempla.

—¡Buenos días también para ti! ¿Te agrada el color amarillo?

Asiente, entrecerrando la mirada, porque algo le dice que detrás de esa simple pregunta que le ha formulado hay algo más.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque son para ti. Un idiota enamorado las ha traído antes de que tú llegaras.

“¿Un idiota qué?”. Se le paraliza el corazón de solo pensar en Simón y en su conversación de la noche anterior.

—No habla en serio, ¿verdad?

—Hablé con él y lo vi con mis propios ojos. A ese muchacho le queda perfecto ese apodo, pero tranquila, su secreto está a salvo conmigo. Por mi parte, nadie se va a enterar.

—¡Señor Gallart! —Lo regaña por cómo lo ha llamado.

—No debes ofenderte porque así me ha dicho que se llama y... —tose—... así lo ha firmado también en la tarjeta.

Abre los ojos sorprendida cruzando, a la par, sus brazos por sobre su pecho y observando como él se encoje de hombros y se adecúa sus gafas de lectura.

—Ya me conoces. La curiosidad es una de mis mejores virtudes. Anda, ven aquí y léela.

Mueve su cabeza de lado a lado, negándose a dar un solo paso hacia el mostrador donde se encuentra el hermoso ramo de calas amarillas que yacen enlazadas con una cinta de raso de color azul.

—Te he dicho que son para ti, Josefina. ¡Reacciona! No hagas como si no hubieras escuchado lo que acabo de decir, por favor. Aquí el que tiene mala memoria soy yo, así que no me obligues a ir por ti para entregártelas.

Después de suspirar termina haciéndolo, acercándose para tomar la tarjeta entre sus manos ante la atenta y curiosa mirada de su jefe que no pierde de vista ni uno solo de sus delicados movimientos.

—La curiosidad mató al gato, ¿lo sabía? —Agrega, regañándolo.

—Sí. Pero sabiendo el felpudo felino murió feliz. ¿No te lo habían dicho?

Con él contemplándola, abre nerviosamente el sobre que contiene la tarjeta que está escrita con la letra de Simón, que reconoce al primer instante. Y se asombra. ¡Vaya que sí lo hace! Porque jamás se imaginó o siquiera se le pasó por la mente que pudiera tener un detalle tan romántico para con ella hasta que lee la nota que dice más o menos así:

“¿Sabes por qué razón yo sueño contigo con los ojos cerrados?

Porque las cosas más bellas de esta vida no se ven, solo se sienten.

Con afecto.

Simón Busquets.”

—¿Te das cuenta, muchacha? El rol de idiota enamorado le queda de maravillas. ¡Qué fue lo que le hiciste a ese pobre hombre, por Dios!

Pretendiendo no sonreír, y sin dejar de releer aquellas líneas, también se lo pregunta al grado de hacerse un espléndido lío en la cabeza.

—Debes agradecersele —la interrumpe Gallart, consiguiendo que enseguida pierda la concentración en lo que sea que estuviese pensando.

—¿Qué es lo que ha dicho? —Alza rápidamente la mirada para depositarla en sus ojos negros y almendrados.

—He dicho que ese hombre ha tenido un bello detalle digno de admirar.

Y ella lo sabe, pero aún así prefiere guardar silencio y no contestar.

—¿Me estás oyendo?

Asiente y traga saliva con dificultad debido al nudo de proporciones que se le ha vuelto a alojar, de pronto, en la garganta.

—Yo creo que no —expresa por ella saliendo desde detrás del mostrador para ir a su encuentro—. Josefina, ¿qué te ocurre? —Nota de inmediato su patente nerviosismo.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Se acerca todavía más para confortarla, al grado de palmearle la espalda con cariño—. Yo creo que sí lo sabes, pero no te animas a hablar de ello, menos a compartirlo conmigo. Dime, ¿está todo bien?

Silencio, solo silencio.

—Josefina Calvet no te hagas la muda por amor de Dios. Estoy viejo y a mi edad sabes que he perdido, gracias a mis nietos, toda mi soberana paciencia.

Sabe que eso es muy cierto y, por lo tanto, no deja de sonreír.

—Te estimo, muchacha. Me encanta esa dulzura que irradas junto con esa ingenuidad que te caracteriza, pero no abuses de mí, por favor. Me estás preocupando y...

—Simón no debió hacer esto —confiesa, admirando las hermosas flores—. No era necesario, menos para dedicarle este bello detalle a alguien como yo.

—¿Qué acabas de decir? —El señor Gallart se quita las gafas en

tan solo un segundo—. Quiero pensar que he escuchado muy mal aquella barbaridad que ha salido de tus labios. Dime, ¿tengo que pedir una cita con mi médico particular?

—No. No debe hacerlo.

—Entonces, ¿por qué hablas así?

—Por las flores —susurra avergonzada sin saber qué hacer con la tarjeta que aún sostiene entre sus manos.

—Entiendo que no sea tu color favorito. Comprendo que, quizás, no sean de tu agrado, pero... ¿Cuestionar que no son para alguien como tú? Por favor, ¿podrías ser tan amable de explicarme en detalle lo que no logro entender?

Rueda la mirada hacia otro punto equidistante de la librería antes de animarse a responder.

—Me refiero a que, quizás, no soy lo que... precisamente él está buscando.

—Y esa es su decisión, no la tuya. Sé más convincente, por favor. ¿Siguiendo explicación?

—Él es Simón Busquets, señor Gallart —reclama, endureciendo el tono de su cadencia.

—Y tú eres Josefina Calvet. ¿Cuál es el problema?

—El problema soy yo, claramente.

Se rasca la cabeza pretendiendo otorgarle algún sentido a esta confusa y enmarañada conversación.

—Ya. Si lo dices por el hecho de que enredas a las personas con suma facilidad con cada una de tus palabras, estoy totalmente de

acuerdo con tu apreciación, querida.

—¿Lo hago? —Formula incrédula.

—Sí, lo haces. Pero no nos desviemos del tema en discusión y respóndeme lo que quiero saber con la mayor sinceridad posible. ¿Por qué consideras que eres un problema? ¿Y por qué debates tanto que Simón haya querido ser amable contigo regalándote esas flores y dedicándote esas palabras que, estoy seguro, consiguieron que algunas mariposillas revolotearan en tu interior?

Suspira y vuelve a suspirar porque... ¡Cómo diablos la conoce tanto para aseverar algo semejante!

—Josefina, estoy esperando.

Inhala muchísimo aire antes de animarse a responder.

—Porque esto ya está fuera de control —afirma convencida—. Porque él es Simón Busquets, un reconocido escritor que no necesita estar con alguien tan común y corriente como yo cuando...

—Tú así lo quieras —responde por ella, consiguiendo que Jo vuelva a posicionar su inocente mirada sobre la suya.

—No hace falta que sea tan explícito, señor Gallart.

—Pero lo soy. Ya llevas dos años trabajando conmigo. Deberías saber que los rodeos no me van.

—Entonces, ¿va a reprenderme otra vez? ¿Va a reiterarme que solo hablo incoherencias?

Gallart mueve su cabeza de lado a lado liberando, a la par, una extensa espiración.

—¿Para qué? Eres una mujer inteligente. No necesitas que un

anciano como yo te lo diga cuando tu mente ya lo sabe. El amor es un sentimiento hermoso, muchacha.

—No estoy tan segura de ello —le rebate, evocando a su madre—. El amor... solo te hace sufrir.

—En cierta medida tienes razón, pero también te hace vivir experiencias muy hermosas e incomparables.

—Para después clavarte una puñalada por la espalda y así terminar arrebatándote lo que más amas. ¿A eso se refiere usted con eso de que “te hace vivir experiencias muy hermosas e incomparables?”

Sin advertirlo, recibe un caluroso abrazo del señor Gallart. Un abrazo que la desconcierta y avergüenza más de la cuenta debido a las palabras que le profesa, de improviso, en un cálido murmullo.

—No todas las historias de amor se viven de la misma manera. La de tu madre sí tuvo un final feliz.

Tiembla en sus brazos.

—Compréndelo, Josefina. Virginia fue feliz y sé que aún lo sigue siendo.

Cierra los ojos con molestia porque ella, más que nadie en todo este mundo, sabe que eso no es real.

—¿Por eso cada noche llora hasta altas horas de la madrugada? ¿Por eso se siente tan infeliz mintiéndome con tanto descaro? No, señor Gallart, no es así. Mi madre ya no es feliz porque perdió lo que más amó en esta vida.

—¿A ti? —Se separa de su cuerpo para admirar sus ojos castaños—. ¿Te ha perdido a ti, Josefina? Estás equivocada. Virginia

no ha perdido lo que más ama en esta vida.

Se niega a oír lo que él afirma con tanta seguridad.

—Porque lo tiene a su lado y eso eres tú, el regalo más bello que le pudo dejar su difunto esposo antes de partir de este mundo. ¿Qué no te das cuenta que una parte de él vive en ti aunque te niegues a admitirlo? Sí, muchacha, una parte de él todavía sigue estando aquí aún cuando no lo quieras aceptar. Y se hace presente en cada una de tus sonrisas, en cada uno de tus silencios, en cada uno de tus llantos y en cada cosa que a tu madre le haga recordar su infinita presencia.

Pretende no ofuscarse y mantenerse serena ante cada una de sus acotaciones que le calan el alma de una dolorosa manera.

—Dejar ir a quien se ama es cosa de valientes. Y más lo es, cuando ese "quien" ha tenido que marcharse de forma tan abrupta e inesperada.

Empuña sus manos, conteniéndose.

—Y ella, a pesar de todo, aún sigue en pie. ¿No lo notas?

—Porque no le queda más remedio —le contesta con sarcasmo.

—No, no es por eso, sino por ti y por lo que significas en su vida.

Desvía la mirada de la suya al tiempo que Gallart le otorga un cordial apretoncito en uno de sus hombros.

—El coraje para continuar no solo se demuestra siendo fuerte y de hierro, Josefina. Hasta los más valientes lloraron, sucumbieron al dolor, se sintieron infelices, se cuestionaron su existencia en esta vida y se negaron a avanzar. ¿Y qué hicieron después? Se pusieron de pie aún frente a la adversidad y al sufrimiento. ¿Por qué? Porque se dieron cuenta que siempre existe algo y alguien por quien luchar.

Aprieta sus labios uno contra otro para no soltar una barbaridad que pueda poner en riesgo su estada como dependiente del lugar en el cual trabaja.

—No conoce a mi madre.

—La verdad, no del todo, pero sí conozco muy de cerca el dolor. Perdí a uno de mis hijos hace ya varios años. El menor de ellos... Marco —recuerda—. Tenía veintidós años y toda una vida por delante —suspira, apartando su mano de su hombro derecho—. Era un joven alegre, jovial, deportista, un muy buen hijo con muchos planes y sueños por cumplir, pero... —vuelve a colocarse las gafas de lectura mientras Jo centra la mirada en sus ojos almendrados—...el destino tenía otros planes para él en los cuales no estábamos contemplados nosotros.

—Señor Gallart —susurra, pretendiendo acallarlo—, no es necesario que...

—Siempre fue un hombre sano, pero de la noche a la mañana su corazón presentó una complicación y se debilitó para, posteriormente, dejar de latir sin que nada pudiésemos hacer por retenerlo —confiesa con una entereza digna de admirar que a Jo sorprende, increíblemente—. Cuando estaba vivo... —se aleja un par de pasos—... siempre nos decía que iba a llegar un momento en su vida en el cual tendría que partir, porque uno de sus sueños era viajar y conocer hasta el más lejano rincón de este planeta —recuerda mientras sonríe—. Y cuando Marco agonizaba esas palabras para mí y para mi mujer cobraron muchísimo sentido, porque sentimos y comprobamos en carne propia que ese momento, finalmente, había llegado. Si su sueño era volar en libertad, ¿quiénes éramos nosotros

para impedirselo si lo amábamos tanto?

Se estremece al escuchar cada una de sus palabras y ante el especial y tranquilizador sonido que emana de su voz, la cual le manifiesta de forma patente cuánta grandeza y generosidad existe en ese hombre.

—Y fue así como lo dejamos ir para que volara muy alto, aún a pesar de todo el dolor que sentíamos y que se manifestaba en cada llanto y en cada uno de nuestros gritos y gemidos de horrible padecimiento y frustración que nos partían en mil pedazos el alma mientras él agonizaba. Porque comprendimos que su felicidad sería la nuestra, así como su amor siempre sería su amor, el que nos entregó esos veintidós años que estuvo a nuestro lado. No era hora de ser cobardes, sino de ser valientes y de amarlo, incluso, mucho más aunque ya no nos perteneciera solo a nosotros y a esta vida terrenal.

—Lo siento. Realmente, lamento muchísimo su pérdida, señor Gallart.

—Gracias, muchacha —camina hacia el mostrador dándole la espalda—, pero si te lo conté no fue para que sintieras lástima por mí, sino para que comprendieras que sufrir es inevitable, es parte de nuestro diario vivir. Ahora, solo depende de nosotros que ese sufrimiento sea o no participe de cada uno de nuestros actos —antes de continuar, admira por un momento, y en absoluto mutismo, las flores que aún yacen sobre el mostrador—. Por favor, no le pidas a tu madre que vuelva a ser la misma de siempre. No esperes verla sonreír con espontaneidad, tampoco le exijas que deje de llorar cuando solo intenta limpiar su alma para seguir adelante, porque eso, Josefina, no se lo podrás arrebatar así como así. Créeme, desprenderse del dolor

toma muchísimo tiempo.

A través de su última acotación comprende que él también, y hasta el día de hoy, lo sigue haciendo.

—Y por sobre todas las cosas mi querida Josefina, no le temas al amor pensando o vislumbrando que a ti te sucederá lo mismo. Porque un amor se vive, se siente, se palpa, se disfruta, y si está ahí es por una buena razón, la cual debes descubrir por ti misma y no esperar a que un viejo decrépito como yo, propietario de una librería, te la informe con todas sus letras, ¿me oíste?

Consigue dibujarle en los labios una pequeña sonrisa que Jo pretende no esbozar, pero que de igual manera termina alojándose en su semblante.

—Ahora... si todavía crees que es un error lo que él ha hecho por ti, que todo esto que está sucediendo está fuera de control y que Simón debería cambiar su rumbo y sus planes con respecto a tu persona, haz algo pronto y córtale las alas de inmediato —expresa tajante, contemplándola de reojo—. Sé honesta, por favor, no juegues con sus sentimientos y hazle comprender que esto no puede continuar por las razones que solo tú posees en tu mente y que estoy seguro no existen en tu corazón.

Asiente como una autómatas, percibiendo como su nudo de proporciones, alojado en su garganta, se engrandece cada vez más obstaculizando el ritmo normal de cada una de sus inhalaciones y espiraciones.

—Porque nadie merece sufrir —le asegura—, y menos si lo hace por amor.

5

Mientras camina hacia la facultad, como lo hace cada tarde después del trabajo, Josefina piensa en su madre y también en todo lo que le ha dicho el señor Gallart sin que se lo haya preguntado. En realidad, no ha dejado de meditar cada una de sus palabras que tienen directa relación con lo que está sintiendo tanto externa como internamente por Simón, su idiota enamorado.

Sonríe rememorando una vez más lo que él le ha escrito en la tarjeta que ahora lleva en uno de los bolsillos de su abrigo, así como también el hermoso ramo de calas amarillas que sostiene y que le hacen meditar, detenidamente, si existe o no la posibilidad de que ya sea el oportuno momento de desprenderse de algunos de sus miedos. Sí, de esos miedos que nacieron con la partida de su padre y que se acrecentaron con el correr de los meses al ver a su madre deshecha tras su muerte, rogándole a Dios en silencio porque también se la llevara a ella.

Se le borra la sonrisa del rostro. Luego de ello, cierra los ojos cuando una leve y fría ventisca juega con su cabello liso y pelirrojo mientras siente como se le entumescen las manos y la nariz debido a la

temperatura que ya ha descendido unos cuantos grados centígrados, admirando de paso el ocaso que ha empezado a hacerse patente.

—Te prometiste que no te ibas a enamorar y ahora sucede esto —comenta, regañándose a sí misma—. Por tu bien sabes que no es una buena idea que eso ocurra cuando has tenido que lidiar con la experiencia de tu madre, quien se enamoró y se casó con el hombre de sus sueños, formó una familia y... ¿Qué aconteció después? Creo que conoces muy bien la respuesta como para estar entregándotela, ¿me equivoco?

Abre los ojos, apretando con más fuerza el ramo de flores.

—Un hombre como él... ¿Para ti? —Mueve su cabeza de lado a lado—. Para qué vivir de falsas fantasías si bien puedes hacerlo en tu propia realidad. Además, lo afirmaste esta tarde: “no eres lo que él precisamente está buscando”. ¿Entonces? No tienes carácter, no posees prestancia, no eres una mujer irresistible —ríe nerviosamente—, divertida, atrayente. No tienes un cuerpo espectacular o un par de ojos bonitos, de esos que encandilan a cualquiera. Claro que no, solo eres una tonta que, de seguro, se va a quedar sola para vestir santos si sigues pensando así, tan positivamente.

Un prominente suspiro de frustración se le arranca antes de que logre detenerlo.

—¿Y él? Aparte de ser talentosísimo, guapo e inteligente se convertirá, de seguro, en todo un hombre de mundo. Estará siempre rodeado de personas importantes e influyentes que lo admirarán a él y a su trabajo. Asimismo, de mujeres bellas y temperamentales a las cuales jamás les llegarás ni siquiera a los talones. De verdad, Jo...

¿Crees que necesita un punto gris en su universo cuando, más bien, siempre estará rodeado de un significativo polvo de estrellas?

Mientras lo piensa su móvil suena, el cual saca desde el interior del bolsillo de su abrigo advirtiéndolo, de buenas a primeras, que es su madre quien la está llamando.

—¡Hola, mamá! Sí, todo está bien conmigo, no te preocupes. No quería molestarte por eso decidí dejarte un mensaje. ¿Ya estás en casa? ¿Cenaste? Pues, ve a descansar. No. Esta noche llegaré un poco más tarde de lo habitual a casa. No, mamá, nada ha sucedido —cuando sabe a ciencia cierta que se equivoca—. Solo veré a Simón después de clases. Sí, te lo vuelvo a repetir, no ocurre nada, y por favor, no me esperes despierta. Lo haré. Descuida. Un beso también para ti —pero cuando está a punto de colgar algo se le viene a la cabeza. Algo que, inevitablemente, ansía preguntar—. ¡Espera un segundo! ¡No cuelgues! Quiero hacerte una pregunta. No, no con respecto a él. Tampoco se trata de pedirte permiso para llevarlo a cenar a casa. ¡Dios, mamá! ¡Es importante! —Reclama un tanto angustiada, elevando el tono de su voz. Y luego de varios segundos, se disculpa por su repentino exabrupto—. Lo lamento. No quise hablarte de esa manera. Cansancio. Sí, solo se trata de eso —intenta tranquilizarla cuando ella se lo vuelve a reiterar como una interrogante—. Sí, solo se trata de eso —pretende autoconvencerse de ello—. Eh... —duda en conformidad a lo que su madre le ha preguntado—. No era nada importante. Seguro por eso lo olvidé con tanta facilidad. Bueno, ve a cenar y luego a descansar, por favor, y evita quedarte dormida en el sofá con la televisión encendida—. De pronto, sonríe frente al afectuoso regaño que le ha brindado—. Tal vez

tengas razón y sí sea un alma vieja después de todo.

Continúa su andar mientras se dispone a cruzar la calzada. Pero está tan concentrada en responderle que, por una fracción de segundo, no mira hacia atrás para cerciorarse si por ella transita, en ese instante, algún vehículo en contra.

—También te quiero. Nunca lo olvides. Sí, con mi corazón y también con mi alma —dibuja una radiante y bella sonrisa en sus labios cuando, de improviso, el estridente y potente ruido de un claxon consigue detener su andar en el exacto segundo en que voltea la vista para seguir la trayectoria de ese fiero y bravío sonido que se acerca hacia ella a toda velocidad—. ¡Simón! —Logra exclamar en un murmullo cuando el conductor consigue frenar, pero tardíamente el coche de color gris que conduce y que termina impactando irremediablemente la fragilidad de su cuerpo haciéndola volar por los aires, tal y como si fuera una muñeca de trapo, para luego caer éste de espaldas al piso, azotándose fuerte y violentamente contra él, cuando un transeúnte comienza a pedir ayuda debido a lo que súbitamente ha sucedido.

Tres...

Balbucea incoherencias sin conseguir que el sonido de su temblorosa voz se cuele por sus oídos. Porque todo ha ocurrido tan de prisa que cuando logra abrir los ojos un aterrador mutismo ya se encuentra instaurado a su alrededor. Al igual que ciertas sombras, borrosas e indefinidas, que se desplazan a paso veloz por delante de su ahora cristalina mirada.

Dos...

Ni siquiera logra vislumbrar lo que acontece cuando su

respiración y la movilidad de su cuerpo parecen abandonarla.

Uno...

Al igual que los latidos de su corazón que lentamente se debilitan, disminuyen, pierden su ritmo, sumiéndola en una cruel vorágine de impotencia y en una total oscuridad que le impide, incluso, gritar con todas sus fuerzas.

Cero...

Para luego no ver, sentir ni oír nada más y formar parte de un silencio aterrador.

Ligereza. Con demasiada ligereza percibe su cuerpo al abrir los ojos e incorporarse, donde sea que se halle y que parece ser un pasillo de hospital.

—¡Diablos! —Se queja, acomodándose de mejor manera sobre la silla en la cual se encuentra sentada. Pero... un segundo. ¿Qué se supone que hace ahí cuando debe estar, más bien, en otro sitio?—. ¿Qué fue lo que pasó? —pregunta al aire sin advertir que alguien se encuentra a su lado. Solamente se cerciora de la presencia de un desconocido una vez que éste le responde a viva voz:

—¿No lo recuerdas?

Un solo segundo le basta para voltear la cabeza hacia un costado, siguiendo la dirección de ese sonido que le ha sonado un tanto familiar.

—¿Caleb? —Entrecierra la mirada, frunce el ceño y retiene la respiración que parece no necesitar del todo.

—Hola, Josefina. Me alegra saber que te acuerdas de mí.
¿Cómo te sientes?

—Extraña. Muy, pero muy extraña, además de emborrachada.
—Parpadea al mismo tiempo que con una de sus manos sujeta su cabeza para que ésta deje de girar.

—¿Sientes algún tipo de dolor? —Enseguida, obtiene de su parte un leve movimiento de cabeza que significa, a todas luces, una rotunda negativa—. Algo desconcertada, ¿quizás? —Insiste sin que ella logre responderle—. Josefina, ¿recuerdas algo de lo que ocurrió? —Rueda sus ojos hacia los suyos para, definitivamente, alojarlos en ellos.

—No sé qué hago en este sitio o debido a qué tú estás aquí.
¿Eso responde a tu pregunta? —Quiere levantarse. De hecho, lo hace, pero con la ayuda de quien ya se encuentra de pie, sosteniéndola por una de sus pálidas y frías extremidades—. Gracias, pero estoy bien. Debo ir a la facultad —en un rápido movimiento levanta su muñeca para observar qué hora marca su reloj de pulsera, notando de inmediato que éste se halla detenido en las diecinueve horas con treinta y nueve minutos—. ¿Qué te ocurre? —Mueve su muñeca, una, dos, hasta tres veces, esperando que el minuterero vuelva a retomar su andar.

—¿No anda?

—No. Y gracias a no sé qué situación el tiempo en él se ha detenido. ¡Diablos!

Caleb sonríe con disimulo cuando la oye maldecir, gesto que desconcierta de sobremanera a Jo porque... ¿Debido a qué lo ha hecho? Tal vez, ¿gracias a su para nada inteligente acotación?

—En fin... —sitúa sus manos en cada una de sus caderas—. ¿Me dirás de qué va todo esto o tendré que adivinarlo?

—¿Por qué piensas que yo debo saber debido a qué te encuentras aquí?

—No lo sé. Supongo... ¿Por qué te he encontrado a mi lado cuando he despertado? Además, esto ya es bastante insólito como para que sea una simple casualidad. A propósito —sus ojos se dilatan más de lo normal al no ver sus pertenencias. Aquellas que traía consigo cuando salió de la librería con destino hacia la facultad—. ¿Dónde están mis cosas?

Caleb guarda silencio.

—Te he hecho una pregunta. ¿Has visto mis cosas?

—Ya no las necesitas —le asegura, endureciendo el tono de su cadencia con el que logra ofuscarla.

—¿Perdón? ¿Qué no las necesito?

—Eso acabo de decir.

—Y yo ya te escuché.

—Entonces, ¿por qué vuelves a preguntarlo?

Cierra los ojos tras contar hasta diez.

—Necesito mi móvil. Debo llamar a mi madre —manifiesta angustiada, metiendo y sacando las manos de los bolsillos de su pantalón, porque del abrigo que lucía esta mañana ya no hay siquiera señas.

—No necesitas hacerlo —le responde con una calma y una serenidad impresionante que consiguen aterrarla—. Ella... está de

camino a este lugar.

Atónita, traga saliva con dificultad, pero no debido al nudo de proporciones que siempre se le aloja en la garganta, sino por algo más que no sabe cómo explicar.

—¿Qué está ocurriendo? —formula, desorientada—. ¡Qué diablos está sucediendo, Caleb! —vuelve a preguntar cuando oye a la distancia el desesperado sonido de la voz de su madre pronunciando una y otra vez su nombre en un grito desgarrador que resuena como un eco por todos lados.

—¿Dónde está mi hija? ¡Por favor, qué alguien me diga dónde está! ¡Josefina Calvet es su nombre!

—¿Mamá? —Se gira hacia ella al percibir, al mismo tiempo que sus acalorados gritos, un frío inmenso que le recorre la piel de extremo a extremo—. ¡Aquí estoy! —Añade, ya caminando en su dirección—. ¡Aquí estoy, mamá! —Replica con todas sus fuerzas cuando escucha la voz de Caleb llamándola a su espalda.

—¡Josefina!

Pero ya es demasiado tarde para detenerse y dar pie atrás a su loca carrera que ha comenzado a ejecutar por el pulcro pasillo de ese sector del hospital.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—¡Se los suplico! —Vocifera Virginia entre llantos y gemidos de dolor y preocupación—. ¿Dónde tienen a mi pequeña? ¿Dónde está?

—Señora, por favor.

—¡Señora, nada! —Explota, furiosa—. ¡Necesito ver a mi hija, por

amor de Dios! ¿Qué no lo comprende? ¡Soy su madre! —exclama, golpeando el mostrador de informaciones—. ¡Su madre! —reitera, desgarrándose la garganta cuando Josefina se abalanza finalmente sobre ella para abrazarla, pero... traspasándola, como si su cuerpo no estuviera hecho de materia sólida sino tan solo de aire... y del que extrañamente no consigue respirar.

—Su hija ha sufrido un accidente, señora Calvet —oye a la voz de una mujer, explicándose—, y en este momento el equipo médico de urgencias está haciendo todo lo humanamente posible por estabilizarla y salvarle la vida.

—Salvarle... ¿La vida? —se pregunta Jo a sí misma, estremeciéndose de la cabeza hasta los pies.

—Por favor, señora Calvet, le rogaríamos que...

—¡No está en condiciones de rogarme nada! —Chilla furiosamente delante de la enfermera que sale desde detrás del mostrador para intentar tranquilizarla—. ¡Sino de llevarme cuanto antes al lado de mi hija!

—Señora Calvet...

—¡Por favor, ella me necesita! —Clama, aferrándose a los brazos de la joven que la sostiene mientras que, lánguidamente, se derrumba cayendo al piso de rodillas—. ¡Por favor! ¡Se lo suplico!

Con un profundo pavor, y sus ojos enjuagados en lágrimas, Jo se voltea hacia la escena que le rompe en mil pedazos su pequeño corazón. Sí, aquel órgano que late débilmente en su interior mientras escucha a su madre llorar desconsolada en los brazos de quien ahora la sostiene, brindándole calma y valentía.

—Estoy aquí —murmura en un susurro—. ¡Estoy aquí, mamá! ¡Óyeme! —Exige desafiante y ya con lágrimas en sus ojos, sin miedo a destrozarse su dulce voz que resuena como un fiero eco en toda aquella sala y también, sin que nadie más que ella y Caleb logren escucharla—. ¡Mírame y óyeme! —Ruega desesperada, dando un par de pasos en su dirección cuando nuevamente oye la cadencia de Caleb pronunciando su nombre a su espalda.

—Josefina...

—¡Josefina qué! —le contesta realmente furiosa—. ¿Qué diablos está sucediendo aquí? —Coloca sus manos en su cabeza, cierra los ojos y los aprieta como si quisiera con ello despertar de toda esta maldita pesadilla—. Esto no es real... ¡Esto no es real! —Pero el doloroso llanto de su madre y sus lamentos se acrecientan cada vez más, dándole a entender todo lo contrario.

—Josefina... —Vuelve a insistir Caleb.

—¡Esto no es real! —Clama aún más furiosa, abriendo los ojos de sopetón y sosteniéndolos por un largo momento en la seriedad que le demuestra su semblante—. Estoy soñando, ¿verdad? Sí, eso es —asiente convencida.

—Lo lamento.

—¡Lamentas qué! —Le devuelve hecha un manojo de nervios cuando su mirada viene y va desde y hacia la figura de su querida madre quién, aún en el piso, no cesa de rogar por la vida de su hija que, irónicamente, se encuentra delante de ella sin que logre siquiera verla, menos oírla—. ¡Explicame qué lamentas, por favor, que no estoy entendiendo nada!

Caleb sostiene su mirada en la suya, pero bajo un sepulcral mutismo.

—¿Qué no me has oído? —Un solo movimiento suyo le da a entender que no lo ha hecho cuando nota que empieza a retroceder, alejándose de ella—. ¿Qué no me oíste? —Con su vista enjuagada en lagrimas sigue cada uno de sus pasos—. ¡Hey! ¡Dónde vas? —Pronuncia con frenesí al verlo girar sobre sus talones—. ¡Caleb! —Replica cuando algo más fuerte que ella le ha exigido que lo siga. Y así lo hace, consiguiendo llegar hasta él después de haber recorrido medio pasillo—. Por favor —gime, expresando únicamente esas dos palabras con las cuales logra detenerlo—. Dime que voy a despertar... ¡Dime que todo esto no es más que una pesadilla de la cual voy a despertar!

—Lo siento. No puedo hacer eso.

—¿Por qué lo sientes? ¿Por qué no puedes? ¿Y por qué eres el único que puede oírme y verme a la vez?

Clava la mirada en el piso y mueve su cabeza de lado a lado, negándose a responder lo que ella tanto desea conocer.

—¡Por qué maldita sea! ¡Por qué! —Vocifera fuera de sus cabales ante su forzoso silencio que le carcome el alma.

—Porque he venido hasta aquí para ello.

—¿Qué se supone...?

—¡No! ¡Me niego a creerlo! —Grita su madre al oír las explicaciones de un médico, consiguiendo que Jo enmudezca y voltee la vista hacia atrás—. ¡Mi hija no! ¡Mi pequeña no!

—Ma... má —alza una de sus extremidades hacia ella como

queriendo alcanzarla, al mismo tiempo que la cadencia de Caleb se cuela por sus oídos, diciendo:

—Ya es hora, Josefina.

—¿Hora de qué? —Llora en silencio.

—De que todas tus preguntas sean respondidas.

—¿Por quién? ¿Por ti?

—No. Por ti misma.

Paralizada en el umbral de la puerta de aquella habitación, y cuando es atacada por una infinidad de dolorosos recuerdos e imágenes, no cesa de observar de forma pusilánime a quien se encuentra conectada a una infinidad de máquinas, respirando levemente mientras lucha, segundo a segundo, por no perder lo que le queda de vida. Asimismo, no puede creer que esto esté sucediendo, menos después de que ambas están allí, frente a frente, en el mismo sitio y a la misma hora como si todo esto fuera una maldita jugarreta del destino. Sí, de un incierto, mezquino, demoledor y horrible destino que le arrebató cada vez más las pocas fuerzas que le quedan, consiguiendo que desvaríe y piense que nada de esto está ocurriendo cuando todo parece ser tan real, tan agobiante y a la vez tan desequilibrado.

Sin entender el por qué, da un par de pasos hacia ella acercándose con muchísimo miedo y recelo, notando el ritmo errático y débil de su corazón que, a todas luces, le brinda una agobiante sensación de pánico que no logra disimular, al igual que el llanto que la invade y que brota de sí con más y más desesperanza.

—Despierta —le pide con la voz temblorosa mientras que con suma delicadeza coge una de sus manos para entrelazarla—. Despierta —vuelve a repetirle cuando las lágrimas nublan su visión—. No es hora de jugar —le reclama, endureciendo su cadencia—. ¿Me estás oyendo? Sé que lo haces. Así que pelea... pelea como toda una guerrera por lo que más quieres y lucha por tu... —se detiene, cerciorándose que lo que dirá es una grandísima imbecilidad cuando evidentemente sabe que ambas son la misma persona—... por nuestra vida —se estremece ante la frialdad que emana de su propia piel al afirmarlo—. Vamos, Josefina. ¡Despierta! —Se auto exige, desafiante—. ¡Tienes mucho por qué vivir! ¿Qué no lo comprendes? ¡No nos hagas esto! ¡No es hora de jugar a las escondidas! —Se aferra a su frágil extremidad con todo su corazón puesto en ello—. ¡Sé que puedes oírme! ¡No te dejes vencer, no te rindas y lucha por lo que sueñas, por lo que anhelas y por...! —No logra pronunciar siquiera la totalidad de esa frase cuando las fuerzas parecen abandonarla—. ¡Por favor! —Cierra los ojos como si esas dos únicas palabras formaran parte de una ferviente letanía, la suya por supuesto—. ¡Por favor, Josefina! —reitera, rasgándose la garganta sin cesar de repetirlo con tenacidad. Quiere gritar, pero no consigue hacerlo, porque por más que lo intenta el sonido de su voz se apaga rápidamente en sonido y en intensidad—. ¡Jo, óyeme! —Abre sus ojos encharcados en más y más lágrimas—. ¡No nos abandones! ¡No es hora de partir! —Se lanza sobre su menudo cuerpo para remecerla cuando el pitido del monitor cardíaco se acelera al grado de hacerle comprender que sus segundos están siendo contados—. ¡Despierta, maldita sea! ¡Tienes que vivir! —Vocifera enloquecida, perdiendo cada vez más la cordura y el aliento—. ¡Tienes que quedarte! ¡Tienes que salir de ésta por ti, por

mamá, por él y por nosotros! —Desconsolada, llora sobre su lecho cuando sus piernas ya no consiguen sostenerla—. ¡Estoy aquí! ¡No voy a abandonarte nunca, pero tú no te rindas ahora! —Reclama en un grito ahogado. Pero ya es tarde, y se cerciora de ello al ver entrar, repentinamente, en la habitación al equipo médico que se prepara para el peor de los casos

—¡Está entrando en paro! ¡La paciente se nos va!

—¡Josefina! —Grita con ímpetu, cayendo al piso de rodillas.

—¡Preparen el desfibrilador! ¡Descarga en menos tres!

—¡No es justo! ¡No ahora! —Se arrastra por el suelo hacia un costado de la cama.

—¡Despejen!

—¡Lucha, Jo! ¡No permitas que se quede solo! ¡No nos dejes así! —Pero de un momento a otro levanta la cabeza al sentir en carne propia una, dos y hasta tres veces como le explota el pecho de dolorosa manera y como le queman la piel debido al rigor de las descargas eléctricas que recibe en su torso mientras chilla, silenciosamente, pretendiendo que ella consiga oírlo—. ¡Jo, ayúdame! —Alza una de sus manos en su dirección—. ¡Hazlo por Simón! —exclama fuerte y claro al escuchar un grito ensordecedor que parece ser el suyo, sin que nadie más que ella logre reconocerlo, para luego ya no oír nada más en aquel cuarto que, de pronto, y como por arte de magia, se ha sumido en el más completo, aterrador y absoluto de los silencios.

6

El reloj de pulsera de Simón ha marcado las once con veinte minutos de la noche. “¿Dónde estás?”, es lo primero que se pregunta al verlo y, también, en relación a Josefina. Está preocupado, y así lo demuestra su semblante que en todo momento es observado por la atenta mirada de su hermano Tobías, quien también se encuentra allí, esperándola para conocerla.

—Vamos, Jo, contesta —repite Simón sin obtener ningún tipo de respuesta. Porque su teléfono parece estar muerto ante cada llamada que le realiza y que, de inmediato, va a parar a su buzón de voz, al igual que cada una de las anteriores que ya ha ejecutado insistentemente y de la misma manera.

—Ya vendrá. Seguro se le ha descargado la batería del móvil. Suele ocurrir, ¿o no?

—Claro, suele ocurrir —le contesta después de haber realizado su fallido intento número nueve.

—Dale algo de tiempo y no seas paranoico —añade.

“¿Más?”, se formula en silencio cuando admira nuevamente su reloj y éste ahora marca las once con treinta minutos de la noche.

Un tanto resignado, deposita el móvil sobre la mesa al tiempo que vuelve a decir:

—Josefina es muy puntual para todo, jamás se retrasa. Debí ir por ella a la facultad. Seguro tuvo algún inconveniente y yo aquí...

La mano de Tobías se deja caer, de pronto, sobre uno de sus recios hombros.

—No desesperes. Tu chica ya llegará, y seguro va a llevarse una grata sorpresa cuando me vea.

Simón sonríe de medio lado porque sabe que eso es totalmente cierto. Josefina ni siquiera está al tanto de la presencia de su hermano mayor, quien esta noche se encuentra allí para cenar junto a ambos.

—Te veo y no te reconozco. ¡Cómo te ha calado el corazón esa mujer!

—Josefina —le corrige al instante—. Su nombre es Josefina Calvet.

—Busquets, has perdido la cabeza —emite un silbido de admiración y también le palmea la espalda—. Cuéntame más de ella. Debe ser toda una belleza para que te tenga comiendo de su mano. Apuesto que es una fiera. Dime, ¿es rubia o morena?

—Pelirroja —le certifica, sonriendo de oreja a oreja—. La más bella pelirroja que he visto en toda mi vida.

—¿Sexy? —Enarca una de sus cejas, ¿desilusionado? —. ¿Despampanante? Toda una pantera en la cama, ¿quizás?

Ahora, es el turno de Simón de enarcar una de sus castañas cejas en disconformidad con cada una de las interrogantes que le ha formulado.

—¿No lo es? —Insiste su hermano realmente interesado en que le conteste, ojalá con detalles, lo que ansía saber.

—Josefina no es como las mujeres que acostumbras frecuentar, Tobías.

—¡Qué decepción! ¿Y cómo las que tú solías frecuentar, tampoco? —Ataca, recordándole una parte importante de su pasado—. Conozco muy bien tus gustos, hermano. Aún no los he olvidado —bromea, otorgándole un guiño.

—Tú lo has dicho, “solía frecuentar”. Ahora ya no necesito nada de eso porque con Jo lo tengo todo.

—¿Jo? —Ríe despectivamente, quitándose la grisácea chaqueta de su traje—. ¡Vaya! Esto sí amerita una celebración. Simón Busquets completamente enamorado... ¡Quién lo hubiese creído! Recuérdame felicitar a tu chica cuando la vea, por favor.

Mueve su cabeza de lado a lado mientras suspira, preguntándose: “¿en qué momento se le ocurrió la genial idea de invitar a su hermano a cenar para que la conociera?”

—Así que pelirroja —prosigue, sentándose en uno de los sofás de la enorme y acogedora sala de estar—. ¿Qué más? ¿Ojos azules, tal vez? Un buen par de...

—¡Basta! —Lo detiene un tanto ofuscado—. Ya te lo dije, Josefina no es cualquier mujer. Por de pronto, te exijo que la trates con respeto.

—Lo siento —levanta sus manos en señal de rendición—, pero después de tanto tiempo en que no tomabas en serio ninguna de tus relaciones, ¿qué quieres que piense? La verdad, me parece muy extraño que una desconocida te haya hecho sentar cabeza tan

pronto. Tienes treinta cuatro años, eres un exitoso profesional con una ascendente carrera a quien se le ocurre enamorarse justo cuando está en la plenitud de su vida y podría tener no a una, sino a unas cuantas metidas en su cama cada vez que así lo quisieras.

—He dicho que basta. No necesito nada de eso porque ya no me interesa mantener una vida así.

—¿Por qué no? —Lo admira con frialdad y como si no creyera una sola de sus palabras—. ¿Qué te hizo para que cambiaras y pensaras distinto?

—¿Cambiar? —Suspira profundamente cuando el recuerdo de un bello rostro invade hasta el más recóndito sitio de su mente—. Josefina no me cambió. Ella solo se encargó de mejorar mi esencia con su simpleza, con su ingenuidad y con su forma tan particular de quererme.

No comprende qué quiere decir con ello. Es más, se niega a entenderlo, si toda una vida Simón se ha encargado de mantener relaciones de una sola noche y no, precisamente, con mujeres “simples e ingenuas”.

—Dime una cosa, ¿dónde fue que la conociste?

—¿Y eso es relevante para ti?

—¿Es periodista? ¿Editora? —Prosigue, ansioso—. Se desenvuelve en el medio en el cual trabajas, ¿quizás?

—No. O tal vez sí, pero no directamente.

—¿Por qué tanto misterio? ¿Cómo que “o tal vez sí, pero no directamente”? Vamos, explícame. Creo que puedo entenderlo.

¿Realmente, quiere hacerlo cuando sabe de sobra cómo

reaccionará cuando le comente que Josefina es tan solo una dependienta de una librería? No. Sinceramente, estaba más que claro que Tobías iba a estallar con lo clasista que era.

—Jo trabaja para Pedro Gallart, ¿lo recuerdas? Es su dependienta. Fue en ese sitio donde la conocí.

—¿Qué mierda estoy oyendo? —Casi se le desencaja la mandíbula al oírlo—. ¿Estás enamorado de una dependienta? —Mueve la cabeza al tiempo que inhala y expira frenéticamente—. Me vas a disculpar, pero nuestros padres no te educaron para que te enamoraras de una mujer así.

—¿Una mujer así? —Ataca Simón muy molesto—. Josefina es la más maravillosa, inteligente, educada y genuina mujer que he conocido en la vida y con quien quiero compartir mi andar. Así que te pediría, por favor, que midieras tus palabras cuando te refieras a ella.

Su hermano se carcajea al instante. ¿Ha oído bien o lo está encarando abiertamente por su acotación sobre la famosa pelirroja?

—Eres un Busquets —le recuerda, incisivamente—. Y un Busquets no se enamora de una dependienta de librería común y corriente. Si te la vas a tirar, hazlo, pero enfrascarte en una relación, olvídale, hermanito. Eres un hombre de mundo y de dinero, Simón. ¿Dónde mierda tienes metida la cabeza?

Lo nota muy exaltado, tal y como si le desagradara enormemente la idea de una futura relación más formal con ella, pero ¿qué más da? Es su vida y él lo sabe de sobra.

—Lo lamento por ti y por toda tu tanda de justificaciones sin sentido, pero estoy enamorado y eso es lo único que me importa

ahora. Además, no te invité para que me recriminaras mi actuar o mis decisiones, menos para que la juzgues de esa tan clasista manera, sino para informarte de mis futuros planes que tienen que ver directamente con ella. Así que... lo demás, Tobías, muchas gracias, pero no me interesa.

—¿Qué planes? —Un tanto fuera de sus cabales termina elevando su tono de voz—. ¡Planes de mierda querrás decir! —Ataca altaneramente, levantándose del sofá—. Apostaría mi vida que esa mujer solo quiere aprovecharse de ti, de tu fama y de tu dinero, por eso se te metió por los ojos.

—¡A Josefina la respetas! —Le exige duramente una vez más—. No tienes derecho a tratarla así. Te lo repito, no la conoces, y si hubiera sabido que te comportarías como un imbécil, créeme, jamás me hubiera tomado la molestia de invitarte para presentártela.

—Simón...

—Que tenga o no tenga dinero me importa una mierda. La quiero por lo que es y sé que ella me quiere a mí de la misma manera.

—¿Te lo dijo? —Vuelve a atacarlo, pero ahora lo hace despreciativamente—. ¿Te comentó que estaba enamorada de ti o de tu estatus? ¿O, quizás, del reconocido escritor Simón Busquets, toda una revelación en el ámbito literario?

Simón guarda silencio evocando las palabras de Jo.

—¡Respóndeme! ¿Esa mujer está enamorada de ti?

Y abre la boca para decir lo que jamás sale de sus labios.

—¿Está o no enamorada de ti, Simón? —Reitera, hastiado de su silencio.

—Sé que me quiere. —Titubea, consiguiendo con ello que Tobías aplauda un par de veces, como si estuviera en el teatro y frente a una función.

—¡Bravo! Convincente... Realmente muy convincente. Te has ganado la lotería con tu “dependienta” pelirroja.

—¡Cállate! —Lo encara con unas enormes ansias de cerrarle la boca de un solo puñetazo cuando su móvil, que se encuentra situado sobre la mesa vuelve a sonar, interrumpiendo aquella exaltada charla. Simón lo toma advirtiendo un número desconocido que se muestra en la pantalla—. Hola. Sí, soy yo —contesta la llamada con la ira a flor de piel, pero únicamente pensando en Jo y en su evidente retraso—. ¿Señor Gallart? —formula extrañadísimo de que sea él quien lo esté llamando, precisamente, a las once con cincuenta y cinco minutos de la noche—. Sí, estoy en mi departamento esperando a Josefina. ¿Qué ocurre? ¿Ha tenido algún problema con la distribución? Perdón, ¿cómo dice? —Su vista rueda hacia los ojos de su hermano, en la cual se petrifica al tiempo que atentamente oye lo que Pedro Gallart le comunica con la voz temblorosa y entrecortada.

Sus ojos se cristalizan y se llenan de lágrimas mientras sigue escuchando y asimilando a lo que no da crédito, a lo que no parece ser real y a lo que lo comienza a torturar atterradoramente y nada menos que en vida.

—Simón... ¿Qué sucede? —Inquieta Tobías al verlo palidecer y temblar con el móvil pegado a su oído—. Simón, ¿qué tienes?

—¿Jo? —le responde en un suave murmullo mientras del otro lado la voz del señor Gallart aún sigue entregándole detalles de lo que inusitadamente ha sucedido.

—Simón... —avanza hacia él muy nervioso—. ¡Simón, por la mierda, dime qué está ocurriendo!

Pero él no contesta. Si más bien parece que está sumido en sus propias cavilaciones que no cesan de rodar con insistencia al interior de su cabeza.

—¡Simón! —profiere en un potente grito, advirtiendo como su hermano menor cierra los ojos con fuerza cuando sus lágrimas no cesan de rodar por sus ahora enardecidas mejillas. Asimismo, y sin entender qué ocurre, termina arrebatándole de las manos el móvil para oír lo que la voz del otro lado no cesa de expresar entre desgarradores sollozos:

—Ella te necesita. Al parecer, no tiene mucho tiempo.

Se queda de una pieza al comprender lo que, tal vez, quieren decir ese par de enunciados cuando el llanto de su hermano comienza a crecer cada vez más en intensidad.

—No es cierto —repite Simón, incansablemente—. Dime que no es cierto...

—Simón...

—¡Dime que no es cierto! —Vocifera en un grito descomunal que le hiela la piel al segundo de haberlo escuchado—. Anda, ¡dime que ella está bien! —replica con desespero, dejándose caer de lleno sobre él para abrazarlo—. ¡Dime que no la voy a perder! —Grita enloquecido sin que éste nada pueda hacer por tranquilizarlo y acallar así su grandísimo dolor que le parte en varios trozos el alma—. ¡Dime que se quedará conmigo, por favor! ¡Dímelo! —Es lo último que escucha con claridad antes de ver como se derrumba y rompe a llorar,

desconsoladamente, entre sus brazos.

Josefina despierta de la misma manera en la que lo hizo la primera vez, con su peso aligerado, emborrachada y con Caleb a su lado, pero ahora situados ambos dentro de la habitación en la cual también se encuentra su madre junto a ella o debería decir... ¿Junto a su cuerpo? La oye llorar un tanto más calmada y suplicando por su vida, orando por ella, al tiempo que la máquina del monitor cardíaco y cada uno de sus por ahora normales pitidos, junto al ventilador artificial, le dan a entender que todavía sigue respirando.

Suspira como si lo necesitara. De hecho, volver otra vez de lo que sea que le haya tocado vivir para que ahora esté así, a punto de emitir una última exhalación, aún le pasa la cuenta. Porque por más que intenta recordar lo que ha sucedido, por más que pretende comprender que esto no se trata de una cruel pesadilla, sino de una dura realidad, todavía sus lágrimas asoman por las comisuras de sus ojos sin que logre retenerlas.

Las limpia, una a una, con uno de sus pulgares, observando a su madre como le acaricia con ternura el cabello, las extremidades y las manos, percatándose también de que Caleb la admira de reojo sin pronunciar una sola palabra.

—¿Siempre va a ser así? —susurra con temor—. ¿De la misma manera?

—Recuerda que no puede oírte —le asegura él en relación a Virginia, posando la vista en ella—. Y no. No siempre será así ni de la misma manera.

—Entonces, ¿por qué aún sigo aquí si se supone que estoy muerta? —vuelve a inquirir con desenfado, sorbiendo por la nariz.

—Porque aún no lo estás —le corrige, poniéndose deliberadamente de pie ante su inocente mirada—. Y porque aún te aferras a la vida. Se lo pediste, Josefina, se lo pediste a quien yace en esa cama y ella ha escuchado tu llamado.

—¿Por cuánto tiempo? —Con cautela se levanta del sofá.

—No lo sé. No soy el dueño de tu tiempo.

—¿Y quién lo es, Caleb?

—Tú misma y quienes te rodean.

Intenta dar un par de pasos, pero no lo consigue, oyendo a su madre rezar a un costado de la cama, aferrada a una de sus extremidades.

—No recuerdo... que ocurrió.

—¿Estás segura?

Asiente convencida.

—¿Me lo dirás?

—¿Quieres saberlo?

Sí, aunque por dentro se esté muriendo de miedo. ¿Qué irónico, no? Morir de miedo cuando, más bien, está muriendo por una situación que, por ahora, desconoce por completo.

—Un coche que transitaba a alta velocidad te arrolló cuando te disponías a cruzar la calzada.

Vagamente, algunas escenas vienen a su mente. Y vagamente las reconoce, como la charla que mantenía con su madre por teléfono

antes de que ello ocurriera, las hermosas flores amarillas que cargaba en una de sus manos, la nota que Simón le escribió y que llevaba alojada en uno de los bolsillos de su abrigo...

Se estremece de pavor al hilvanar cada una de esas situaciones con un único fin: entenderlo todo.

—Fue instantáneo —prosigue Caleb.

Jo cierra los ojos.

—El impacto... no sentiste dolor.

Luego, traga saliva con dificultad cuando sus lágrimas vuelven a brotar desde las comisuras de sus ojos.

—Y ahora... luchas por tu vida.

Deja escapar un largo suspiro, como si llevara más de veinte minutos reteniendo el aire en sus pulmones.

—Tengo miedo, Caleb.

—¿De vivir o de partir? —Logra con esa interrogante hacerla reaccionar y abrir sus ojos de inmediato.

Ansía hablar y descifrar esa pregunta que le ha formulado, la cual le cala el alma quedándose, además, alojada en su cabeza por bastante tiempo. Pero las imprevistas súplicas que su madre le hace a su cuerpo la desconcentran al grado de escucharla decir "perdóname, hija", "perdóname, mi amor".

No cree lo que está oyendo. Es más, no concibe que su madre le pida perdón por una culpa que es solo suya. Porque todo lo que ha ocurrido solo ha sido por su causa, por su distracción y por... ¿El cruel destino que ha venido a tocar a su puerta?

—Mamá... —pretende mantener la entereza cuando Caleb se dirige hacia ella situándose, finalmente, a su lado.

—Se siente culpable, Jo.

—No es su culpa, jamás lo será. ¡Díselo!

—No puedo. No me permiten intervenir.

Vuelve la mirada hacia la de él donde, en conclusión, termina clavándola.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puedes?

—Porque no estoy aquí para ello.

—Y entonces, ¿para qué estás aquí? Dime, ¿para qué sigues aquí?

—Para ayudarte —afirma, pero evitando contemplar su ferviente y aguada mirada castaña.

—Ten la amabilidad de mirarme a los ojos para decirme todo eso porque no te creo. Es más, ¡aún no sé quién eres o qué haces aquí!

—Lo sabes, pero no deseas admitirlo. Te lo dijo el señor Gallart en una oportunidad con respecto a tu inteligencia. ¿Eso también lo olvidaste?

Inevitablemente, vuelve a estremecerse al oír cada uno de sus tan acertados enunciados.

—Ya no más rodeos, ¿quieres? ¡Por favor, ya no más rodeos!

—De acuerdo. Pero a pesar de todo, ¿aún quieres oír la verdad?

—Sí, siempre —le responde cuando su mente le dicta todo lo contrario.

Caleb asiente, pero ahora perpetuando la vista en el umbral de la puerta de aquella habitación.

—He venido hasta aquí para que se cumpla tu destino —especifica al fin.

—Mi... ¿destino?

—Así es.

—¿Por qué?

Se observan detenidamente hasta que los furiosos y atronadores gritos de una masculina voz, que resuenan a la distancia, interrumpen y quebrantan el mutismo que se ha instaurado entre los dos.

—¿Simón? —Josefina reconoce y voltea, en un acto reflejo, su mirada hacia la puerta del dormitorio—. ¡Simón! —Vuelve a pronunciar cuando todo de sí lo único que ansía es tenerlo cerca—. ¡Simón! —Repite, pero esta vez con todas sus fuerzas puestas en ello y corriendo hacia la entrada sin que nada ni nadie ose siquiera detenerla, menos Caleb, quien solo la ha dejado ir, añadiendo:

—Porque en él... aún hay un capítulo muy importante por escribir.

7

Tiempo pasado.

—Te quedas a cargo, por favor. Debo hacer algo muy importante —dice Pedro Gallart al colgar una llamada mientras vuelve a colocarse sus gafas de lectura.

—¿Algún problema? —pregunta Josefina, asomando la cabeza desde un aparador en el cual se encuentra posicionando y ordenando las nuevas novedades literarias que han salido al mercado.

—Solo una maldita burocracia que hace todo más difícil en esta vida y más, para un viejo decrépito como yo —le explica, viéndola sonreír y mover su cabeza no muy convencida, además de preocupada—. Tranquila. Es solo un asunto del cual me debo ocupar personalmente. Recuerda que dentro de algunos días aquí no cabrá un solo alfiler.

—¿Está todo bien? Digo, ¿necesita ayuda con eso, señor Gallart?

—Por ahora no. Solo prosigue con lo que estás haciendo y ocúpate de Tres Almas mientras me desaparezco por un momento.

—Vaya tranquilo, pero al salir observe el aparador, por favor, y

con su dedo pulgar hacia arriba o hacia abajo dígame si está todo en orden. Ah, y abríguese. Afuera hace mucho frío.

Pedro Gallart sonrío y asiente ante su petición, sin sorprenderse de ella, mientras va por su bufanda y su abrigo, los cuales se coloca unos segundos después, al igual que lo hace con su boina que le cubre gran parte de su ahora un poco cana y calva cabeza.

—¿Así está bien para ti, muchacha? —le pregunta, viéndola caminar hacia él con una de sus manos empuñada y su pulgar derecho hacia arriba en señal de que todo está perfecto.

—Ahora es su turno —le recuerda Jo, tomando entre sus manos una caja vacía del piso que lleva hacia el mostrador.

—De acuerdo, lo haré...—el señor Gallart admira su reloj de pulsera que ya marca casi las dos de la tarde—... si tú le pones cerrojo a la puerta para que te dispongas a comer. Recuerda, estás en periodo de exámenes y necesitas alimentarte bien y concentrarte. Además, así te tomas un tiempo y descansas. En la cocina hay pastel de carne; lo ha preparado Margot y de seguro está de chuparse los dedos.

Asiente al escucharlo, porque sabe que eso es del todo cierto. Su mujer cocina, nada menos que, de maravillas.

—Lo haré dentro de un momento. Terminaré de ordenar los libros que restan en los aparadores y me dispondré a ello.

—No. Lo harás cuando yo salga por esa puerta y termine volteando el cartel que cuelga de ella y que dice “cerrado”.

Ansía decir algo más, pero él se lo impide, acotando:

—Y sin peros de por medio —le otorga una sonrisa de

complacencia—. Coloca el cerrojo y me guardas mi ración, por favor. Ya regreso. —Y así se marcha hacia la entrada realizando todo el ritual que segundos antes le ha detallado. Hasta que se detiene en la acera, entre los transeúntes que a esa hora caminan por ella bajo un frío clima, admira con detenimiento el aparador, se acaricia la barbilla un instante, asiente una vez más mientras entrecierra la mirada y, finalmente, alza el pulgar en señal de que todo está muy bien, consiguiendo que Jo sonría satisfecha desde el interior, pero a la vez se olvide de cerrar la puerta con cerrojo como él se lo ha pedido.

—Bueno... Un poco de música no nos haría mal, ¿verdad? —se pregunta cuando ya camina hacia la laptop que se encuentra sobre el mostrador y desde la cual, segundos después, se oye una melodía, la que termina cantando a viva voz y que dice más o menos de esta manera:

*"I walked across an empty land
I know the pathway like the back of my hand.
I felt the earth beneath my feet
Sat by the river and it made me complete.
Oh simple thing, where have you gone
I'm getting old and I need something to rely on.
So tell me when you're gonna let me in
I'm getting tired and I need somewhere to begin..."*

Plenamente concentrada en los acordes que escucha y baila,

animadamente a su compás, también trabaja sin siquiera advertir que, por la puerta entreabierta y desde el umbral, alguien la está observando. Alguien que mantiene una de sus manos en el pomo cuando sus ojos claros no cesan de seguir cada uno de sus movimientos tan gráciles y delicados que realiza al limpiar y ordenar, y claro, sin dejar de cantar la letra de la canción que el desconocido logra reconocer de inmediato.

¿Y él? Sonríe con disimulo sin hacer el menor ruido. Aunque, la verdad, ya lo ha hecho con la campanilla al abrir la puerta, pero ella no lo ha notado. De hecho, ni siquiera sabe de su existencia, menos que la admira y que fascinado oye su melódica voz que se cuele por sus oídos mientras su cabello pelirrojo, atado en una coleta, se mueve al compás de los vaivenes de su menudo cuerpo que luce un suéter holgado de color azul y unos jeans que delinean su figura. Aigual que sus largas piernas que, a simple vista, se aprecian bastante estilizadas.

Simón sonríe todavía más debido a esa tan prejuiciosa acotación que ha hecho porque, “¡Qué importa si sus piernas son o no estilizadas!”, si lo que ve ya es realmente encantador, además de fantástico.

Alegremente, Josefina sigue cantando mientras acerca una silla para así limpiar la parte más alta de un aparador. Y cuando sube, y voltea de reojo la mirada hacia la puerta —como una reacción innata—, se sorprende y salta de la impresión que le provoca la presencia del extraño que se sitúa en el umbral y que ¡Diablos!, la está admirando, pero... ¿Desde cuándo?

—¡Santo Dios! —Tambalea, pero sin llegar a caer, al tiempo que ya no le quedan ganas de seguir cantando ante el sujeto que está

frente a sus ojos vestido con un largo abrigo negro y que —de buenas a primeras se aprecia carísimo—, entra a paso veloz para intentar ayudarla.

—¡Discúlpeme! No quise asustarla. ¿Se encuentra usted bien?

No quiere hablar. ¿Por qué? Porque está tan avergonzada por lo que ha acontecido que su boca se niega a articular una sola palabra. Y también, no tiene la más mínima intención de alzar la vista para conectarla con la suya, porque si le hubiera puesto con anterioridad el bendito cerrojo a la puerta nada de esto estaría sucediendo.

—Señorita —vuelve a expresar Simón, pero ahora con un dejo de preocupación en la mirada—. ¿Se encuentra usted bien? Por favor, discúlpeme que haya entrado así mientras usted cant...

Josefina cierra los ojos, maldice en silencio, respira agitadamente y tiembla. ¡Vaya que tiembla frente al desconocido que se ha plantado allí, al parecer, para no irse jamás!

—¿Señorita?

“¡Diablos! ¡Esto no puede estar pasándome a mí!”

Simón advierte que ha guardado un obligatorio silencio debido a que se encuentra demasiado avergonzada. Sí, lo logra evidenciar en su rostro y en lo coloradas que se encuentran sus mejillas que le dan un aspecto algo infantil e inocentón, pero precioso. Porque la chica es muy bonita, aún roja como un tomate.

“Debería... ¿Cambiar la táctica?”, se pregunta, mitigando una nueva sonrisa. La verdad, no quiere asustarla, menos incomodarla o fastidiarla, aunque parece que ya lo está y más, ante su sorpresiva e

inesperada presencia.

—Tiene una voz muy hermosa —prosigue—, y muy dulce también.

—Gracias —la oye susurrar, pero sin abrir los ojos.

—¿Keane, verdad? —Atrae toda su atención, consiguiendo que con prontitud ella levante la vista para que sus ojos se abran y, finalmente, se depositen sobre los suyos—. “*Somewhere only you know*”. ¿Estoy errado?

—Sí y no —responde con timidez—. Perdón —se disculpa en el acto—, no sabía que usted estaba...

—¡Oh no, por favor! —exclama Simón al instante—. El que debe disculparse soy yo. No quería asustarla, menos interrumpirla... —se muerde la lengua. Por un momento consigue sacarla de su mutismo y ahora mete la pata otra vez, recordándole lo que tanto la ruboriza—. Lo lamento. Yo solo...

—No se preocupe, la culpable he sido yo al no poner el cerrojo cuando el señor Gallart ha salido. —Aparta sus ojos de los suyos cuando se dispone a bajar de la silla pretendiendo, además, controlar el ardor de sus pómulos que la traicionan.

—¿No se encuentra aquí? —pregunta algo extrañado.

—No. Y se supone que la librería está cerrada a esta hora. ¿No vio el letrero en la puerta?

—Lo vi, pero... ésta estaba abierta y también la vi a usted... —se muerde su traviesa lengua otra vez reprimiendo, a la par, una sonrisa que a Jo no le hace nada de gracia.

—Sé bien lo que estaba haciendo. Muchas gracias por

recordármelo. Además... —procura cambiar lo antes posible el tema de esa inaudita conversación—... *Keane* no es una de sus bandas favoritas, por eso la escucho cuando él no está.

Lo hace sonreír con ese significativo detalle que le ha revelado al tiempo que la observa desplazarse como si huyera por el amplio salón.

—Quizás, le guste Sinatra —añade Simón en tono de broma.

—Más bien *"The Beatles"* —certifica Jo, suspirando y deteniendo su andar tras el mostrador para apagar la música que aún se deja oír en el ambiente.

La librería queda en silencio. Un silencio que es coronado por la grave cadencia de Simón al empezar a cantar una conocida canción que a Josefina, en un primer instante, sorprende e inquieta, pero que, sin duda alguna, después relaja porque la conoce lo bastante bien.

*"Jo Jo was a man who thought he was a loner
But he knew it couldn't last.
Jo Jo left his home in Tucson, Arizona
For some California grass
Get back, get back
Get back to where you once belonged.
Get back, get back
Get back to where you once belonged..."*

Se queda perpleja ante su sorpresivo acto, oyéndolo cantar con

tanta gracia y espontaneidad como si ni siquiera le importara estar haciéndolo frente a una total desconocida.

—*Get back Jo Jo* —finaliza Simón, acotando—: Pues ya somos dos.

Sin quererlo, termina sonriendo junto con él mientras el ardor en sus mejillas desaparece porque... ¿Tal vez, lo ha hecho a propósito o solo para hacerla sentir mejor?

—Lo sé. No canto muy bien, pero lo intento —termina llevándose una de sus manos hacia su nuca para rascársela—. “*The Beatles*” es una de mis bandas favoritas.

—Dos contra uno, no es justo —le devuelve sin saber el por qué.

—Bueno, creo que será parte de nuestro secreto porque también me agrada oír a *Keane*. No tanto como a *The Police* o a *The Beatles*, pero... evite comentarle esto al señor a Gallart, por favor, o se negará rotundamente a que realice la presentación de mi último libro en este sitio.

“¡Oh, oh!”

Abre los ojos como platos al oír y asimilar lo que él ha dicho, porque eso solo puede significar una cosa y eso es...

“¡Santo Dios, no me digas que él es...!”

—Es un placer, señorita —extiende una de sus manos dedicándole, al mismo tiempo, una amena sonrisa de satisfacción—, soy Simón Busquets.

Tiempo presente.

Sin abrirla, Josefina traspasa la puerta, y cuando se haya corriendo por uno de los pasillos —siguiendo la dirección de la voz que ha oído—, se da cuenta de ello. Pero ya es tarde para centrarse en eso, porque sus ojos solo admiran a quien no cesa de elevar su prominente cadencia, totalmente descontrolada, mientras otro hombre de traje gris y textura muy parecida a la de Simón, pero con más años encima, lo sostiene con fuerza por sus extremidades intentando ante todo calmarlo y recordándole, también a viva voz, que ambos se encuentran en ese momento al interior de un hospital.

—Simón —articula sin poder creer que él esté allí a tan solo unos cuantos pasos de su cuerpo, pretendiendo quitarse de encima a quien ose plantársele por delante al tiempo que exige algún tipo de información.

—¡Josefina Calvet! —expresa furioso por segunda vez frente a un par de enfermeras que le piden, también por segunda vez, que se calme. Pero no está de buenas y ella lo sabe por la forma en cómo se lleva las manos al cabello, por cómo jala de él con impaciencia, por cómo frunce el ceño y entrecierra la mirada mientras endurece a cada palabra que pronuncia, más y más, su grave voz.

“Ojalá pudiera abrazarlo y decirle que todo va a estar bien”, piensa, al tiempo que un enorme suspiro se le arranca de la garganta oyendo, además, un “¡Maldita sea!” que él no demora en manifestar de forma gutural, cuando un médico que ha salido desde el interior de una de las puertas que dice “Prohibido el paso” comienza a explicarle en detalle qué es lo que está sucediendo.

Lo ve retroceder, negándose a creer lo que el especialista le ha expresado con detenimiento, mientras mueve su cabeza de lado a

lado, una y otra vez, disconforme, receloso e incrédulo. Y junto a ello, parece enfurecerse aún más, cuando al fin la pared detiene su andar y toda la charla queda sumida en un sepulcral silencio.

Simón se queda absorto ante su presencia al mismo tiempo que logra zafarse de las manos de quien intenta calmarlo, regalándole un “déjame en paz, Tobías” que resuena poderosamente por toda la habitación, consiguiendo que hasta Josefina tiemble debido a ello.

—¡Hermano, por favor! —Le pide su acompañante pretendiendo llegar hasta él, pero nuevamente Simón lo aparta, y no de afable manera, volviéndose hacia la pared para hundir su rostro en ella y así llorar sin que nadie más que él oiga sus dolorosos lamentos—. Simón...

—¡He dicho que me dejes en paz, maldita sea! —vuelve a proferir, golpeando la pared con fuerza—. ¿Qué no me oíste? ¡Déjame en paz!

Y así termina haciéndolo, quien por ahora solo consigue clavar su apesadumbrada mirada en el piso sin nada más que hacer que callar.

Josefina los observa. Aún lo hace a pesar de las continuas lágrimas que nublan su visión y la impotencia que yace en ella al no poder hacer nada para aliviarlo. Porque él ni siquiera puede oírla, ni siquiera puede verla aún cuando ansía tocarlo, acariciarlo, besarlo y reiterarle que confíe porque todo va a estar bien, pero... ¿Cómo puede asegurarlo si ni ella misma lo sabe a ciencia cierta?

Con el miedo a flor de piel, decide caminar hasta detener sus pasos tras su espalda para así balbucearle un par de frases, ansiando que su mano logre alcanzarlo y que su voz sea escuchada por él.

—Estoy aquí —le dice—. Aún sigo aquí.

—Por qué, Jo... ¡Por qué!

—No lo sé —llora como lo hace él, en completo mutismo—.
Realmente... no lo sé.

Ambos guardan silencio cuando su pálida extremidad está a un par de milímetros de posarse, finalmente, sobre su ancha espalda.

—¡Por qué ahora! ¡Por qué ahora cuando más ansiaba tenerte conmigo!

Jo cierra los ojos sin dejar de temblar.

—¡Cuando más necesitaba decirte lo mucho que te quiero y que me niego a vivir sin ti! Dime... ¡Dime qué fue lo que hice para pagar un precio tan alto!

—No hiciste nada malo, Simón. Al contrario, tú solo me aceptaste así, con mi fe totalmente rota y mi andar lleno de baches.

Uno, dos, tres segundos transcurren hasta que Josefina logra abrir sus ojos y situar su trémula mano izquierda sobre su espalda que, al contacto, lo hace reaccionar y alzar impetuosamente la cabeza como si la hubiese percibido en su propia piel.

—¿Jo? —formula sin saber el por qué.

—¿Simón? —replica exaltada, desconcertada y absorta, percibiendo como se aligera su respiración y se altera, al mismo tiempo, su ritmo cardíaco—. ¿Puedes oírme? ¿Puedes sentirme? ¿Simón? ¡Simón! ¡Estoy aquí! ¡Mírame! ¡Estoy aquí, mi amor! ¡Estoy aquí, contigo!

Tiempo pasado.

Josefina aún no logra recomponerse de lo que ha oído. ¿Simón Busquets? ¿Él conocido escritor? ¿Aquí? ¿Viéndola cantar y bailar como una boba? ¡Diablos!

—Soy Josefina... Calvet —se presenta con timidez admirando su enorme mano como se haya detenida a tan solo unos centímetros de su cuerpo.

—Pues vuelvo a reiterar, es un placer conocerla señorita Calvet. Y quédese tranquila, por favor, que no muerdo, solo escribo y por ahí dicen que lo hago bastante bien. Aunque, la verdad, solo con el “bien” ya me basta y me sobra.

No sabe qué hacer hasta que algo en ella termina actuando por sí solo al levantar su extremidad para que él, finalmente, la estreche junto a la suya. De inmediato, la percibe tibia, algo suave y cordial, al igual que la sonrisa que aún mantiene alojada en su semblante bajo la barba que crece en él y que lo hace ver muy atractivo.

—Tampoco muerdo —manifiesta algo desorientada, atrayendo toda su atención con ese desafortunado comentario que no sabe cómo

ha salido expedido por sus labios—. Quiero decir... yo... trabajo... aquí.

Simón asiente sin separar su mano de la suya.

—Mejor aún.

—¿Mejor aún? —Repite, confundida.

—Sí, mejor aún porque ni usted ni yo nos dedicamos al canibalismo —bromea para generar un poco más de confianza—, y porque significa, también, que mi visita a “Tres Almas” sí ha valido la pena.

Ninguno de los dos habla hasta que la puerta se abre repentinamente, y por ella entra el señor Gallart quejándose de lo frío que está el ambiente que le cala hasta los huesos.

—¡Brrr! ¡Qué día! ¿Y por qué la puerta...? —Desde la entrada admira a Jo y a Simón al tiempo que se quita la boina y se desafloja un poco la bufanda que lleva en el cuello—. Pero muchacho, ¿qué haces aquí? —Comenta extrañado—. ¿Qué no llegabas hasta mañana por la tarde?

Simón sonríe un tanto despreocupado, alzando los hombros.

—Y tú, Josefina, ¿por qué no le colocaste cerrojo a la puerta como te lo pedí? Seguro tampoco has comido, ¿verdad? —La regaña, pero con ternura, quitándose el abrigo, lentamente.

—Terminaba de ordenar... —admira lo que aún se encuentra regado sobre el piso, a un costado del aparador, para luego salir disparada hacia donde se sitúan un par de cajas entreabiertas—, pero ya me pongo a ello. Solo necesito un poco...

—Deja eso, muchacha, que tenemos visitas ilustres —sonríe

Gallart colgando su abrigo y sus otras pertenencias en uno de los percheros de piso que se encuentra apostado a un costado de la puerta—. Veo que ya conociste al señor Busquets, al que me da mucho gusto tener nuevamente en mi humilde librería.

Simón se acerca a él para regalarle un afectuoso abrazo que, de sobremanera, sorprende a Jo mientras los admira de reojo. Sí, un abrazo al que el señor Gallart se aferra como si ambos fueran algo más que buenos y viejos amigos.

—Sabe de sobra que Tres Almas es como mi segundo hogar, aunque ahora no me vea tanto tiempo metido en este sitio.

—Bueno, muchacho, eso tiene una muy buena explicación: Porque estás haciendo lo que siempre soñaste, y no imaginas lo orgulloso que me siento por ello.

“Sí, verdaderamente se conocen de toda una vida”, ‘expresa en silencio y ya cargando la pesada caja con los libros que le faltan por ordenar en el aparador.

—Muchas gracias. Sus palabras significan mucho para mí.

Pedro Gallart lo admira tras dibujar en su avejentado rostro una sonrisa de evidente agrado.

—Lo mismo digo —le palmea con cariño uno de sus pómulos—. Pero ya que estás aquí, ¿le puedes explicar a este anciano por qué no sabía de tu llegada hasta ahora? Vengo de tomar un café con tu editor, el cual no está para nada contento con tu decisión de presentar tu último libro en Tres Almas.

Simón suspira, restándole importancia a ese asunto en particular, porque las cosas están muy claras para él y para lo que significa este

sitio en su vida. Muchos de sus recuerdos se hayan aquí, y muchos de los cuales lo atan significativamente y de especial manera a uno de sus mejores amigos de su infancia y posterior adolescencia que, lamentablemente, ya tuvo que partir.

—Por eso estoy aquí, señor Gallart, porque no pienso dar pie atrás en cada una de mis decisiones. Además, Tres Almas me parece el mejor lugar para presentar “Crímenes negros”, así que no se hable más.

—¿Estás seguro? Tu carrera va en ascenso y...

—Yo lo quiero así.

De pronto, fija la mirada en algo que llama poderosamente su atención. Una fotografía de dos niños, de más o menos diez años, que se encuentran tirados en el césped junto a sus bicicletas mientras sonríen y posan para la cámara de quien fotografió y perpetuó ese momento para la posteridad.

—¿Y eso? —pregunta emocionado, alzando su extremidad y más, específicamente, su dedo índice hacia lo que yace colgado de la pared.

El señor Gallart sigue la dirección de sus ojos hasta que posa su vista en lo que Simón no cesa de admirar tan concentradamente.

—Un regalo —le comenta orgulloso—. Margot lo encontró en el desván junto a otros recuerdos y unas cosas de Marco. Le pareció una gran idea ampliarla, enmarcarla y situarla en un lugar especial, y eligió este sitio para ello. Además, tú y mi hijo solían pasarse la mayor parte del tiempo metidos aquí, ¿o me equivoco?

Se carcajea, posando una de sus manos en su frente gracias a la

cantidad de gratos recuerdos que evoca y que, placenteramente sorprendido con lo que admira, no deja de recordar.

—Claro que no se equivoca porque es... —suspira intensamente—... sin duda, un hermoso regalo. Quiero una igual, ¿eh? —Le advierte.

Pedro Gallart le palmea la espalda mientras ambos se quedan por algo más que varios y extensos segundos pendientes de aquella fotografía que se encuentra ubicada en un privilegiado lugar de la sala principal.

—Cuenta con ello, Simón.

Josefina sigue trabajando sin darse cuenta que dos pares de interesadas miradas siguen con rigurosidad cada uno de sus movimientos.

—¡Por favor, muchacha, te pedí que dejaras eso!

Se detiene al instante.

—Acércate para que te presente a nuestro invitado.

—Ya nos conocemos —comenta, alzando la vista, pero evitando relatarle los bochornosos detalles de lo que aconteció hace un momento atrás.

—¿Es eso cierto, Simón? —El señor Gallart voltea su oscura mirada hacia la de él mientras se rasca la piel debido a la alergia que le ha generado el roce de la lana acrílica en su cuello.

—Así es. La señorita se ha encargado de brindarme una amena charla mientras lo esperaba. Y el culpable de que ella haya detenido por un momento su trabajo he sido yo. Usted me conoce de sobra, señor Gallart, y sabe que no me quedo callado tan fácilmente.

Pedro ríe a carcajadas.

—Eso es más que seguro, muchacho —a cada momento se rasca con más y más intensidad—. Y me alegro que ya se hayan conocido, así me ahorras la presentaciones. ¡Condenada lana del demonio!
—Se queja, cuando ahora es Josefina quien interviene en la conversación.

—Señor Gallart, le pedí por su bien que ya no usara esa bufanda, pero usted es tan terco.

—No me lo recuerdes, muchacha, no me lo recuerdes.

—Agua fría. Vaya directo al lavabo, por favor, y junto al botiquín encontrará una crema para la irritación de la piel. Es un envase de color azul oscuro.

Gallart suspira, vociferando:

—Bendita seas, Josefina Calvet, ¡bendita seas! —Le da un apretoncito en uno de sus hombros—. Por si no lo sabías, Simón, esta bella señorita que tienes frente a ti se ha convertido en mi mano derecha y también en la izquierda —logra avergonzarla con su comentario—. ¿Te parece si te dejo por un momento en muy buenas manos? —Da un par de pasos, pero luego se detiene, volteándose y agregando—: lo que tengas que discutir sobre tu presentación hazlo con ella. Josefina puede ayudarte en todo lo que necesites.

Simón asiente en señal de que le ha agradado esa idea. No así Jo que, sorprendida, traga saliva con indiscutible dificultad.

—Plantéale tus ideas y planeen algo interesante al respecto, por favor. Y ya lo saben, tienen libertad de acción para lo que sea.

Y ahora sonrío gratamente complacido y más, debido a eso de...

“tienen libertad de acción para lo que sea”.

—Señor Gallart, pero yo...

—Eres más juiciosa que yo, muchacha. Además, Margot asegura que tienes muy buen gusto, porque desde que estás aquí este sitio luce fenomenal. Y si lo afirma mi mujer, que es tan quisquillosa, es porque es realmente cierto.

Con aquello, termina cerrándole la boca de un solo tirón.

—Simón, estás en tu casa. Con tu permiso.

—Suyo, señor Gallart.

Y así, sin más, los abandona mientras se va quejando a viva voz cuando Jo no sabe qué hacer, menos qué decir al jugar nerviosamente con los fríos dedos de sus manos.

—Así que... ¿Tenemos libertad de acción para lo que sea?
—pregunta, posando otra vez su mirada sobre la suya.

—¿Qué planes tiene en mente con respecto a su presentación?
—le responde, manteniendo su nerviosismo al filo de un profundo abismo.

—En general... —se acaricia la barbilla—, que quienes asistan estén cómodos y puedan disfrutar del momento. No aspiro a mucho, Josefina, sino a que sea un instante agradable para todos nosotros.

—De acuerdo —admira a su alrededor, percatándose de que sigue cada uno de sus movimientos, pero de reojo—. Acostumbramos situar un par de sofás y una mesa circular en ese sitio —le muestra un espacioso costado de la librería, el que se encuentra iluminado por la luz natural que traspasa el enorme ventanal que se sitúa de junto—. Detrás habrá una pantalla de proyección para lo que necesite mostrar

audiovisualmente, y las sillas las tendrá a su alrededor en forma de medialuna para que le dé más intimidad y recato a ese momento y podamos, eventualmente, abarcar más espacio. Así todos quienes asistan, tanto para participar de su presentación o para visitar la librería, podrán hacerlo sin problemas y con libertad. Además, a ello le sumamos la decoración que corre por mi cuenta. Quiero decir, por cuenta de la librería —se retracta—. Claro, si no tiene inconveniente. Pero si usted desea otra cosa lo entenderemos y...

—Pedro Gallart jamás se equivoca y su mujer, a la cual conozco muy bien y desde hace muchos años, tampoco. Confío plenamente en usted, señorita Calvet, y en su buen juicio. Dejo todo en sus manos.

Sonríe satisfecha cuando el sonido de una vibración comienza a escucharse a su alrededor, interrumpiéndolos. Y Simón, con agilidad, se disculpa para contestar la llamada que de forma inesperada ha entrado a su aparato.

Unos segundos le bastan a Jo para apartarse y así otorgarle mayor intimidad. Y también, para admirar sin culpabilidad, y en todo su esplendor, su buen porte, su cabellera castaña, su amplia espalda y sus recios hombros que se dejan entrever bajo el abrigo que lleva puesto.

—También me da gusto oírte, Matilde. Sí, ya estoy en la ciudad. Ayer por la noche. Porque no lo creí necesario. ¿Ahora? No, no estoy en mi departamento, ¿por qué? ¿Almorzar? Claro, me encantaría. Sabes que siempre es un placer verte, pero... ¿Estás aquí? ¿Has venido desde Viena? De acuerdo. Regálame algo de tiempo, por favor. Estoy en una reunión muy importante con la señorita Calvet —afirma, contemplándola de reojo—. Exacto, sobre mi presentación de

“Crímenes negros” y, obviamente, no quiero incomodarla quitándole más su preciado tiempo. ¿En una hora más? Con mucho gusto. Sí, te veré en el mismo restaurante de siempre. No, no pidas por mí —lo dice más bien en tono de amenaza, pero sonriendo—. Sé que conoces mis gustos, hermana...

Parpadea nerviosa, notando como él la admira desde donde se encuentra situado.

—Debo dejarte, la señorita Calvet me espera. Sí, hasta dentro de un momento. También te quiero, Matilde. Un beso.

“¿Hermana?”, se pregunta sin saber el por qué. La verdad, no tendría por qué interesarle que él tuviese una hermana. ¿O sí?

Percibe como su corazón late desbocado. Sí, todo y gracias a la figura de Simón que ya camina hacia la suya.

—Lo lamento. La familia es la familia —la deja completamente muda y sumida en sus propias cavilaciones, especificándose—. Acabo de regresar de un viaje y bueno... creo que eso no viene al caso mencionar. No quiero aburrirla con mis trivialidades.

—¡Oh no, por favor! No piense eso. Yo no prestaba... atención... a su llamada telefónica —manifiesta cuando ni ella misma se lo cree.

—Entiendo. —Enarca una ceja dándole a entender con ello que él tampoco se lo ha creído.

—Además, ustedes... deben ser muy... unidos.

—¿Mi hermana y yo? Sí, lo somos, junto a Tobías —confiesa—. Somos tres hermanos y yo soy el más pequeño —agrega divertido, arrebatándole una maravillosa sonrisa que lo deja embobado cuando se queda perdido en ella y en el singular e hipnótico brillo que emana

de sus ojos castaños. Pero la voz del señor Gallart lo saca rápidamente de su pasajera ensoñación cuando lo oye manifestar:

—¿Está todo bien aquí?

—Muy bien —contesta, sin despegar sus ojos de lo que no desea dejar de contemplar. Aquel inocente y níveo rostro como la nieve de bellas facciones, en conjunto con esa cautivadora sonrisa que brota de esos labios que se aprecian rosáceos, tenues y suaves; y qué decir de esa cabellera lisa y pelirroja que hacen de quien tiene al frente toda una preciosidad.

Tiempo presente.

Simón se voltea ante el particular roce que ha percibido en su espalda, dándose cuenta que nadie más que él se encuentra allí. Porque a la distancia, solo logra observar a unas cuantas personas que transitan de un lado hacia otro, y también a su hermano que se ha alejado de él tanto como se lo ha exigido. Entonces, ¿qué acaba de ocurrir? ¿Por qué se siente así? ¿Y por qué parece percibir algo diferente en el ambiente? ¿Algo que, extrañamente, no sabe cómo explicar?

Fuertemente, cierra los ojos negándose a buscar en su alicaída y confusa mente una explicación coherente que le devuelva la razón, una que parece haber perdido desde el minuto en que contestó esa llamada que cambió su vida de inevitable manera.

Abre los ojos y rueda la vista hacia el pasillo en el que sabe se encuentra la sala de la unidad de cuidados intensivos donde Jo está internada. Por lo tanto, sin siquiera meditarlo, consigue dar un par de

pasos movido por una extraña energía que lo hace, cada vez más, avanzar hacia ese sitio, en el cual un abismante brío le quema la piel, lo inunda de ansias y lo colma de una placentera fascinación, tal y como la que sentía cuando tenía entre sus brazos a Josefina.

—Simón... ¡Simón! —Pronuncia Tobías con fervor, siguiéndolo de cerca, pero sin detener su andar, que a estas alturas ya parece una loca carrera—. ¿Dónde crees que vas?

—¡Por ella! —Le responde de la misma manera, perdiéndose tras unas puertas que separan ese sitio del área restringida. Mientras tanto, Josefina los contempla sin siquiera parpadear, sollozando en silencio y con Caleb ya situado a su lado, quien en gran medida ha sido el causante de que Simón haya reaccionado y despertado, finalmente, de su letargo.

—Me dijiste que no podías entrometerte —le recuerda—, y que tu deber aquí era otro.

—Lo sé. Tal vez, pierda mis alas por esto —frunce el ceño—, o tal vez, no.

—¿Tus... alas? —Inquiere atónita, rodando los ojos hacia el perfil de su semblante que, lentamente, se gira también hacia el suyo.

—Sí, tengo un par —admite—. Quizás, algún día tenga compasión de ti y llegue a mostrártelas.

Después de eso, no sabe qué más decir.

—Los hay —se adelanta a sus dichos y a lo que ya le ronda en la cabeza con insistencia—. En todos lados los hay, te lo aseguro.

—¿Y por qué yo? —Desea saber.

—Porque prescindías de confianza y también de fe.

—¿Y tú viniste a obsequiármelas? ¿Por eso estás aquí?

—A obsequiártelas no, pero sí a que logres fortalecerlas por ti misma.

—¿Para qué confie en ti y en lo que verdaderamente eres?

—No. No en “quien” sino en lo que sinceramente te dicte tu corazón que hagas. De eso se trata este trance que estás viviendo.

—No quiero ser parte de este trance. ¡Yo quiero despertar y salir lo más pronto de este sitio! ¿Qué no lo puedes entender?

—Ve con él —le sugiere, evadiendo su mirada y también su repentina ofuscación—, y no pierdas tu preciado tiempo charlando aquí conmigo. Simón te necesita tanto como tú lo necesitas a él.

—¿Qué no me has escuchado? Yo quiero...

—Sé lo quieres, pero también sé que debes aprender de todo lo que ocurre en este momento, porque nada sucede porque sí. El tiempo transcurre, Josefina. Ve con él.

—¿Por qué?

—Porque en este mundo hay personas que te enseñan a crecer y otras que, indudablemente, te ayudan a vivir.

—A vivir...—sonríe son sorna—. ¿A cambio de qué y por cuánto tiempo?

—No lo sé. Esa es tu tarea, no la mía. Averíguala por ti misma.

—¿Y cómo pretendes que lo haga si solo soy un alma en pena encerrada en estas cuatro paredes hablando con un sujeto con alas que todo lo expresa al igual que si lo estuviera haciendo en Código Morse?

—Humanos... —suspira Caleb, pidiendo un poco de clemencia—... Alaric tenía tanta razón...

—¡Por favor! —Lo interrumpe de golpe—. ¡Sé claro! ¿Qué quieres decir?

—Que aún hay vida en ti aunque no te hayas dado cuenta de ello —se lo afirma con todas sus letras—. Tú decides, Jo. En tus manos está la decisión de cómo quieres escribir el libro en blanco de tu destino.

9

La librería “Tres Almas” se complace en invitarles a la presentación del libro “Crímenes Negros” del escritor Simón Busquets, a realizarse el día 25 de noviembre a las 19:00 horas en el salón de nuestra dependencia ubicada en calle Götzstraße 12 4800, de la ciudad de Wels.

En el evento, el reconocido novelista nos deleitará con su nuevo trabajo, así como también nos hablará de sus futuros proyectos afines.

Los esperamos para disfrutar de un gran e inolvidable momento y para degustar un vino de honor en su nombre que se llevará a cabo al final de la presentación.

Faltando algo más de dos horas para que el evento se lleve a cabo, Josefina termina de acomodar el mobiliario mientras Pedro Gallart la admira desde el mostrador, por sobre sus gafas de lectura, anticipándose a lo que ocurrirá esta tarde porque, de seguro, será todo un acontecimiento que revolucionará a los habitantes de esta tranquila, sencilla y amigable ciudad en la que ambos residen desde que tienen uso de razón.

—Todo se ve muy bien —le expresa ya por tercera vez, elevando el tono de su cadencia—. Deja eso y ven a compartir un café conmigo.

Antes de responder, Jo admira su reloj de pulsera que ya marca las dieciséis horas con treinta y cinco minutos.

—No quiero retrasarme, señor Gallart.

—¡Qué retraso ni que nada si todo está perfecto! Vamos, Josefina, ven aquí y deja de dar tantas vueltas por delante de mis ojos que me estás mareando.

Ahora, sonríe mientras un prominente suspiro se le arranca del pecho.

—Vendrá la prensa —le recuerda, logrando con ese enunciado que Gallart asienta de inmediato—, y muchas personas importantes desde Viena hasta nuestra apacible ciudad —gesticula—, y precisamente hasta este sitio debido al señor Busquets y...

—Lo sé, lo sé y lo sé —rueda la mirada hacia una de las vitrinas—. Gracias por recordármelo, muchacha.

—No me refería a eso, señor Gallart —enarca una ceja, cruzando sus brazos por sobre su pecho—. Estoy nerviosa, ¿sabe? Y usted también debería estarlo. No todos los días sucede algo como lo de hoy, y más en esta pequeña ciudad.

—Relájate, por favor, que todo se ve muy bien, ya te lo he dicho. El salón luce impecable, la decoración está precisa, muy sobria y sofisticada. Además, los escaparates están colmados de libros de Simón, pero aún así tú no paras de dar vueltas como un endemoniado gato persiguiendo a su cola. ¿Podrías descansar por un instante? Todavía no somos invadidos por esas “personalidades” a las cuales tú

te estás refiriendo y gracias a Dios, aún puedo oír el apacible silencio de este lugar sin que nadie logre quebrantarlo. Solo quiero disfrutar de un buen y confortante café, ¿te molestaría mucho beberlo conmigo?

La hace sonreír cuando ya camina hacia él, comprendiéndolo todo.

—Lo lamento —se excusa, deteniéndose frente al mostrador—. Solo pretendo que los asistentes a la presentación de esta tarde se lleven una buena impresión de Tres Almas, nada más que eso. Estoy siendo un tanto paranoica, ¿quizás?

Gallart ríe a carcajadas, palmeándole con cariño una de sus extremidades por sobre la blusa de color azul que hoy lleva puesta.

—No me pidas que te responda, y ven a aquí conmigo antes que todo esto se vuelva un completo caos. ¿Disfrutamos un Melange?

No tiene que repetírselo dos veces cuando ya ha aceptado gustosa su tan deliciosa invitación.

Una hora después.

Siendo las dieciocho horas con cuarenta y cinco minutos, la librería Tres Almas se haya atestada de personas que se aprestan a tomar sus respectivas posiciones en el salón principal mientras otras deambulan con tranquilidad por entre los pasillos de ésta misma, admirando los escaparates y aparadores con los libros que se sitúan en ellos, cuando por la puerta hace su entrada triunfal Josef Franz con una cara de cabreado que el señor Gallart logra reconocer de inmediato. Sí, lo sabe, y se lo comentó a Simón: su editor no se encuentra para nada contento con su grandísima y fenomenal idea de

la presentación cuando ésta aún le pasa la cuenta.

—Buenas tardes, señor Gallart. ¿Cómo va todo? ¿Simón ya está aquí? ¿La prensa ya ha llegado? ¿Nuestros ilustres invitados desde Viena también lo han hecho? Restan solo quince minutos para que todo comience y al móvil de Simón no le entra ni una sola de mis llamadas y...

—Buenas tardes también para ti, Josef —lo interrumpe—. ¿Podrías respirar, por favor? Y perdona mi atrevimiento, pero... ¿Cuántas llamadas le has hecho a su móvil?

Se sorprende de que se lo pregunte, pero aún así le contesta, diciéndole:

—Más de diez.

Pedro Gallart silba como hace mucho tiempo no lo hace mientras mueve su cabeza de lado a lado.

—¡Ay, muchacho! Conozco a Simón como a la palma de mi mano. ¿Sabías que odia la insistencia?

—¿Perdón?

—Que Simón odia que lo llamen tantas y tantas veces cuando sabe de sobra qué es lo que tiene que hacer, Josef, a eso me refiero.

—Soy su editor —le recuerda con cara de pocos amigos.

—Y no su madre. Hazme caso, no lo agobies más, otórgale su espacio y él te responderá como el responsable profesional que es. Además, es su presentación, ¿o no? Créeme, no dejará de venir a ella.

Se sonroja muy malhumorado debido a sus tan certeras palabras, expresando entre dientes:

—No sé en qué maldito momento se le ocurrió venir hasta aquí.

—Pues pregúntaselo tú mismo porque acaba de entrar por la puerta.

El evento ha comenzado a la hora señalada y en la librería no cabe un alfiler. Así lo vislumbra Josefina cuando entra a la dependencia proveniente desde la calle, cargando en sus manos un gran paquete de forma rectangular. Y así se cerciora de ello cuando avanza entre los presentes con destino hacia el mostrador donde se encuentra su jefe quien, en ese momento y de forma muy concentrada, escucha el inicio de la presentación acariciándose, a la par, la barbilla con una de sus avejentadas manos.

—¿No se supone que usted debería estar al frente? —formula Jo en un susurro al verlo no precisamente donde pensó que se hallaría, en primera fila.

—Tú lo has dicho, muchacha, se supone. Esta es mi librería y me siento más cómodo observándolo todo desde aquí.

—Ya. ¿Aunque no pueda ver mucho? —Bromea de vuelta, consiguiendo que su jefe la regañe con la mirada.

—Solo necesito escuchar. Ahora dime, ¿cómo te fue? —Al parecer solo eso le interesa.

—Aquí lo tiene. ¿Dónde debo dejarlo? —Le muestra lo que aún sostiene en sus manos y que a simple vista, y por la forma de éste, parece el cuadro de una pintura.

—Lejos de la vista de Simón, por favor. Es un presente para él de Margot y mío.

—Entiendo. Entonces, lo dejaré en su oficina lejos de la vista del

señor Busquets hasta que usted disponga de otra cosa. ¿Le parece bien?

—Sí, me parece perfecto. Gracias, Josefina —expresa en un hilo de voz cuando la cadencia de Simón comienza a invadir hasta el más mínimo recoveco del lugar consiguiendo que, desde su sitio, Jo levante la cabeza y sonría al escucharlo—. Venga y no demore —le pide, admirándola de reojo por entre sus gafas de lectura—, que a cada segundo esto se pone más y más interesante de escuchar.

La presentación ha terminado y a la distancia, admira como la prensa no cesa de entrevistar al afamado, talentoso y joven escritor que sonríe y se le ve realmente contento y satisfecho con lo que aquí ha acontecido. ¿Y ella? Se encuentra muy lejana a él recomendándoles a unas personas un par de libros de ciencia ficción cuando, de más está decir, le encantaría estar frente a sus ojos claros y sonriéndole de la misma manera. ¡Pero a quién va a engañar! Anadie, porque solo es una chica más pensando tonterías.

—¿Señorita? ¡Señorita!

Sale de su pasajera ensoñación gracias a la aguda voz de una mujer que la aparta, con agilidad, de sus pensamientos.

—Disculpe, ¿decía usted?

—¿Qué si tienen la colección completa?

¿Colección? ¿Qué colección? “¡Aterrizo, Jo, aterrizo!”

Le habría preguntado lo mismo que se formuló a sí misma, pero sus ojos le facilitaron la tarea al depositarse fugazmente sobre el libro de gruesa encuadernación que ella aún sostiene en una de sus manos.

—Claro, la colección... Ehhh... Por el momento, solo disponemos de los primeros tres tomos —le da a conocer—. El cuarto lo tendremos en *stock* desde la próxima semana. Pero si gusta lo puede encargar ahora mismo con despacho a nuestra dependencia o, si lo prefiere, directamente con envío a su domicilio.

La mujer de aguda voz, y de cara algo regordeta, casi salta de la felicidad mientras el marido aún no sé decide por cual libro llevar, pidiéndole ayuda como si estuviera realmente en una encrucijada.

—Francine, mi amor, ¿podrías...?

Pero ella lo ignora en todo momento porque está más entusiasmada con la compra que hará que con lo que eventualmente él consiga llevar a casa. Claro, si es que llega a decidirse.

—¿Podrían despacharme los cuatro tomos directamente a mi domicilio particular?

—Claro que sí. Venga conmigo, por favor —le responde, pero antes de dirigirse con ella de regreso hacia el mostrador admira a su aproblemado marido a quien termina manifestándole:

—Ambos son muy buenos libros, señor, pero sin duda “Viajero de todos los mundos” de Francisco Segovia Ramos lleva la delantera siendo el libro ganador del Primer Premio Micromegas de Relatos de Ciencia Ficción. Los relatos que en él encontrará son una metáfora del espíritu del conocimiento del ser humano. El ansia de ir más allá de lo rutinario lo llevará a descubrir todos los futuros posibles, e incluso, a vislumbrar qué pasados alternativos perdimos al tomar una decisión como raza. Además de ser un homenaje a autores como Asimov, Clarke o Bradbury, esos relatos giran alrededor de las eternas inquietudes humanas como el amor, la vida y la muerte, enmarcadas en las

reiterativas preguntas de ¿quiénes somos?, ¿a dónde vamos?, ¿de dónde venimos?, que la ciencia intenta responder, aunque como sucede habitualmente con los relatos abren más y más interrogantes al respecto.

El sujeto sonríe satisfecho y eso quiere decir que el lío que tiene inserto en su cabeza comienza a desenmarañarse debido a su fascinante apreciación.

—Lo quiero —admite muy seguro, entregandoselo—. Gracias por su amabilidad, señorita.

—Por nada, señor. Estoy aquí para lo que necesite —. Enseguida, oye como ambos, marido y mujer, se critican al unísono mientras dirige su andar hacia la laptop para realizar el encargo y la posterior venta. Pero la prensa sigue ahí —no se han movido de su sitio tras haberse realizado el vino de honor con que finalizaba el evento—, y han rodeado a Simón como un verdadero muro de contención, colmándolo de preguntas, cuando un hombre, que no sabe quién es, pero qué deduce que es su editor por la forma en cómo se comporta y le sonríe a todo el mundo, lo acompaña también interviniendo en la charla.

Josefina suspira y lo hace con desilusión debido a que solo ha conseguido escuchar su voz a la distancia porque... ¡Cuánto le hubiese gustado que él, quizás...! No. Mueve la cabeza de lado a lado apartando esas bobas cavilaciones mientras continúa realizando su labor y le pide los datos del envío a la mujer regordeta de cabello rubio que aún salta de felicidad como si se hubiese ganado, de pronto, la lotería.

Al cabo de un momento, y cuando ha terminado de atender a la

pareja, percibe que la contemplan desde algún sitio de la librería sin saber quién es, aún cuando ansía alzar la mirada para darse cuenta de ello. Tal vez... ¿Podría ser él? Rotundamente, obtiene un “no” como respuesta. Pero, ¿y si se equivoca? ¿Y si es él quien la está observando? Inspira y espira recordándose a sí misma que no se vale soñar de más cuando, de improviso, vuelve a colarse por sus oídos una varonil y grave cadencia que reconoce de inmediato.

—¡Al fin!

Con torpeza, levanta la mirada para conectarla con la suya, pero todo lo que logra ver es la hermosa y amena sonrisa que le dedica Simón por debajo de su barba.

—¿Al fin puede respirar, señor Busquets?

—Sí —exhala de una grandiosa manera como si lo necesitara deslizándose, a la par, una de sus manos por su castaño cabello que peina hacia un costado, añadiendo—: la verdad, no soy muy bueno para las relaciones públicas, pero Josef sí sabe hacer un estupendo trabajo.

“Seguro se refiere a su editor.”

—Lo siento —se excusa, confundiéndola—. Me hubiese gustado haber hecho esto antes de mi presentación, pero la busqué con la mirada sin obtener ningún resultado. Por un momento, pensé que no la vería otra vez.

A Jo se le seca la boca en tan solo un segundo porque... ¿Ha dicho lo que ella claramente ha escuchado o todo ha sido parte de una irrealidad de la cual ahora forma parte?

—Muchas gracias por todo lo que ha hecho por mí. El lugar, la

decoración, cada detalle... —sonríe más prominentemente—... sé que es parte de su trabajo, pero discúlpeme por lo que diré: Josefina, es usted maravillosa.

Sí, estaba inserta en una realidad paralela y en cualquier minuto iba a darse de bruces contra el suelo.

—Un segundo —le pide, devolviéndose hacia donde se encuentra su editor, quien sostiene en una de sus manos su maletín de trabajo desde el cual saca lo que a Jo le quita la respiración en un instante—. No me caracterizo por ser un hombre ególatra —detalla, cargando en sus manos un presente bellamente decorado con un lazo azul—. Podría haberle firmado uno de mis libros en agradecimiento, pero quise hacerle un mejor regalo.

Estaba cayendo en picada. Sí, lo estaba haciendo, pero al parecer muy lentamente porque aún no se daba el golpe final, ese que la despertaría de la más cruel manera.

—Muchas gracias —le tiende el obsequio sin dejar de sonreír—, por todo lo que ha hecho por este desconocido.

Nerviosamente, traga saliva con dificultad cuando sus ojos van y vienen desde el presente y hacia su mirada y viceversa.

—Usted no es precisamente un desconocido, señor Busquets. Y... no tiene nada que agradecer, solo cumplía con mi labor.

—Lo sé, ya lo he charlado con el señor Gallart, quien también piensa y asegura que usted es maravillosa. Además, si me disculpa otra vez, me refiero a que en este momento estoy hablando más bien como Simón, el ser humano, que como el señor Busquets quien, por ahora, ha debido guardar un respetable silencio.

Le sonríe sin apartar su vista de la suya porque...  Qu e m as puede hacer?

—Muchas gracias... Simón, el ser humano —bromea, sorprendi ndose de su atrevimiento. Un segundo, o tal vez dos...  De dónde ha sacado esa valentía para responderle de esa manera? Ni ella misma lo sabe. Aunque de una cosa está del todo segura, se siente feliz aún cuando esto solo sea un sueño del cual sabe que despertar  más temprano que tarde.

—Pues ese soy yo —contesta gratamente complacido con la bella y serena sonrisa que le brinda a cambio cuando ambos son interrumpidos por la preponderante y algo antipática voz de Josef, quién est  pidiéndole que deje de charlar para que se acerque a un par de invitados. Simón rueda la vista hacia él expresando algo entre dientes y bajando los hombros como si no le gustara la idea de volver al sitio del cual minutos antes ha escapado.

—Muchas gracias por su obsequio —nuevamente, atrae toda su atención con su dulce cadencia que no tiembla, menos se entrecorta al pronunciar cada una de esas palabras—, pero no era necesario, señor Busquets.

—Simón. Solo ll mame Simón, por favor.  Te parece?

Asiente sin nada que agregar cuando él lo hace por ella expresando fuerte y claro:

—Y te equivocas, porque para mí sí era necesario. Antes que lo olvide, Josefina, espero oír tu apreciación —profiere muy seguro, oyendo un nuevo llamado que Josef le realiza desde donde se encuentra situado junto a un par de invitados que esperan impacientes por él.

—¡Simón, por favor, esto es importante!

—¡Un segundo, por favor, esto también lo es!

Con aquel enunciado, le arranca a su editor una mueca de desagrado que no le importa demostrar. Pero aún así éste le concede lo que le pide entrecerrando la mirada y clavándola, más bien, en quien se encuentra detrás del mostrador con su cabellera pelirroja que le cae sobre los hombros.

—Realmente, me gustaría conocer tu apreciación —le repite antes de alejarse a regañadientes.

“¿Apreciación? Pero... ¿Aqué se refiere con eso?”

Jo mueve la cabeza sin entender por qué lo formula así, como si tanto le interesara la idea de llevarlo a cabo.

—Ya comprenderás —añade—, cuando te decidas a abrir tu obsequio.

—¡Simón! —replica Josef un tanto hastiado—. ¡Por favor, te estamos esperando!

—Espero que puedas disfrutarlo. Como siempre ha sido un placer, señorita Calvet.

—Lo mismo digo, señor Busquets, lo mismo... digo...

Se observan por última vez como si uno pudiera ver en el otro algo que poderosamente se refleja en sus miradas hasta que Simón termina volteándose dedicándole, además, un ademán para perderse, finalmente, entre quienes aún están allí, esperando que les regale un poco de su tiempo y también de su preciada presencia.

—Apreciación —repite como la más insospechada de sus

certezas, oyendo al señor Gallart pronunciar su nombre a viva voz y, también, con algo de insistencia.

Tiempo presente.

Josefina apresura su andar hasta llegar a la sala de la unidad de cuidados intensivos en donde se detiene, abruptamente, al ver allí al señor Gallart junto a su esposa quienes, en ese momento, se acercan a Simón para brindarle un confortante abrazo.

¿Y él? Solo asiente, correspondiéndoles, para luego separarse y situar sus manos en su cabeza aún desconcertado, malhumorado e impaciente cuando Pedro Gallart le pide serenidad una que, por lo demás, no posee, menos en este instante en que Josefina deduce que solo ansía cruzar la puerta de la habitación en la que ella se encuentra internada para quedarse a su lado.

Suspira. Y lo hace con fuerza al notar como ambos charlan a solas en una esquina de esa sala. Si pudiera iría hacia ellos. Si quisiera saber de lo que hablan avanzaría hasta quedarse a tan solo un par de pasos de esos dos hombres a los cuales no cesa de contemplar, pero en ese momento no puede hacerlo, no tiene la valentía necesaria y más, debido a quienes cruzan por su lado de tan inesperada manera casi rozándola y en evidente estado de shock.

¡Vaya! Sin quererlo ha reunido a una pequeña multitud y también a un hombre que parece ser algo de Simón, por la forma en la que se presenta frente a Pedro Gallart y frente a su esposa. “¿Su hermano?” Repite incrédula cuando se cerciora de ello, pero... ¿Por qué se encuentra allí si le comentó en alguna oportunidad que trabajaba y

vivía en Viena al igual que su hermana Matilde?

Se abraza a sí misma, temblando, mientras sus ojos ruedan de un lado hacia otro, pero quedándose esta vez petrificados en el rostro dolorido de su tía Astrid y en Estela, su prima y mejor amiga, quienes no cesan de llorar en silencio y de limpiarse sus copiosas lágrimas que corren raudas por sus enrojecidas mejillas. “Seguro esperan a mi madre”, alude sin mover un solo músculo de su cuerpo en aquella fría y espaciosa habitación, la cual se encuentra decorada en tonos pasteles, con varios sofás apostados en sus tres muros, dejando uno de ellos libre en donde se sitúa la entrada y en la cual ella aún se encuentra, tal y como si fuera una soberana estatua hecha de piedra.

Estela... con su larga cabellera negra como el azabache y sus ojos color oliva que ahora se hallan completamente enrojecidos, debido al llanto y al temor que la entristecen de sobremanera, abraza a su madre mientras intenta consolarla diciéndole que todo va a estar bien, claro, como si lo intuyera. La verdad, siempre ha sido una chica bastante optimista hasta en el peor de los casos, como ahora por ejemplo. ¿Y su madre? Solo asiente y se aferra aún más a su menudo cuerpo, escondiendo su humedecida vista en su pecho para que nadie más que ella oiga cada uno de sus lamentos que no cesa de pronunciar.

—Jo es fuerte, mamá.

Logra leer sus labios desde su sitio, estremeciéndose todavía más debido a lo que ha expresado con tantas ansias.

—Y estoy segura que no se irá de aquí sin luchar.

Tiempo pasado.

—¿Qué harás ahora? ¿Lo llamarás? —Estela se lo pregunta sin dejar de admirar el cielo de su habitación cuando ambas se encuentran situadas de espaldas sobre la cama—. ¡Hey! Te hice una pregunta. ¿Lo llamarás sí o no?

—En teoría, fueron dos preguntas —le corrige Josefina, cuando el reloj de la pared ya marca las veintidós horas con veinte minutos de la noche.

—Sabes muy bien a qué me refiero. No te hagas la graciosa conmigo. Además, él quiere y espera tu “apreciación” —subraya malévolamente, otorgándole con su codo izquierdo un leve golpecito en sus costillas, al cual Jo ni siquiera le da importancia. ¿Por qué? Porque se encuentra obnubilada por el hermoso detalle que ha tenido para con ella y el cual viene con tan significativa dedicatoria, en la cual añade una nota y nada menos que con su número telefónico—. ¡Hey! —Le reclama, volteando la cabeza hacia su rostro—. ¿Me vas a tener toda la noche en vela esperando una respuesta a lo que ansío saber?

Josefina sonríe, pero esta vez lo hace nerviosamente como si le hubiera contado algo de lo más chistoso y fuera de lugar.

—¡Ya basta! —La reprende uniéndose a su contagiosa risa—. ¡Habla de una vez, por favor!

Puede, pero no logra hacerlo sin dejar de reír como una boba mientras su prima y confidente perpetúa su intrigante vista sobre su rostro como si con ella quisiera escanearla a cabalidad.

—¡Josefina Calvet, me estás poniendo nerviosa!

Por un breve instante, ambas ríen como dos locas sin remedio

hasta que, finalmente, se anima a responder entre balbuceos.

—Solo quiso ser amable y ya está.

Estela se queda de una pieza hasta que reacciona, sentándose sobre la cama para decir:

—¡Merda, Jo! ¿Estás demente?

“Tal vez”, se responde a sí misma, pero evitando expresarlo en voz alta.

—Dime que no te oí bien.

—Me oíste perfectamente, no estás sorda —también se levanta para acomodarse de mejor manera sobre la cama, pero depositando su cabeza en uno de los cojines de colores que yacen en ella—. Olvidémonos de todo y punto final.

—¿Punto final? ¿Punto final? —Repite frenéticamente y no del todo convencida—. Sí. Definitivamente, pelirroja, tú estás demente.

Y en eso ella tiene toda la razón, hasta que el tiempo le dicta lo contrario.

Un par de días después, específicamente una bella tarde de sábado en la cual el frío ha dado tregua, dejando que los tibios rayos de sol entibien la ciudad, Estela y Josefina pasean por el centro de Wels mientras conversan animadamente. Su prima, dos años mayor en edad, no le ha vuelto a mencionar el tema en discusión, aunque ganas no le han faltado de hacerlo. Después de todo, con obligación ha tenido que guardar silencio ante su “punto final” que ya dio por concluida aquella charla.

—¿Y?

—¿Y qué?

—No lo sé, Estela. Tú lo has pronunciado en forma de interrogante.

—¿Yo?

—No, yo.

—Ah, qué bien. Gracias por aclarármelo.

Rueda los ojos mientras comienza a exasperarse. En realidad, Estela es una maestra en ese ámbito. ¡Qué va! Si es toda una profesional.

—¿Qué quieres saber? —Suspira con ansias.

—¿Lo dices en serio?

—Tienes cinco segundos y...

—Lo leíste, ¿verdad?

Josefina cierra los ojos porque sabe que ya no tiene escapatoria. Puede mentir, pero no le gusta hacerlo. Y aunque lo quisiera, Estela terminaría dándose cuenta de su vil engaño porque lo hace fatal.

—Sí.

—¿Y te gustó?

—Muchísimo.

—¿De qué va? Cuéntame.

Agrandes rasgos termina haciéndolo, pero guardándose para sí los detalles que en una esfera irreal de su propio universo la unen de sobremanera a él.

—Es una obra que en los delirantes laberintos de sus páginas deambula la bohemia parisina, enredando al lector en el sonido del jazz, en el fernet, en los puentes metafísicos, en Morelli, su protagonista, y en el amor.

—Ya —entrecierra la mirada—. Ahora podrías expresar lo mismo que acabas de decir, ¿pero en un lenguaje que yo logre comprender, por favor?

Sonríe, moviendo su cabeza de lado a lado al tiempo que recuerda una frase bastante particular del libro que él tan amablemente le obsequió como retribución a su labor en la presentación de su último libro.

—¿Te agrada leer, Estela?

—Ya sabes que leo Vogue, Elle, Marie Claire...

De forma inmediata, le arranca un par de carcajadas que no puede reprimir por más que así lo desea.

—Libros, Estela —especifica.

—Claro, libros —se coloca un mechón de su pelo oscuro tras su oreja—. Pues... no me van del todo bien. Ya sabes que necesito dibujitos, diagramas, fotografías...

Ahora, ambas vuelven a reír al tiempo que ella comenta:

—Eso te lo dejo a ti. Después de todo, tú eres la experta en esa materia. Anda, dime, ¿lo llamarás? —Detiene su andar con esa simple interrogante.

—No. Ya te lo dije en varias oportunidades y te lo vuelvo a reiterar. Simón Busquets solo quiso ser amable conmigo. ¡Qué va a querer oír un tipo como él de una dependienta de librería como yo que

solo sabe cantar y bailar patéticamente!

—Charlar, disfrutar de un momento agradable y saber tu apreciación —le recuerda, otorgándole un guiño desde uno de sus ojos color oliva—. Vamos, animate, ¿qué tan malo puede ser hablar de libros con un hombre como él?

—Perjudicial —responde al instante—, muy, muy perjudicial.

—¿Perjudicial? —Termina frunciendo el ceño—. ¿Por qué? ¿A qué le tienes miedo?

Eso, sinceramente, no se lo esperaba. ¿Qué debe decir? “Nada más que la verdad, Josefina. Nada más que la verdad”.

—A quedar en ridículo frente a él —expone con todas sus letras.

—Ya lo hiciste una vez —le recuerda sin una sola pizca de condescendencia—, y aún así te ha dejado una nota con su número de móvil.

—Pues... no hablemos más de eso y vamos por un Melange —ansía cambiar prontamente el tema de la charla.

—Jo...

—Estela, solo quiero beber y comer algo delicioso. ¿Podemos dejar esta conversación para después?

¿Después? Sabe de sobra que no habrá un después cuando eso en su propio lenguaje significa un “olvídate de ello”. Ante eso, evita responder mientras ambas ya caminan bajo un despejado cielo claro hacia una de las tantas cafeterías que se encuentran ubicadas en el centro mismo de la pequeña urbe.

—Yo invito esta vez, pelirroja. Te apetece un Melange, ¿verdad?

—Le propone cuando entran por la puerta de una de ellas sin que Jo alcance siquiera a responder. Porque se ha detenido. Sí, sorpresivamente se ha quedado de piedra y se ha sonrojado ante la inesperada presencia de quien se encuentra a tan solo un par de pasos de la entrada del café, y quien también le ha sonreído sin dejar de admirarla como si le agradara en demasía este fortuito encuentro inesperado.

—Josefina. ¿Cómo estás? —Formula Simón desde su sitio.

Está perpleja, atónita y sin habla porque por más que ha querido huir de él, y olvidar que existe o que alguna vez se cruzó en su camino, el destino se lo vuelve a plantar y nada menos que frente a su rostro.

—Estoy...

—Sola —afirma Estela por ella, interviniendo en la conversación. Porque sin duda alguna *Google* le ha sido de mucha ayuda en la búsqueda que ha efectuado hace un par de días atrás para saber quién es realmente el señor escritor Simón Busquets—. Lo siento, pero de pronto he recordado que tengo algo muy importante que hacer. Otro día te invito un café vienés, ¿de acuerdo, Jo?

Con la mirada la regaña. No, Josefina con la mirada quiere tomarla por su cuello y retorcérselo muy lentamente porque... ¿Qué cree que está haciendo para comportarse así? Claramente huir. Por lo tanto, Estela así sin más le da un beso en su mejilla al igual que un apretoncito cordial en una de sus manos que a todas luces significa "buena suerte". Y de la nada, los abandona sin que Jo haya dicho una sola palabra más.

—Así que sola —añade Simón complacido—, y un Melange.

Suspira con resignación mientras le oye decir con su grave cadencia unas preciosas palabras que reconoce al instante:

—“Solo nosotros sabemos estar tan distantemente juntos porque... andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos.”

Por un segundo, clava la mirada en el piso... pero también luego de un segundo logra al fin responder:

—“¿A vos no te pasa que te despertás a veces con la exacta conciencia de que en ese momento empieza una increíble equivocación?”

Consigue hacerlo sonreír de especial manera. Y eso le gusta... No, le fascina, porque sabe cuál es el por qué.

—Tal vez sí o tal vez no, Josefina, pero por ahora solo me apetece degustar un café vienes. ¿Podrían ser dos? —Acota entusiasmado—. Siempre y cuando decidas aceptar la invitación de un desconocido.

—Se lo comenté ya una vez. No es usted precisamente un desconocido para mí —se niega a apartar en todo momento sus ojos castaños de los suyos.

—¿No lo soy? —formula divertido.

—No cuando he recibido un obsequio de su parte.

—¿Solo un obsequio?

—Claro, lo olvidaba... y también su número telefónico, señor Busquets. O debería llamarlo... ¿Simón “el ser humano”?

Ahora ríe, pero de la forma más hermosa y cautivadora que ella

haya visto nunca.

—Puedes llamarme como quieras. Por mí no hay problema, siempre y cuando...

—Siempre y... ¿Cuándo?

—Este no sea para usted ni para mí el primer o el último café.

Tiempo presente.

—¡Tienes que calmarte, muchacho! ¡Comportándote de esta manera no conseguirás verla, menos ayudarla!

—¡No quiero perderla, señor Gallart! ¿Qué no comprende? ¡Me niego a dejarla ir!

La mirada resplandeciente del hombre entrado en años se cierce sobre la de Simón al mismo tiempo que ambos guardan un inquietante silencio. Sí, un profundo mutismo del cual todos los presentes se hacen partícipes como si ninguno se atreviera a quebrantarlo.

—Lamentablemente... esa decisión no está en tus manos.

Y él lo sabe, pero a la vez se odia por ello.

—Cómo quisiera regresar el tiempo atrás... —balbucea cuando le tiembla la barbilla y se le vuelven a aguar sus ojos claros—. ¡Cómo quisiera que nada de esto estuviera sucediendo!

El señor Gallart intenta hablar, pero la angustia del momento se lo impide, porque sabe muy bien que nada de lo que pueda decir hará

que se sienta mejor.

—Ante todo, debes ser fuerte —le aconseja consiguiendo que, con esas tan simples palabras, Simón termine cerrando sus ojos con fuerza—. Ocurra lo que ocurra debes ser valiente.

Se niega a responder cuando ya un par de lágrimas se deslizan presurosas por su pálido semblante perdiéndose en su prominente barba donde, finalmente, desaparecen para escribir su final. Pero un par de minutos después, percibe la temblorosa mano de Pedro Gallart dejándose caer sobre su hombro derecho, al cual aprieta como dándole a entender con ese intencionado gesto que no se encuentra solo y que jamás lo estará.

—Sé de lo que hablo, muchacho —le recuerda.

—También yo —le contesta en tan solo un segundo—. Por ello necesito verla... necesito estar con Josefina —pronuncia en un susurro abriendo sus ojos con lentitud—. Necesito que sepa que estoy aquí, a su lado.

Al oírlo Jo, instantáneamente, voltea la mirada hacia ellos, pero la fija nada menos que en Simón, a quién no cesa de contemplar con profundas ansias.

—Lo sabe —afirma Gallart—. Estoy seguro que ella sabe que estás aquí.

Con su antebrazo, y la camisa que lleva puesta y que lo cubre, termina limpiándose su humedecido semblante, una, dos y hasta tres veces más.

—¿Por qué? —Pregunta, más bien, al aire.

—No lo sé —le responde Gallart, clavando su vista en el

inmaculado piso de aquella sala—. Así es el destino, muchacho, incierto, impredecible e inesperado.

—Y maldito —le asegura Simón con ofuscación, logrando con ello que Gallart vuelva a posicionar su vidriosa vista en la suya—. Daría todo lo que tengo por no verla sufrir de esa manera. Daría todo... por hacerla feliz.

—Lo hiciste —le afirma una vez más realmente convencido de ello—. Claro que lo hiciste, muchacho.

Y él, muy sorprendido con su acotación, no cesa de admirarlo sin siquiera parpadear.

—La vi sonreír muchas veces, vi sus ojos brillar tantas otras. Advertí cómo ansiaba estar contigo, cómo se sentía plenamente protegida entre tus brazos, cómo intentaba avanzar dejando atrás sus miedos, sus tribulaciones y sus inseguridades después de haber perdido a su padre en ese fatal accidente aéreo. Pero lo más importante de todo... vi y comprobé como su mundo comenzaba a tomar forma de nuevo y cómo Josefina se animaba a extender sus alas para volar. Si eso no es felicidad, Simón, créeme, estoy verdaderamente convencido de que se le parece bastante.

Unas copiosas lágrimas ruedan por sus enrojecidas mejillas. Unas que no cesan de caer y caer sin que logre o que consiga detenerlas.

—La hiciste feliz —replica sereno, dibujando en su avejentado rostro una sonrisa que no logra esbozar del todo, pese al dolor que lleva dentro—. A esa chica sí la has hecho muy feliz. Convéncete de ello.

En un rápido movimiento, Simón termina abrazando al señor Gallart mientras llora en silencio, derramando así todo el innegable sufrimiento que lo consume, lentamente. Y también, liberando el pavor a perderla en cualquier minuto sin que logre verla, tocarla o sentirla para, tal vez, tener que expresarle por última vez lo que a todas luces no desea pronunciar nunca.

—La necesito —articula entre sollozos—. La necesito como jamás esperé necesitar a alguien más.

Y Josefina lo sabe porque, indudablemente, también lo necesita a él. Pero... ¿Cómo se lo hará saber? ¿Cómo se lo manifestará en su estado? ¿Cómo se lo dirá si ya no tiene voz, si ya no puede tocarlo y si ya es del todo invisible para sus hermosos ojos claros? Y más, ¿cuándo cada uno de sus segundos están siendo contados?

—Simón —articula débilmente, consiguiendo dar un par de pasos en su dirección para alcanzarlo, para consolarlo, para estrecharlo entre sus brazos y así decirle, una y mil veces, que esto no debe ni tiene por qué terminar así. Pero cuando está a punto de conseguirlo se detiene, y lo hace de sopetón gracias al desgarrador sonido que, de pronto, se ha colado por sus oídos, desconcentrándola. Sí, un lastimero llanto que reconoce y que la obliga a voltear la mirada hacia quién lo está emitiendo a la distancia—. ¿Mamá? —Inquiere solo para sí cuando la tiene otra vez ante sus ojos. Porque es ella la que se encuentra allí, y es ella quien no deja de suplicar fervorosamente y con todas sus fuerzas por su propia vida al tiempo que logra mantenerse en pie y caminar hacia esa sala acompañada por uno de los médicos de turno que pregunta a viva voz si alguien más de los que allí se hallan es algún familiar cercano de la paciente Josefina Calvet.

—Yo... —Simón intenta endurecer el sonido de su voz—. Yo...
—vuelve a responder mientras camina hacia su encuentro sin que ninguna otra palabra salga de sus labios—. Yo soy...

—Simón —contestan Virginia y Josefina al unísono, logrando que solo una suave cadencia se cuele por sus oídos porque la otra, lamentablemente, se ha perdido y apagado, de pronto, en intensidad.

Tiempo pasado.

Al caer la tarde, y durante gran parte de la jornada laboral, Josefina no ha dejado de tararear una pegajosa melodía mientras continúa trabajando con afán. Y así lo ha notado su jefe desde que la vio ingresar esta mañana a la librería con sus ojos resplandecientes y una bella sonrisa instalada en su semblante. Pero... ¿Debido a qué la ha cogido? Es lo que ansía saber y lo que se ha preguntado en más de una ocasión sin haber obtenido aún de ella una sola respuesta que lo satisfaga.

Sonríe de medio lado y la admira a través de los cristales de sus gafas de lectura percibiendo, además, lo feliz que se encuentra. ¡Qué va! ¡Si la muchacha está dichosa! ¿Y él? Nada menos que a punto de reventar de la curiosidad.

Sin meditarlo, tose un par de veces para hacerse notar, aclarándose la garganta.

—¿Todo va bien, Josefina? —Le pregunta.

—Todo va bien, señor Gallart —le responde desde su sitio sin otorgarle una sola pista con la que él logre dar inicio a una “chismosa”

conversación.

—Ya. ¿Tu madre? ¿La Universidad?

—En excelentes condiciones. Gracias.

Y ahí va de nuevo, pero omitiendo los importantes detalles que anhela conocer.

—Entonces... Estás embarazada, ¿quizás? —Bromea, obteniendo toda su atención. Una que a Josefina no le ha hecho gracia, sino enarcar una de sus cejas sin llegar a comprender, menos a dilucidar, debido a qué la ha interrogado de esa tan sorpresiva e inesperada manera.

—¿Embarazada? ¿Yo?

—Sí, tú —le responde satisfecho—. ¿Quién más?

—¿Y eso? —Dirige su andar hacia él, cruzando sus brazos por delante de su pecho—. ¿Usted no sabe que para que una mujer se embarace se necesitan dos?

Pedro Gallart le sonríe traviesamente porque ha ganado la batalla. Ahora ya tiene en su poder todo el derecho a interrogarla, como tanto desea hacerlo.

—Tu rostro resplandece, tus ojos brillan. Sonríes de una hermosa manera mientras tus pómulos se enrojecen, quedamente. Si no estás embarazada, entonces, puedo deducir que tal vez... ¿estás enamorada?

Al instante, rueda los ojos evitando conectarlos con los suyos. ¿Por qué? Porque la conoce y sabe que no va a mentir ante su disparatada apreciación. De hecho, aunque quiera hacerlo no puede. O mejor dicho, no sabe cómo, sin hacerlo fatal.

—Creo que he dado en el clavo —alude, respondiéndose a sí mismo a lo que a todas luces ella no afirma ni evade.

—Dos —le señala, alzando una de sus manos, mostrándole su dedo índice y su dedo mayor—, personas.

—Yo no ser tarzán. Tú no ser Jane. Así que, por favor, ¿podrías hablar con fluidez y ser más convincente?

De improviso, logra hacerla reír a carcajadas.

—No estoy enamorada, señor Gallart, menos embarazada. Solo estoy...

—¿Feliz? —Por sobre sus gafas de lectura, fija todavía más su fisonomía sobre la suya cuando la ve mover su cabeza hacia ambos lados en señal de negativa—. Lo estás. No pretendas engañar a este viejo, por favor. Y ahora dime, ¿a qué se debe tu repentina felicidad?

Sabe que no podrá marcharse a ningún otro sitio de este planeta sin antes contestarle lo que ambiciona saber. Y sabe, también —aunque no desee admitirlo—, que no se ha equivocado en nada de lo que ha afirmado con tanta seguridad.

—La vida... marcha... estupendamente.

Pedro Gallart asiente, pero articulando un “continúa” que hace nuevamente sonreír a Jo.

—Y me he dado cuenta que... —“no soy invisible para ciertas personas”, admite solo para sí cuando sabe que se refiere en específico a una de ellas—... a pesar de todos los obstáculos que existan en la vida, uno sí puede llegar a ser feliz.

Al segundo, el hombre entrado en años se quita las gafas, le dedica un ademán con una de sus manos y la invita a que se acerque

para rodear el mostrador que los separa. Ella así lo hace, pero sin saber por qué, de pronto, parece tan interesado en tenerla cerca. Y se cerciora de ello o, más bien, lo certifica cuando éste le otorga un afectuoso abrazo con el cual logra hacerla sobresaltar.

—¿Seguro que no estás embarazada? —Bromea una vez más, dándole un par de palmaditas en la espalda—. Porque, te lo advierto, con mis nietos ya tengo suficiente.

Se separa de su anatomía, suspirando. Y se observan cuando, inesperadamente, él termina colocando una de sus tibias y temblorosas manos en su firme mentón.

—Ya era hora —le señala—. No imaginas cuánto anhelaba verte sonreír así, tan espontáneamente.

Quiere responderle, pero algo se lo impide. Sus recuerdos, ¿quizás? ¿Su dolor? ¿La tristeza que pretende erradicar de sí con la presencia de una sola persona que ya posee nombre y apellido?

Clava la mirada en el piso, queriendo hilvanar una pronta respuesta que se ha quedado alojada en su garganta a punto de salir por ella. Una que se ha detenido al oír cómo la puerta de la librería se ha abierto de par en par. Porque la campanilla ha tintineado logrando que, rápidamente, sus ojos se posen en la figura de quien se ha detenido en el umbral, la cual posee un magnetismo incomparable que la atrae como un imán impidiéndole respirar con normalidad y balbucear una sola palabra. Tal y cómo le sucedió hace un par de días atrás, nada menos que... en aquella cafetería.

—Buenas tardes —los saluda animadamente Simón, sonriéndoles—. No ha sido mi intención molestar —lo dice en clara alusión a la situación en la que los ha encontrado.

—Buenas tardes, muchacho —replica Gallart sin soltar a Josefina y dibujando en su semblante una pícara sonrisa al reparar como ella y el inesperado visitante no se dejan de contemplar, ensimismados—. No molestas para nada. Al contrario, de pronto me he dado cuenta que el que molesta aquí soy yo —tose intencionalmente sacando a su dependienta de su repentino aturdimiento—. Dos personas, “Jane” —le dedica el mismo ademán que ella le ha hecho con anterioridad con sus dedos índice y mayor—. No hace falta ser “Tarzán” para notarlo —le susurra al oído cuando le acaricia también la mejilla con cariño, quitándole con ese gesto y esas palabras la total respiración.

—Josefina está feliz, muchacho —se lo informa como si fuera la noticia de algún titular del periódico de la tarde—. Intenta que siga así mientras voy a mi oficina a realizar una llamada.

Simón sonríe y lo hace de una encantadora manera. ¿Y Jo? No puede más con la impresión que se ha llevado cuando solo ansía enterrarse viva y desaparecer. Porque sabe que tras la “afortunada” acotación de su jefe existirán consecuencias, como responder, primeramente, unas cuantas preguntas de rigor.

—Estás advertido. La quiero ver feliz, tal y cómo lo está ahora. Ya regreso —. Y así se marcha, pero emitiendo una particular frase que Josefina no logra comprender por qué la ha pronunciado justo en ese momento hasta que Simón la repite, comentando:

“Me gusta el silencio, desde que empecé amarte en él.”

—¿Perdón?

—Pablo Neruda y sus poemas de amor —le señala—. El señor Gallart es un romántico empedernido, pero por mi bien no le comentes que te lo dije o me colgará del asta más alta de la bandera que encuentre en la ciudad.

No habla, ni siquiera sonrío. De pronto, se ha quedado muda gracias a su presencia y a su proximidad. Porque, lentamente, Simón ha dirigido su andar hacia su anatomía, minimizando así el espacio que los separa.

—¿Así que feliz?

—¿Así que Pablo Neruda?

Desde hace dos días se da cuenta cómo le encanta cuando ella evade sus preguntas de tan astuta manera. Y también, desde hace dos días, el diminutivo de su nombre no ha dejado de pronunciar.

—"Si nada nos salva de la muerte, al menos que el amor nos salve de la vida", ¿no crees?

—¿Para qué? ¿Si es tan corto el amor y tan largo el olvido?

Se contemplan en silencio como si nada más importara. De hecho, nada más les importa que verse reflejados uno en la claridad y el fulgor que irradia la vista del otro.

—Sí, Pablo Neruda —advierte que no necesita entrar en detalles para explicárselo—. Ahora cuéntame, Jo. ¿Aqué se debe tu felicidad?

—Aque estoy embarazada —bromea, malévolamente, esbozando en sus labios una prominente sonrisa que deja a Simón en estado de shock. Así lo vislumbra cuando él se niega a articular un solo enunciado sobre ello—. El señor Gallart pretendía obtener de mí cierta información y para eso siempre termina utilizando psicología a la

inversa o expresando alguna tontería sin sentido.

Mutismo... tan solo se oye y se percibe un profundo mutismo.

—Ya puedes respirar. No estoy embarazada —le certifica, alejándose de él—. Y también conozco a Neruda. Es uno de mis poetas favoritos.

Y él así lo hace exhalando con intensidad y moviendo su cabeza de lado a lado o, más bien, como si le hubiese sacado un gran peso de encima. Quiere relajar sus hombros, pero le cuesta trabajo hacerlo. ¿Por qué? Ciertamente, porque se ha tensado más de lo normal debido a lo que ha oído de golpe.

—¡Vaya! —susurra, situando una de sus manos en su nuca para rascársela, creyendo que ella no lo ha escuchado. Pero no corre con tanta suerte porque de inmediato Jo vuelve a depositar su vista sobre la suya, añadiendo:

—¿Todo va bien? ¿Necesitas algo?

—Solo un par de segundos más. De pronto, he olvidado lo que iba a decir con eso de...

—Mi "supuesto" embarazo. —Concluye por él, pero esta vez riendo a sus anchas de tan contagiosa manera que Simón, sin más remedio, termina uniéndose a ella en sonoras carcajadas que ninguno de los dos cesan de expresar.

—Ya. Así que después de todo sí posees un lado oscuro y malvado. Tan dulce, Jo, tan angelical y con un lado ruin con el cual te gusta burlarte de este pobre ser humano.

—Todos tenemos uno, Simón. ¿Tú no?

—¿Sabías que el infierno puede ser divertido? —Se acerca

todavía más a ella, porque por alguna extraña razón no desea tenerla lejos, menos al recordar cuál ha sido el motivo fundamental que lo ha llevado de regreso a Tres Almas.

—No, pero te lo haré saber cuándo llegue a conocerlo —intenta agacharse para tomar del piso una caja de libros a medio cerrar, pero Simón se lo impide realizando ese trabajo por ella. Luego, lo guía hacia el interior de la librería más, específicamente hacia un cuarto que sirve como bodega en el cual termina dejando aquella caja—. Gracias, no tenías que molestarme.

—No queremos que algo le suceda a ese “supuesto bebé”, ¿verdad?

Sarcasmo. Sabe que lo está utilizando a su antojo para devolverle la mano.

—Eres muy considerado. Muchísimas gracias por empatizar con mi supuesta situación. Podrías venir a ayudarme más seguido...

—Me encantaría. De hecho, me agrada mucho tu compañía, pero... debo regresar a Viena esta misma noche.

“Él ha dicho... ¿Viena?”. Entrecierra la mirada en el acto. ¿Ha oído bien? Ella ha dicho una barbaridad del porte de un trasatlántico y él le ha contestado con total honestidad que se marcha a Viena por... ¿Cuánto tiempo?

Traga saliva negándose a abrir la boca, menos a preguntar detalles sobre su viaje. ¿Por qué? Porque sabe que por hoy ha dicho suficiente.

—Solo vine a despedirme. No deseaba desaparecer así de Wels... sin verte.

¿Despedirse? ¿Desaparecer? ¿Verla? Él puede hacer lo que se le dé la gana. Y en primer lugar, evitar darle todo tipo de explicaciones sobre lo que hace, no hace y deja de hacer con su vida.

—Tengo que volver a trabajar. Y también, llevar a cabo unas presentaciones sobre la publicación de “Crímenes negros”.

Asiente. Lo comprende. ¿Qué más puede hacer? ¿Dejar de sentir lo que le oprime dolorosamente el pecho con insistencia?

—No tenías que haber venido hasta aquí para decírmelo.

—Para mí era importante —le confiesa con suma honestidad—. La verdad, quería verte antes de partir. No sé cuánto tiempo me tome, esta vez, regresar a casa.

¿Esta vez? No. Definitivamente, no iba a dejar de sentir lo que ahora le hacía añicos el pecho de una obstinada manera. ¡Menuda boba pensando tonterías! Y, además, él había dicho “a casa”, porque así consideraba a Wels, la ciudad de Alta Austria donde había nacido, crecido y se había educado junto a sus hermanos.

—Lo siento. Quiero decir, tengo mucho trabajo en la librería —se voltea cuando una de sus manos la detiene en el acto, posándose en una de sus extremidades, a la cual percibe tibia, fuerte y poderosa.

—Lo sé. No quiero quitarte tu tiempo. O más bien sí, sí quiero quitártelo —se autocorrigió sin dudar—. Después de todo, por eso he venido hasta aquí.

No quiere verlo, pero su cuerpo parece no escucharla girándose sobre sus talones para, definitivamente, contemplarlo, otra vez.

—Si antes de marcharte pretendes darme las gracias por enésima vez por lo que hice por ti en tu presentación, ya no es

necesario. Créeme, fuiste muy amable obsequiándome ese libro de Cortázar y brindándome tu tiempo con la charla y el café. Nuestra cuenta está saldada.

La oye irónica, fría como el hielo, demasiado para su gusto, y cree conocer el motivo que la hace comportarse así, con tanta displicencia de por medio.

—Solo hacía mi trabajo como te lo hice saber con anterioridad.

Simón evita hablar. En cambio, solo sonríe pícaramente mientras avanza, más y más, hacia su encuentro. Porque sabe que está nerviosa debido a su proximidad. Sabe que le incomoda su inminente cercanía. Y sabe que no deja de parlotear nerviosamente cuando la observa de esa manera, como si la estuviese desnudando con la mirada.

—Ya ha hecho mucho por mí, señor Busquets.

—¿Señor Busquets? —inquire anonadado—. ¿Y nuestra familiaridad? ¿Dónde ha quedado? ¿No me digas que la has echado de golpe al tacho de la basura?

Aún detenida por su antebrazo, no logra conciliar una sola frase que valga realmente la pena pronunciar.

—Creí que tú y yo ya éramos buenos amigos. ¿Qué ha sucedido?

¿Qué ha sucedido? Desea que la suelte. Ansía que la deje en paz cuando su corazón le dicta todo lo contrario. Eso es, precisamente, lo que está sucediendo.

—Simón, por favor, debo volver a trabajar...

—También yo. El ferrocarril que me llevará de regreso a Viena

sale dentro de tres horas. Debo volver a mi piso, ordenar mi maleta, hacer unas llamadas, y creo que también tendré que correr a la estación para no perder mi tren.

Y ella quiere que lo haga, pero lejos de su alcance. Por lo tanto, comienza a retroceder sin darse cuenta que una de las paredes de aquel cuarto se le ha cruzado, deteniéndola. ¡Diablos! Ya no tiene a dónde escapar.

—Entonces, mucha suerte en Viena, señor Busquets, y en cada una de sus futuras presentaciones.

¿Por qué nota todavía más frialdad en cada una de sus palabras?

—Josefina... ¿Por qué me hablas así?

Porque se ha equivocado como una niña tonta, admite. Y porque ha entendido que solo es una insensata chica más de pueblo que...

—Jo —repite Simón, dulcemente, cuando ambos oyen la voz del señor Gallart colándose en el ambiente.

—Debo irme. Él me necesita.

Pero ante ello, se niega a dejarla ir con tanta facilidad. Porque por más que lo meditó la noche anterior, creyendo que lo que pensaba era una absurda locura, hoy se ha plantado decididamente allí, dejándose llevar por cada una de sus emociones. Y claro, no echará todo por la borda sabiendo que su regreso a Wels podría demorar algo más que un par de semanas.

—Un segundo. Solo te pido un segundo más, por favor.

Jo cierra los ojos mientras tiembla.

—Mi tren parte a las diez. Tomaré el último que sale de la estación —le informa con ansias—. Puedo... ¿Verte allí?

¿Para qué? ¿Para que por su cuenta se siga creando más ilusiones sin sentido?

—Lo lamento, Simón. No... puedo.

—Por favor —le suplica, percibiendo como su corazón late desbocado ante su patente negativa.

—No insistas. He dicho que... no puedo.

—¡Josefina! —Gallart no cesa de pronunciar su nombre a viva voz—. ¿Dónde te metiste, muchacha?

Traga saliva y perpetúa la vista sobre su cabello pelirrojo, porque eso es todo lo que consigue ver cuando ella ha agachado la mirada.

—Mucha suerte y... con tu permiso.

En un intento desesperado por retenerla, y porque vuelva a posar su vista castaña sobre sus ojos claros, suelta su extremidad situándola ahora sobre la pared, impidiéndole así que se aparte de su lado y, además, obstaculizando con ella su camino.

—¿Por qué no puedes? —pregunta ansioso y a la vez decepcionado—. ¿Por qué me evades? No entiendo, Jo. ¿Qué fue lo que te hice para que ahora solo quieras alejarte de mí de esta manera?

“Tú no has hecho nada. La culpa ha sido solo mía al soñar de la única forma en que he conseguido hacerlo. Como una tonta, Simón. Sí, como una tonta que solo cree que aún existen para mí los cuentos de hadas.”

—¡Josefina! —Gallart logra desconcentrar a Simón con la fuerza de su cadencia, brindándole con ella a Jo una oportuna posibilidad para desaparecer de su campo de visión, de su alcance, de su cercanía, dejándolo allí, a solas, en silencio, y sin una sola respuesta que echa por tierra todas y cada una de sus esperanzas por volverla a ver.

Al cabo de unas horas, Simón no desea apartar la mirada de la entrada de la estación de ferrocarriles cuando su reloj de pulsera marca ya las veintiuna horas con cuarenta y tres minutos. ¿Por qué? Porque aún cree que ella entrará en cualquier minuto por ese acceso sonriendo como tan hermosamente acostumbra hacerlo. Pero el tiempo transcurre de prisa sin que nada suceda, y a sabiendas de ello cree saber cuál es el por qué.

Coloca sus manos en la parte posterior de su cabeza, suspirando, pero lo hace profundamente posando la mirada, esta vez, en la maleta que yace a su costado. Si no tuviera que marcharse tan pronto de Wels, quizás...

—Todo habría sido diferente... —se siente aún más decepcionado de sí mismo, porque debido a su ilógico comportamiento de esta tarde seguro ya la ha asustado al grado de que no desee verlo nunca más. Al meditar esa no menos viable posibilidad, sonríe de medio lado y con desencanto se responde una interrogante que ni siquiera ha conseguido formularse a viva voz—. Deberías hacerlo, Jo. Eres una mujer muy inteligente para notarlo.

Ahora, deja caer sus manos sobre sus párpados mientras exhala con vigor, a la vez que prefiere voltear del todo su cuerpo hacia otro lado y esperar, pacientemente, el arribo del tren.

Unos minutos después, su móvil comienza a sonar. Lo contesta a regañadientes. Es Josef, su amigo y editor quien lo está llamando.

—¿No me digas que todavía estás en tu pequeña y rústica ciudad?

—No, en estos momentos estoy precisamente disfrutando de un grato paseo en Disneylandia.

Con esa broma de mal gusto, que le ha brotado de tan espontánea manera, Josef percibe todo su mal humor.

—¿Qué ocurre, Simón?

—Nada. ¿Está todo en orden con lo de las presentaciones? ¿Las reservaciones ya están hechas como te lo pedí? —Ansía cambiar el tema de la charla y sabe que por esa vía podrá hacerlo sin que su amigo pretenda interrogarlo sobre lo que no desea hablar.

—Todo está en orden. Sabes que hago perfectamente mi trabajo. Solo te llamaba para informarte que mañana salimos muy temprano con destino hacia el aeropuerto. Por ende, te sugerí que viajaras por la tarde desde tu colorida ciudad hasta Viena para que pudiéramos afinar los últimos detalles con respecto a Dublín, pero una vez más tú no me hiciste caso. ¿Puedo saber qué fue lo que te retuvo ahí por tanto tiempo?

A estas alturas, cuando ya restan menos de diez minutos para abordar el tren, no desea pensar en ello, menos comentarlo.

—No envíes un coche a mi llegada, no es necesario —le pide—. Mi hermana irá por mí a la estación.

—De acuerdo. Entonces, nos veremos en el hall de tu edificio a las cinco con treinta minutos de la madrugada.

—No, Josef. Nos encontraremos en el aeropuerto.

Discuten por algo que a su editor no le ha quedado lo bastante claro mientras Simón se lo vuelve a explicar con serenidad. Una que lo ayuda a mantenerse en sus cabales frente a su evidente tozudez.

—Debo colgar —quiere concluir del todo la charla que lo tiene un tanto fastidiado—. El tren...—añade cuando de éste aún no hay señas y por los altoparlantes informan que un leve retraso demorará el arribo del transporte en algo más de diez minutos. Sí, estoicamente, tendrá que esperar su llegada mientras cuelga la llamada sin que su editor alcance siquiera a despedirse.

Molesto, desliza una de sus manos por sobre su mentón al mismo tiempo que pierde la mirada en ningún sitio en específico emitiendo un “¡Vaya suerte la mía!”, que más se asemeja a un quejido que a un leve murmullo desesperanzador cuando otra persona también ha logrado escucharlo.

—Y la mía —lo sobresalta una suave cadencia—. Por un momento, creí que no lo encontraría aquí.

Rápidamente, y muy asombrado, se voltea siguiendo la dirección de esa familiar voz que se ha colado repentinamente por sus oídos, hasta que fija su incrédula vista en la de quien lo admira sin parpadear dedicándole, además, una flamante, pero a la vez tímida sonrisa que a Simón lo deja totalmente embozado. Porque es esa la única sonrisa que ha deseado volver a ver desde que salió esta tarde de Tres Almas, bastante desconcertado y hasta algo avergonzado consigo mismo.

—Josefina...

—Hola... Sí, ese es mi nombre. Me alegra saber que... todavía lo

recuerda, señor Busquets.

—Mi memoria es estupenda —le confiesa sin creer que ella esté allí, en ese sitio, a esa hora y a tan solo unos cuantos pasos de su cuerpo, tratándolo con tanta formalidad.

—Lo felicito —consigue hacerlo sonreír de la misma manera que lo hace ella cuando él, decidido a colmar ese espacio que los separa, avanza veloz hacia su encuentro como si una fuerza superior lo estuviera lanzando nada menos que a sus brazos.

—¿Me felicitas aún después de cómo me comporté contigo esta tarde?

Lo admira y parpadea porque sabe a qué se refiere francamente con ello.

—Sí —asiente—, aún así porque en primer lugar yo... no debí responder de esa manera.

Simón sostiene la mirada en sus ojos castaños tratando de encontrar en ellos algo más que lo que sale a borbotones de sus labios.

—Quiero decir... —prosigue, envalentonada—... yo no debí haberle hablado tan toscamente. No se lo merecía después de cómo usted...

—Simón —le recuerda—, ese es mi nombre, Josefina.

Pero no hace falta que se lo repita porque desde que lo conoció no ha conseguido olvidarlo.

—Solo venía a disculparme por haberle... por haberte hablado así.

—¿Tan fría como el hielo?

Inevitablemente, se sonroja porque sabe que eso es del todo real.

—Bueno, si te hace sentir mejor, acepto que me lo merecía.

Ahora es el turno de Josefina de entrecerrar la mirada, confundida.

—Lamento mucho haberte abordado así. La verdad, mis ansias suelen jugarme muy malas pasadas. Pero no te preocupes, no volverá a suceder.

¿No volverá a suceder? ¿No volverá a arrinconarla contra la pared? ¿No se acercará otra vez a ella, así, más de la cuenta?

La admira y la nota decepcionada, como si algo de lo que le ha dicho no le hubiese gustado escuchar, menos en este momento.

—Entiendo. —Clava la vista en el piso sin querer alzarla hasta que percibe la tibieza de su piel rozando ya la suya. Porque Simón, en un acto involuntario, ha depositado su mano en su mentón con la cual, delicadamente, comienza a levantarlo.

—Realmente... ¿Lo entiendes, Jo?

Traga saliva cuando todo lo que quiere es verlo a él, sentirlo a él, oírlo a él...

—No —expresa en un hilo de voz, revelándose—.

—Pues yo tampoco —le responde hipnotizado por el brillo de sus ojos, el ardor de sus pómulos y el suave tono rosáceo de sus labios, a los cuales no cesa de admirar con devoción—. Y déjame decirte que... es extraño que ocurra esto en mí.

—¿Qué es lo tan extraño que ocurre en ti?

—¿Qué me muera por querer besarte? —Le contesta con suma honestidad, pero esta vez en una singular interrogante que a Jo le sacude por completo la piel cuando la oye. Y más, cuando aquella mano que le sostiene el mentón ahora se mueve, quedamente, hacia una de sus mejillas mientras su varonil cadencia vuelve a preguntarle—: Señorita Calvet, ¿cómo le gustan los besos?

No le responde. De hecho, su segunda interrogante la ha dejado fuera de sí al igual que la inminente cercanía de su cuerpo y la pronta llegada del tren que ha colmado con creces el silencio reinante de la estación ferroviaria.

Ninguno de los dos dice nada. Ninguno de los dos formula, contesta o emite una sola palabra cuando por ellos lo hace una masculina voz informándoles de la próxima salida del tren con destino a Viena, su último y definitivo paradero.

—Debo irme —insiste Simón, acercándose, alejándose, y queriendo de todas las formas posibles probar esos labios a los cuales no cesa de contemplar, fascinado.

—¿Volverás?

Aquello lo hace sonreír.

—Solo si tú quieres que lo haga. ¿Quieres que regrese?

—Sí. Sí quiero, Simón.

Su corazón late y lo hace desbocadamente cuando tan solo resta un minuto para la salida del transporte.

—Entonces, lo haré. Prometo regresar lo más pronto posible a casa... contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, contigo —le asegura, pero acercándose a su boca en la cual le manifiesta sin dudar—, para que me respondas de una buena vez la pregunta que te he formulado —. Roza sus labios con los suyos, siente el olor de su piel, se nutre de su abrazador aliento al igual que termina alojando, delicadamente, su mano en la parte posterior de su cuello cuando el primer pitido de la salida del tren se oye a lo lejos—. No me extrañes —le sugiere en tono de broma—, aunque no podré decir lo mismo de mí hacia ti —se observan mientras Simón, a regañadientes, termina apartando su mano de la fragilidad de su cuello—. Sabías que... ¿Me gusta aún más el silencio desde que tú formas parte de él?

—¿Neruda?

—No, ese he sido yo —y tras escuchar el segundo silbatazo, le acaricia con ternura la mejilla antes de retroceder para ir por su maleta, y con ella a cuestas camina hacia el tren en el cual no consigue montarse debido a la voz que súbitamente lo ha detenido.

—¡Robados, señor escritor! —Exclama Josefina, respondiendo finalmente a su pregunta—. ¡Siempre me han gustado los besos robados!

—Ya somos dos, señorita Calvet —se voltea hacia ella dibujando en sus labios una inigualable sonrisa que deja entrever la felicidad que denota su semblante—. ¡Tienes tres opciones! —Le manifiesta a la distancia—. Te beso, me besas o nos besamos. ¿Por cuál de ellas te inclinas?

—Por todas las anteriores, señor Busquets.

—¿Aunque eso conlleve a que después de este beso yo quiera otro y otro y otro más? —Camina de regreso hacia ella.

—¿Sabía usted que un beso robado vale más que un beso legal?

—No, no lo sabía, pero agradezco la aclaración —se planta frente a su cuerpo y sin perder más su tiempo termina alojando sus manos una a cada lado de su cabeza, cuando sus labios vuelven a rozar intencionalmente los suyos de una incitante manera—. Entonces, Josefina Calvet, ¿puedo besarte ya? ¿Sin más preámbulos de por medio?

—Con una condición.

—¿Y cuál sería esa condición?

Suspira con ansias antes de responder lo que a todas luces desea que él conozca antes de marcharse.

—Que no sea la última vez que lo hagas, sino la primera de muchas.

“La primera de muchas...”

—Eso no solo dependerá de mí. Pero, por de pronto, me encantaría hacer el intento —sin dejar que transcurra más tiempo, y con una ternura y delicadeza inusitada que utiliza para no asustarla, termina depositando sus labios en los suyos cuando el tercer silbatazo le da a entender que, finalmente, debe subir al tren que se dispone a salir de la estación en cuestión de segundos.

—¡Todos a bordo! —Vociferan a lo lejos.

Pero antes de que eso ocurra la besa como si no pudiera, menos quisiera, desprenderse de su boca y de su aliento abrazador, de la

fragilidad de su cuerpo, del inconfundible olor que expele su piel, del reflejo de sus hermosos ojos castaños y de ese instante en especial cuando la tiene entre sus brazos, como si ella siempre hubiese sido ese trozo restante que no lograba encontrar y que le faltaba a su corazón para sentirse completo.

—Es curioso... —le murmura entre beso y beso que le regala con ansias—... que tan solo un instante pueda cambiarte la vida para siempre.

—¿Para bien o para mal? —Quiere saber cuando su boca nuevamente es asaltada con severidad, con vehemencia, con entusiasmo, pero a la vez con una excepcional exquisitez y sutileza que la hace desvariar y despegar sus pies del piso.

—Para... cuando te vuelva a ver —le sonríe Simón, al tiempo que le planta el último beso como si con él quisiera llevarse todos los suyos hasta Viena—. Prometo que no transcurrirá mucho tiempo hasta que te vuelva a ver.

Y ella, por su parte, no le responde. ¿Por qué? Porque lo prefiere así. En cambio, solo asiente, entrelazando una de sus manos a una de las suyas. Y con ellas enlazadas, las guía hasta su pecho donde termina situándolas a la altura de su corazón, el cual Simón percibe que late con agitación, como si en cualquier momento fuera a salir disparado por su boca.

—¡Todos a bordo! —Vuelven a oír la estridente cadencia de uno de los auxiliares del transporte.

Ya no hay más tiempo. El tren se marcha y con él Simón quien, a regañadientes, se aparta de su menudo cuerpo para montarse en el transporte, contemplando cómo le sonríe con los labios y también lo

hace con la mirada, pero sin decirle adiós sino, más bien, dedicándole un silencioso “hasta luego” que sabe que se extenderá hasta que consiga regresar a Wels y, también, a su lado.

La puerta de la habitación se ha abierto, lentamente, y de la misma manera ha entrado en ella Simón, pero temblando de la emoción-impresión que se ha agolpado, de pronto, en todo su fornido cuerpo.

Al verla no puede hablar. De hecho, las palabras ni siquiera fluyen o intentan salir de él con espontaneidad, porque en ese cruel momento de su vida solo existe cabida para un grandísimo dolor, uno que le corroe la piel mientras le rompe en varios de miles de trozos el alma.

Cuando sus lágrimas no cesan de caer y rodar por sus mejillas, deposita la claridad de su mirada en quien se encuentra allí, a tan solo unos cuantos pasos de su cuerpo, siempre conectada a un ventilador artificial y a una infinidad de máquinas que la monitorean todo el tiempo.

Suspira frenéticamente, y tras ello decide alzar una de sus manos para limpiarse con ella su nublada vista y su humedecido semblante. Luego, camina hacia su encuentro cuando la presencia fantasmal de Jo ya se sitúa en aquel lugar contemplando cada acto, cada

movimiento que efectúa y percibiendo, a la par, cada uno de sus dolorosos lamentos que también se hacen parte de los suyos; hasta que oye su voz, esa grave cadencia que la hace estremecer, emitiendo solo dos palabras que le expresan un “lo siento”.

Simón se disculpa, acercándose, para definitivamente cogerle una de sus frías y pálidas manos que yacen sobre la blanca colcha de la cama de hospital en la que se encuentra recostada.

—Lo siento tanto —las entrelaza con cuidado acercando, a la par, su nariz a un costado de su cuello, en donde la aloja para emborracharse con la esencia de su piel—. Se suponía que no debíamos vernos en este sitio —le recuerda, pero sin ganas de querer sonreír—. Se suponía que esta noche... solo seríamos nosotros dos.

—Lo sé... —le murmura ella desde su sitio.

—Pero no te preocupes, mi amor, porque ya estoy aquí. Ya he venido a tu encuentro.

Tiembla y cierra sus ojos castaños, empuñando también sus manos con impotencia y frustración. ¿Y él? Con mucha delicadeza, y para no mover los cables y tubos a los cuales aún sigue conectada, se acerca a un extremo de la máscara de oxígeno en la cual, finalmente, le susurra:

—Estás hermosa. Estás preciosa como siempre, tanto que podría quedarme el resto de mi vida así, admirándote sin siquiera parpadear —consiguiendo, con esas cuatro palabras, que Jo se desmorone y rompa a llorar sin consuelo—. Aquí me tienes y aquí me quedaré todo el tiempo que sea necesario. Darás lo mejor de ti, ¿verdad? ¿Lo entregarás todo? ¿Lucharás por ti y por tu madre? ¿Te quedarás para vivir una vida junto a mí?

Logra mover sus extremidades inferiores para caminar hacia él. Y cuando se sitúa a su lado, levanta una de sus manos, la que termina sosteniendo temblorosamente sobre su espalda, pero negándose a dejarla caer sobre su tibia piel.

—¿Por qué? —Le susurra, sorbiendo por la nariz—. ¿Por qué tuvo que sucedernos esto? Dime, mi amor, ¿por qué quieren alejarme de ti si yo solo quiero estar contigo?

—No lo sé —le responde al instante, cuando con cautela decide alzar su mano izquierda para alojarla, ahora, sobre su sedoso cabello—. Juro que... no lo sé.

Simón besa su mejilla, pero luego se aleja unos centímetros para admirarla con atención. Quiere tocarla como tanto le gusta hacerlo, delineando sus finos y delicados rasgos faciales junto con el contorno de sus ojos, de su nariz y lo que alcanza a trazar de su barbilla.

—He conocido a tu madre —le comenta de improviso—, y también he montado un espectáculo en recepción.

Jo le sonríe con dulzura porque, ciertamente, ya lo ha visto todo con lujo de detalles.

—Lo lamento. No pude evitarlo —cierra sus ojos para mantener quieta su entereza, una que le ha sido demasiado esquiva desde que le comunicaron lo que con ella aconteció—. El señor Gallart y su esposa también están aquí, al igual que otras personas que no conozco, pero que asumo son parte de tu familia. Todos están muy preocupados —besa su frente y abre sus ojos de par en par mientras su mano entrelazada acaricia sus gélidos dedos—. Todos ansiamos que despiertes de este sueño, bella durmiente.

Ambos guardan silencio cuando el tiempo transcurre a su alrededor y, también, cuando Simón no cesa de acariciarla.

—Te extraño, Jo. Te extraño tanto.

Con su mano suspendida sobre su cabello, Josefina escucha todo lo que le manifiesta con muchísima atención.

—Y te necesito. Perdona que no te lo haya comentado antes y que me lo haya guardado solo para mí, pero sí... te necesito como jamás creí necesitar a alguien más —dirige sus labios hacia sus unidas extremidades, a las cuales besa con devoción—. Y también debo confesarte que no concibo que este perturbador silencio exista sin que tú no estés en él —se estremece, no puede evitarlo—. Dime... ¿Cómo hago para estar sin ti? Explícame... ¿Cómo me quedo tranquilo si tengo tanto miedo a perderte? —Con sus unidas extremidades, posadas sobre sus labios, Simón vuelve a llorar sin que logre detener sus lágrimas que no cesan de brotar por las comisuras de sus resplandecientes ojos claros—. Te quiero conmigo, Jo. Aunque suene un tanto egoísta de mi parte, te quiero aquí conmigo para que formes parte de mi vida y de cada uno de mis sueños. ¿Es eso mucho pedir?

Apocos centímetros de rozar sus dedos con su cabello, Josefina en lo único que logra pensar es en besarlo y abrazarlo con todas sus fuerzas para que sus palabras no le sigan destrozando el alma, tanto como ya lo hacen con la de ella.

—¿Sabes? —Prosigue Simón—. En este momento lo daría todo por no verte sufrir. Daría todo lo que tengo y lo que soy por verte y hacerte muy feliz. Aun más, si tuviera en mis manos el poder de devolver el tiempo, no dudes que te lo regalaría.

Y ella sabe que lo que afirma con tanta convicción es del todo

real, porque siempre le ha hablado con el corazón más que con las palabras.

—¿Te puedo pedir un favor? —Le susurra en un hilo de voz.

—Claro que puedes —le contesta como si pudiese oírla, logrando que de extraña manera él suspire e intente sonreír sin que deje de contemplarla con dulzura y a la vez con profunda emoción.

—No te vayas sin mí —le suplica—. Por favor... por lo que más quieras, no pretendas alejarte de mi vida sin decirme que me amas.

Tiempo pasado.

El frío de la tarde le cala los huesos mientras camina de regreso a su hogar, porque hoy la ciudad ha amanecido completamente vestida de blanco. Así lo ha vislumbrado Josefina desde que se marchó a trabajar esta mañana, y en este momento también se cerciora de ello al contemplar todo a su alrededor, tras apurar de considerable manera cada uno de sus pasos.

Cualquier persona que aprecie la actitud sencilla, apacible y amigable, así como la comodidad, la cultura y un hermoso marco histórico, se sentirá como en casa en la ciudad de Wels. Quizás, para algunos, este no sea un lugar muy conocido del estado de Alta Austria —que se ubica a más de dos horas de Viena en tren—, pero para otros este sitio resulta sorprendente, además de mágico y hasta especial con cada una de las historias que envuelven a sus coloridos edificios, a sus antiguas calles adoquinadas y con su majestuosa torre con identidad propia que se yergue soberana sobre la pequeña urbe.

De igual manera, Wels se da la mano con la modernidad al

poseer una gran variedad de tiendas, de restaurantes, de bares y de cafeterías que se encuentran en la zona céntrica y, por la cual, precisamente en este momento, Josefina camina con las manos introducidas en los bolsillos de su chaqueta de color marrón.

Han transcurrido algo más de dos semanas desde que él le robó ese incomparable beso en la estación de trenes, y también, desde que le hizo perder la cabeza con sus magníficas y desconcertantes apreciaciones sobre la vida, sobre la literatura y también sobre el amor. Porque ese hombre, al que evoca en cada uno de sus pasos, no se asemeja a ningún otro que haya conocido antes y, por ende, aún no se logra explicar cómo él, siendo quien es, se haya terminado fijando en ella pudiendo dedicarle su tiempo a cualquier otra mujer, obviamente, con una vida muchísimo más interesante de abordar y de conocer.

Sonríe a medias mientras frunce el ceño y sigue caminando dejando la enorme torre de Wels atrás, desde la cual, cuando subes a ella, puedes apreciar todo lo que encierra esta hermosa ciudad llena de flores y plantas verdes, pero que ahora se encuentra teñida de blanco debido a la nieve que por la noche ha caído en ella. Y suspira, recordando lo que él le ha manifestado nada menos que esta mañana cuando la ha despertado con su inigualable tono de voz, el que logra hacerla estremecer cada vez que consigue colarse de tan particular manera por cada uno de sus oídos.

“Muy temprano he desayunado un Melange a tu salud y le he añadido una masa dulce de hojaldre con manzanas. Adivina por qué lo he hecho... Sí, estás en lo cierto, porque en todo este tiempo no he

dejado de pensar en ti. Y también debo confesarte que se me antojó porque de alguna forma necesitaba tenerte cerca y recordar la charla que mantuvimos en aquel café. Al igual que tu sonrisa, Jo, al igual que tus ojos castaños. Al igual que tu dulce cadencia, tu bello rostro y esa forma tan especial que tienes de evadir mis preguntas dejándome, evidentemente, sin respuestas.

Quiero que sepas que todo va bien con respecto a mi trabajo y a las presentaciones. Josef está haciendo su trabajo demasiado bien, y gracias a él todo está saliendo a pedir de boca. Debería estar muy contento y satisfecho con lo que ha acontecido. Lo sé. Debería sonreír más a menudo y pensar más en mí, pero... por alguna extraña razón no he conseguido hacerlo. Algo me lo impide. Y ese algo, estoy del todo seguro, tiene mucho que ver contigo.

Disculpa mi exagerada honestidad, pero soy un hombre que sigue siendo fiel a ella. Por ende... también quiero que sepas que ya ansío regresar a Wels. Sí, no imaginas cómo me gustaría estar mirándote a los ojos en este momento..."

Josefina vuelve a suspirar cuando su teléfono comienza a emitir una característica melodía. Abruptamente, detiene su andar, y con torpeza logra quitarse de su mano izquierda el guante que la cubre, para con su extremidad, tibia y desnuda, coger rápidamente el móvil desde el interior del bolsillo de su abrigo.

—¿Hola? —Contesta un tanto recelosa porque no ha logrado reconocer el número que segundos antes ha invadido la pantalla.

—Hola —le responde de vuelta una masculina voz que le hace añicos su escasa concentración—. Dime, por favor, que no estás

ocupada y que no estoy interrumpiendo algo importante con el señor Gallart.

Ese timbre... esa melodía... esa voz... Simón...

—No estoy ocupada —le asegura, esbozando en su semblante una sonrisa de auténtica felicidad y satisfacción, una que se dibuja espontáneamente en sus labios a causa de las llamadas que él le realiza a diario—. De hecho, hoy he salido más temprano de lo habitual debido a sus extraños y misteriosos planes de último momento.

—¿Extraños y misteriosos planes de último momento? —Replica sin dejar de sonreír—. ¿Todo va bien?

—Sí, eso me ha dado a entender, pero sin entregarme mayores detalles.

—Me alegra saberlo, Jo. Entonces, eso quiere decir que... ¿te diriges a casa?

—Así es. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, por la sencilla razón de que me preocupo por ti y también por tu salud. Ah, espero que estés muy abrigada. Cuando la nieve cae en Wels el frío es aterrador.

—¿Y tú como sabes que...? —De pronto, ha guardado silencio. Un mutismo que ha sido coronado por un largo y extenuante suspiro que, a través del móvil, ha emitido Simón.

—¿Hoy ha nevado? —Concluye su frase—. Quizás, se deba a que lo estoy viendo a mi alrededor.

“¿Derredor?”, se pregunta consternada, sobreexcitada y ciertamente asombrada por lo que ha oído de golpe.

—¿No me vas a preguntar dónde me encuentro específicamente?

De hecho, quiere hacerlo, desea hacerlo, ¡ansía hacerlo!, pero algo se lo impide. Y ese algo es... su indiscutible y arrolladora conmoción que ha conseguido quitarle hasta el habla.

—¿No me vas a preguntar por qué no te he dejado de admirar a la distancia cuando debería, más bien, haber corrido de inmediato hacia ti para abrazarte?

—¿Dónde estás? —pregunta como si ese par de palabras fuesen para ella una verdadera y agonizante súplica.

—Atan solo un par de pasos de ti. Vuélvete y podrás verme —le sugiere, finalizando la conversación. Ella así lo hace, escuchando la gravedad de su cadencia que se cuelga de inigualable manera por sus oídos, como si ésta fuera un fiero rugido con el cual ha pronunciado su nombre a la distancia.

—Estás... aquí —murmura incrédula, clavando su mirada en su cuerpo que viste de traje oscuro y obteniendo de vuelta una prominente sonrisa suya que le abulta de sobremanera el corazón—. Realmente... ¡Estás aquí, Simón!

—En carne y hueso, y en casa como te lo prometí —le recuerda fascinado al tener en sus manos la dicha de volverla a ver—. Te lo comenté esta mañana. ¿No lo recuerdas? Te manifesté que solo ansiaba regresar lo antes posible para mirarte a los ojos.

—Y... ¿Tan solo volviste a Wels para eso? —Formula con su característica ingenuidad, esa de la que él adora empaparse como si fuera lo más maravilloso de este mundo.

—Bueno, en parte —le revela—, pero también porque necesito y

quiero besarte otra vez para brindarle más tranquilidad a mi alma. Una que se me ha hecho muy esquiva gracias a ti, por lo demás. Así que... no sé si estás de acuerdo con que lo haga, pero la verdad poco me importa, ya que pretendo robarte algo más que un par de besos —sonríe de una traviesa manera, plantándose finalmente frente a ella para contemplarla en todo su esplendor, como tantas veces soñó que sucedería—. No quiero asustarte, Josefina, no quiero que pienses mal de mí y de cada uno de mis actos —quedamente, desliza una de sus fornidas extremidades por sobre su abrigo, a la altura de su cintura, para atraerla con ella más y más hacia sí—. Por favor... no quiero que pienses que soy un infeliz que solo desea aprovecharse de ti cuando... —suspira prominentemente—... soy solo un hombre que quiere estar contigo.

—¿Conmigo? Pero... no me conoces, y... ¿Por qué? ¿Qué fue lo que te hice para que quieras hacerlo?

Simón acerca su boca a sus labios en un roce intencional mientras que, con su mano libre, asciende hasta alojarla en el contorno de su barbilla, a la cual no cesa de acariciar con ternura y agrado.

—Eso es lo que pretendo averiguar en este momento con tu permiso o sin él. Además, ¿sabías que la vida es demasiado corta para pensar demasiado y tras ello, dejar pasar todas las posibilidades que nos regala?

—¿Cómo ésta, señor escritor? —Le susurra, dulcemente, perdiéndose en la cuenca y la belleza de sus ojos claros que irradian una incomparable luminosidad que, a cada segundo, parece deslumbrarla.

—Precisamente, tal y como ésta, señorita Calvet —le asegura ya

colmándola con su aliento abrazador, el que la hace temblar de nerviosismo y también de ansias—. Una que fue hecha tan solo para mí.

—¿Y cómo estás tan convencido de ello?

—Porque soy yo quien te tiene aferrada a mi cuerpo con mis brazos. Y porque soy yo quien, a partir de este momento, no te dejará ir a menos que tú así me lo pidas —y después de esas palabras que le profiere, y de solo un par de segundos en que sus miradas se confunden en una sola, Simón termina posando sus labios sobre los suyos para beber de ellos, para saciarse de ellos y para volver a sentir su calidez, su dulzor y la magia que vuelve a apoderarse de sus cuerpos en ese increíble instante que para ambos ya no tiene precio ni comparación. Y al que Josefina se sujeta con su vida, entregándose a su avasalladora lengua que la penetra y hace estragos en su boca, y también en cada centímetro de su piel, como jamás pensó siquiera que lo haría un beso. Sí... un beso suyo que, en definitiva, le da a entender que, tal vez, para ella sí exista, después de todo, un nuevo comienzo. Y lo certifica cuando Simón le vuelve a murmurar —sin dejar de sonreír y, también sin dejar de besarla—, una significativa frase que termina por acelerarle los latidos de su corazón.— ¿Sabías que tengo ganas de quedarme así, para siempre?

—¿Para siempre? —replica, embobada.

—Sí —esta vez pega su frente a la suya buscando, a la par, sus manos, las que entrelaza, delicadamente—. Tengo ganas de quedarme así hasta que el cielo termine cayendo sobre mí. Dime, ¿crees que estoy pidiendo demasiado?

—No —traga saliva cuando una hermosa sonrisa vuelve a

florecer en sus labios—. No creo que estés pidiendo demasiado.

—Que bien, porque ya me estaba preocupando y haciéndome a la idea de oír tus maravillosas apreciaciones sobre ello.

Ríen divertidos, cuando él vuelve a robarle un par de besos que ella no deja de corresponder.

—Entonces, si no pido demasiado, tal vez yo pueda... —roza el puente de su nariz con la suya en la cual, tiernamente, termina depositando uno de sus cariñosos besos—... pedirte un gran favor.

—¿Un gran favor?

—Sí, un gran favor —replica Simón, levantando sus unidas extremidades hasta alojarlas a la altura de su boca.

—¿Y qué favor es ese? ¿Quieres que me encargue de alguna nueva presentación de uno de tus libros? Me han dicho por ahí que soy muy buena en eso.

—Te aseguro que eres la mejor. No me cabe la menor duda de ello. Pero también puedo aseverar que lo que te pediré es algo mejor que eso.

—¿Algo mejor que eso? ¡Anda, dime qué es! —exclama ansiosa y ya perdiendo la serenidad que tanto la caracteriza.

—Se trata de... que consideres tú también la posibilidad de quedarte así, conmigo, —subraya—, hasta que el cielo decida caer sobre nosotros dos.

Consternada por lo que le ha pedido, decide guardar silencio mientras oye el ruido de los coches que transitan a su alrededor. Y también, mientras escucha el sonido de su respiración, la cual se ha agitado, inevitablemente. Porque Simón está nervioso y eso lo logra

evidenciar por la forma en cómo la admira al tiempo que abre y cierra los labios como si deseara agregar algo más a aquel inesperado ofrecimiento.

—Jo... —espera una pronta respuesta que ella no se anima a articular—. ¿Crees que estoy pidiendo demasiado?

—Sí —le responde muy honestamente y desde el fondo de su corazón—. La verdad, estás pidiéndome algo que no sé cómo entregar.

—Lo sabes —le confirma, decidido—. Sí sabes cómo hacerlo, pero si lo has olvidado con mucho gusto te lo recordaré yo. Lo hiciste desde el día en que nos conocimos. Desde aquel exacto día en que te sorprendí cantando y bailando al ritmo de *Keane* al interior de Tres Almas. Desde aquel instante en que me miraste a los ojos, te sonrojaste avergonzada y me dedicaste la más hermosa sonrisa que yo hubiese visto jamás. Y también, desde que te alojaste dentro de mi pecho sin que yo me diera cuenta de ello.

Tras lo que ha escuchado no deja de temblar, aterrada.

—No voy a obligarte a nada, lo sabes, pero tampoco quiero que por mi culpa te apartes de mí. Solo sentí la necesidad de decírtelo porque sin saberlo, sin quererlo o buscarlo, Jo, te he echado muchísimo de menos, tanto que apenas he bajado del avión he tomado un tren directamente hasta aquí. Te preguntarás el por qué, ¿verdad? Te preguntarás debido a qué ha sucedido. Y yo solo puedo responder en mi defensa que ha sido solo gracias a ti.

Se estremece aún más sin saber qué hacer o qué decir en ese incómodo y la vez increíble momento de su existencia. “¿Estaré soñando?”, se pregunta y se vuelve a preguntar sin querer apartar su

mirada de la de quien la observa algo más que preocupado y expectante. “Sí, debo estar soñando el más hermoso sueño de toda mi vida”, se responde cuando él vuelve a repetir...

—Lo siento mucho. Lamento haberte abrumado con mi sinceridad.

Desilusión... eso es lo único que consigue ver a través de sus ojos claros cuando Simón ha decidido clavarlos en el piso.

—Sé que no vas a obligarme a nada —le contesta cuando ha conseguido alzar otra vez la voz, desenmudeciendo—. Y sé también que cada palabra que me dices no sale de aquí —roza dos sus dedos contra sus labios y la barba que los rodea—, cuando más bien lo hacen desde acá —y ahora desciende con ellos hasta depositarlos en su pecho, a la altura de su corazón—. Y te lo aseguro, no hace falta que yo sea una adivina para certificarlo.

Logra, con ese enunciado, que Simón vuelva a alzar la cabeza, dejándola caer sobre la luminosidad de su mirada. Y después de ello, logra también que éste le sonría, advirtiendo cómo deposita su otra mano sobre una de sus mejillas al tiempo que la comienza a acariciar.

—Y también sé, que para ti ni para mí es este el mejor momento. Yo...

Inesperadamente, vuelve a besarla con pasión, una que parece salir expedida por cada poro de su cuerpo mientras nota como ella se deja llevar por sus labios, por cada uno de sus gestos y movimientos, y también por lo que siente por él. Porque, la verdad, algo muy fuerte le dice que sí siente algo por él y que también se siente atraída por sus sentimientos, pero claramente no se anima a confesarle los suyos, tal vez, por temor, vergüenza o a quedar como una ilusa frente a un loco

que ya no tiene remedio.

—Está bien —le murmura entre beso y beso que le da, y de los cuales no desea saciarse—. Está todo muy bien, señorita Calvet.

“¿Lo está?”

—Porque eso me obligará a... —muerde delicadamente uno de sus labios, haciéndola jadear al instante—... conquistarla a la vieja usanza. ¿Le parece bien?

Josefina abre los ojos como platos debido a lo que ha dicho tan conscientemente.

—¿Sorprendida? —Simón le otorga un guiño del cual se queda prendada—. No me mires así, ¿o qué? ¿Pensaste por un momento que, con respecto a ti, yo iba a tirar tan pronto la toalla?

Un impresionante silencio se instaure entre los dos. Un profundo mutismo que Simón quebranta cuando le afirma con todas sus letras lo siguiente:

—Hazte a la idea que te voy a enamorar. Tal vez, no sea hoy, quizás, tampoco sea mañana ni pasado mañana, pero lo haré, sé que un día lo haré, y cuando eso suceda te aseguro que serás la mujer más feliz de este planeta.

—Creo que... —Josefina tiembla como un flan entre sus brazos—... necesito un...

—¿Melange? —Le sugiere al instante.

—No. Un Melange no, Simón, sino algo más fuerte que eso.

—¡Vaya, vaya! —Atraído por su inusitada respuesta, sonríe sin dejar de hacerlo—. Pues vamos por ello. ¡Qué nos detiene! ¿Nuestro

destino? Claro que no, porque ese camino lo edificamos nosotros mismos. Ahora dime, ¿qué te parece si el señor escritor aquí presente te invita un trago? ¿Estaría bien para ti? ¿Sería el momento adecuado?

Asiente de inmediato, sorprendiéndolo y, a la vez, encantándolo con ese simple gesto que ha realizado con suma decisión.

—Muy bien, Josefina Calvet. Pero dime, ¿qué nos aprestamos a celebrar?

—Nada menos que, en tan solo un segundo, usted ha conseguido espantarme el alma.

Virginia yace en los brazos de su hermana y su sobrina mientras el señor Gallart, situado muy cerca del acceso a esa sala, despide a su esposa que se apresta a abandonar la unidad de cuidados intensivos pidiéndole ésta, por favor, que ante cualquier novedad que se suscite con respecto a Josefina la llame de inmediato. Él asiente, dándolo por hecho, recibiendo un caluroso abrazo de su parte seguido de un beso y un adiós con el cual termina marchándose de su lado.

Suspira, cierra los ojos y baja por un momento la cabeza hasta que la vuelve a levantar. Y luego de ello, voltea su cuerpo para que éste quede ahora en dirección a las tres mujeres que se consuelan mutuamente y sin descanso. Las observa evocando pasajes de su propia existencia, los cuales tienen mucho que ver con Marco, su hijo. Y asimismo, piensa en Jo mientras teme por lo que eventualmente pueda llegar a suceder con ella.

Traga saliva con dificultad debido a un nudo agrio que se le ha alojado en la garganta, y también pretende mantenerse sereno, aunque deduce por los lamentos que oye y la profunda tristeza que ve y percibe a su alrededor, que el panorama no es del todo alentador

para ninguno de los que allí se encuentran presentes.

Inhala prominentemente al tiempo que da un par de pasos hacia las tres mujeres que se encuentran sentadas sobre un sofá.

—Lamento interrumpirlas —con ese par de palabras llama la atención de la madre de Josefina quien, en escasos segundos, ha alzado la mirada para conectarla con la suya—, pero quisiera saber cómo se encuentra, por favor.

La mujer lo observa, se limpia las lágrimas que no cesan de nacer por las comisuras de sus ojos e intenta, temblorosamente, levantarse del sofá donde se halla sentada. Pero su hermana la detiene, apartándose al instante, y también, para otorgarles un poco de intimidad para que puedan charlar tranquilamente y a solas.

Virginia asiente cuando un prominente suspiro se le arranca del pecho.

—Mi esposa acaba de marcharse y me ha pedido como un favor personal que ante cualquier noticia no dude en llamarla. Está muy preocupada por el estado de Josefina, al igual que lo estoy yo.

—Muchas gracias, señor Gallart, pero no era necesario que se quedara. Debió acompañarla y...

Cariñosamente, y sin que ella lo advierta, le toma la mano en la cual termina dándole un par de palmaditas.

—Josefina está aquí —le recuerda, interrumpiéndola—. Esa muchachita ya es parte de mi vida y no puedo abandonarla, menos cuando más nos necesita. Dime cómo está —le pide, serenamente—, pero hazlo sin omitir un solo detalle, por favor, por muy duro que esto sea.

—Muy mal —le confiesa en un murmullo cuando se ha aferrado a las tibias manos de él que aún yacen detenidas sobre las suyas—. Mi hija... su accidente fue... espantoso. El coche la golpeó con tanta fuerza que su cuerpo... —aspira a mantener una entereza que no posee, menos en este crucial momento de su existencia cuando desea relatarle todo lo que el médico ya le ha explicado con anterioridad—... fue azotado violentamente contra la fría calzada provocándole una hemorragia y un traumatismo de cráneo muy severo que la tiene totalmente inconsciente y con una incapacidad para despertar.

—¡Dios mío! Su estado es... ¿Crítico?

—Sí —pronuncia como si no deseara admitirlo.

—¿Ha entrado en coma?

Niega con su cabeza un par de veces antes de proseguir.

—Aún no, pero su estado sigue siendo demasiado delicado, y ya no sé qué hacer o a quien recurrir y suplicar con todas mis fuerzas para que me la devuelvan sana y salva. —Rompe a llorar como una niña pequeña, desconsolada y asustadiza, al tiempo que el señor Gallart la conforta en un contenedor abrazo.

—Josefina es fuerte, Virginia. Tu hija es una luchadora innata. Ya verás que...

Alza su cabeza con su vista enjuagada en lágrimas para decirle:

—La violencia del impacto le ha provocado muchísimo daño neurológico, y después de ello no ha presentado un solo estímulo positivo. Me niego a asumirlo, señor Gallart, me niego a creerlo, pero, por ahora, el real estado de su cuerpo es... vegetativo.

Pedro se queda de una pieza al oír lo que le ha confesado con

tanto dolor. Uno que le traspasa la piel y le cala los huesos de soberana manera.

—Los médicos ya no pueden hacer nada. Me han informado que solo nos resta esperar... —aprieta los párpados, uno contra otro, con muchísima fuerza, al igual que lo hace con cada una de sus manos, cerrándolas en impenetrables puños.

—Esperar qué, Virginia. ¡Esperar qué!

—Que Dios haga su voluntad sobre ella.

Ahora es él quien mueve su cabeza de lado a lado en forma de negativa, sin poder controlar los continuos estremecimientos que invaden a su avejentado y cansado cuerpo que parece derrumbarse segundo a segundo y palabra tras palabra que consigue asimilar.

—Virginia no digas eso...

—Usted me lo ha preguntado y yo solo le he comunicado la verdad, una que le he omitido al muchacho que se encuentra con ella para no infringirle más sufrimiento del que ya padece y le daña el alma.

Ambos guardan un estricto silencio, hasta que Virginia decide retomar la charla, añadiendo:

—Dígame... ¿Qué voy a hacer sin mi hija? ¿Cómo podré seguir viviendo sin tener lo que más amo a mi lado? Ya me arrebataron a su padre de una cruel manera y no puedo permitir que ahora me desgarren, despiadadamente, mi corazón. Es mi pequeña, señor Gallart. ¡Es mi niña la que está sufriendo al interior de esa habitación sin que yo pueda hacer nada por remediarlo!

Se observan sin nada que acotar hasta que Virginia se derrumba en sus brazos, vociferando desesperada.

—¿Cómo? ¿Cómo podré seguir adelante con este dolor que me quema por dentro?

—Con valentía —le responde con suma decisión—. Con coraje y con tesón. Tal y como lo has hecho todos estos años. ¡Josefina te entregó lo mejor de sí y tú ahora se lo estás negando adelantándote a los hechos!

Lo admira incrédula sin concebir lo que le ha expresado con tantas ansias.

—¡Josefina no va a morir! ¿Me oyes? ¡Tu niña va a despertar de su sueño!

No cesa de llorar ante sus exaltadas palabras, cuando las manos del señor Gallart se han posado en cada una de sus extremidades para con ellas hacerla reaccionar.

—Y tú, ¿la estás abandonando? ¿La estás dejando partir? Ella está luchando con todas sus fuerzas, la conozco muy bien para asegurarlo. ¡Sé que Josefina está peleando ahora mismo con su propio destino para quedarse definitivamente en este mundo!

—¿A qué costo, señor Gallart? Dígame... ¿A qué maldito costo? —Vocifera alterada al mismo tiempo que el médico de turno se ha hecho presente en aquel salón, interrumpiéndolos.

—Señora Calvet, discúlpeme, pero tenemos que hablar —se detiene frente a ambos, sin dejar de admirarlos en un perturbador y casi brutal silencio—. Los resultados de las pruebas de rigor ya están aquí. El especialista me los ha entregado junto con el diagnóstico final. ¿Tiene un minuto?

Al oírlo, Virginia se levanta con prontitud luego de haberse

llevado la manga de su blusa hacia su rostro para limpiarse con ella su humedecido semblante.

—¿Qué dicen esas pruebas, doctor? ¡Qué sucederá con Josefina! —exclama con unas ansias abismantes cuando su pulso se acelera al igual que lo hacen los latidos de su corazón—. Son buenas noticias, ¿verdad? ¿Mi niña ya va a despertar de su sueño? —Articula con fe y con esperanza entrelazando, nerviosamente, los dedos de sus frías manos.

—Qué más quisiera yo que así fuera —el médico suspira perdiéndose en la profundidad de su empapada mirada—. Lo siento, pero... lo que quiero que escuche y comprenda no son precisamente buenas noticias, señora Calvet, sino todo lo que, eventualmente, podría llegar a ocurrir con Josefina.

Simón no ha cesado de hablarle y de acariciarla en todo momento, guardándose solo para sí su inminente dolor. Del mismo modo, se ha apartado de su semblante las lágrimas que por él no han dejado de rodar, fieras, altivas, rebeldes. Una a una les ha puesto fin antes de que éstas lleguen a rozar con su frondosa barba. Y también, de la misma manera, lo ha hecho con sus pensamientos. ¿Por qué? Porque solo ambiciona elevarlos hacia un único fin, ese prometedor futuro que los espera a los dos muy lejos de este sitio, para ser felices, para entregarse sin ataduras y para expresarse una y otra vez un “te amo sin condición”.

Jo ha escuchado de principio a fin todo lo que él ha seguido manifestándole y por la misma razón ha decidido apartarse de su lado. Ahora, situada junto a la ventana del cuarto, lo contempla sumida en un

absoluto mutismo y también envuelta en un miedo que, con el correr de los minutos, se ha acrecentado en su interior convirtiéndose en pavor. Porque jamás creyó que sería tan importante para una persona que no fuera su padre, su madre o algún familiar cercano. Porque jamás imaginó que alguien la amaría con todo su corazón al grado de quedarse todo el tiempo que fuese necesario a su lado. Sí, un preciado tiempo que se le estaba escapando y nada menos que por entre los dedos de las manos.

De pronto, un pequeño, pero punzante malestar en su pecho le advierte que algo no va del todo bien. Se queja debido a ello. Sí, inevitablemente lo hace al tiempo que una voz masculina, a su espalda, consigue atraer toda su atención.

—¿Podemos hablar? —inquire Caleb, sin siquiera sorprenderla.

—Ya lo estamos haciendo —le responde Jo, frotándose el pecho con una de sus manos, como si tuviera algo alojado en él.

—No quise inmiscuirme antes. Creí que lo mejor era otorgarte algo de intimidad con quien ahora se encuentra contigo.

—¿Intimidad? —manifiesta con ironía—. ¿Para qué? ¿Si no logra verme, menos oírme? Podría bailar o, incluso, hasta cantar una patética melodía y aún así ni siquiera se enteraría de ello. ¿Y tú me hablas de intimidad?

Caleb exhala. Sabe de sobra que está enfadada, pero no con él sino, más bien, consigo misma y la situación de la que forma parte.

—Simón no debería estar sufriendo por mi culpa.

—Y tú no deberías estar furiosa.

—¡Pero lo estoy! —Le grita con fuerza y sin disimularlo—. ¡Sí, lo estoy porque él, mi madre y unas cuantas personas más están sufriendo por mí sin saber si despertaré o volveré a ser la misma de antes!

—Jo...

—Porque si abro los ojos volveré a ser la misma de antes, ¿verdad? —le pregunta sin tomarse un solo respiro—. Volveré a trabajar en la librería con el señor Gallart, retomaré mis clases en la facultad, seguiré apoyando a mi madre en todo lo que esté a mi alcance, visitaré a Estela y juntas pasearemos como cada lo hacemos cada sábado y...

—Josefina...

—Cuando llegemos a la Torre de Wels, Simón estará ahí, esperándome para subir a ella. Escalón tras escalón ascenderemos para ver desde lo alto toda la magnificencia de la ciudad y lo que la rodea. Y él me abrazará, ¿sabes? Lo hará muy fuertemente, y yo feliz me dejaré caer en sus brazos mientras mi voz le susurra un... —pero, de pronto, se detiene, y lo hace porque a lo lejos ha oído la voz de su madre seguida de angustiantes gemidos y chillidos que emite con desesperación. Rápidamente, clava la mirada en su propio cuerpo que yace en la cama y también, rápidamente, rueda los ojos hacia la figura de Simón que besa sus manos mientras continúa acariciándola y hablándole hasta perder el aliento.

—¿Por qué llora? —Formula con ansias sin mirar a Caleb—. ¿Por qué mi madre grita? ¡Respóndeme! ¿Por qué vuelve a derrumbarse así? ¿Por qué tiene que sufrir de esa manera?

—Cálmate, Jo.

—¿Cómo me pides calma si la oigo llorar como si alguien le hubiese roto el alma en mil pedazos!

Caleb guarda silencio.

—Dime qué le han dicho. ¡Dime qué le ha sucedido! ¡Dime quién le ha roto algo más que su corazón!

—Tú misma —le confiesa sin preámbulos, acallándola—. El médico ya la ha puesto al tanto de tu situación.

Parpadea mientras su pecho le duele cada vez más. Lo masajea, pero ahora lo hace con fuerza, como si en él tuviese algo inmensamente atragantado que ya no le permite respirar con facilidad.

—¿Qué has dicho? ¿Qué se supone qué has dicho?

—Lo que sucederá contigo cuando consigas despertar.

—¿Cuándo consiga despertar? ¡Voy a despertar! —Le asegura, encarándolo, y ya caminando hacia él—. ¡Que no te quepa duda de que voy a salir de ésta!

Caleb no la mira. De hecho, solo tiene ojos para Simón y también para ella o, mejor dicho, para su cuerpo adormecido.

—No será fácil, Jo.

—Lo sé.

—No. No lo sabes —le rebate.

—¡Sí, lo sé! —Le planta en el rostro cuando el pitido del monitor cardíaco empieza a subir cada vez más en intensidad—. Voy a despertar. ¡Yo voy a despertar y cuando eso suceda...!

—Tendrás que comenzar desde cero —le confiesa para su grandísima sorpresa, posando otra vez sus ojos verdes sobre los

suyos—. Desde cero, Jo.

¿Desde cero? No sabe a qué se refiere con eso cuando la voz de Simón, muy exacerbada y fuera de sí, se ha hecho audible una vez más debido a la evidente desestabilización que sufre una de las máquinas que la monitorean.

—¿Josefina? ¡Josefina qué tienes!

Pero ella no logra centrar su vista en él, menos tomar en cuenta cada una de sus interrogantes cuando solo tiene ojos y oídos para Caleb, quien prosigue, diciendo:

—Lo siento.

—¿Lo sientes? No. No lo sientas, maldita sea, ¡y solo sal de mi camino! —Y como un furioso vendaval desatado, sale de la habitación al mismo tiempo que Simón advierte en su anatomía violentos espasmos que, de increíble manera, consiguen arrebatarse el habla, aterrorizándolo, por lo que no cesa de observar con evidente angustia y temor.

—¡Por Dios, qué tienes! ¡Qué te ocurre! —Grita y no deja de gritar cuando ya ha procurado dar la alarma apretando muchas veces el botón de llamada que se encuentra adosado al muro, por sobre la cama.

Ágilmente, Josefina corre por el pasillo en dirección hacia su madre cuando contra ella un par de profesionales de la salud lo hacen de la misma manera, pero hacia su habitación. Su pecho ya le duele demasiado y se obstruye cada vez más. Puede notarlo, puede advertirlo, pero eso no es un obstáculo para ella, hasta que logra llegar a la sala de la unidad de cuidados intensivos en la cual halla a

su madre devastada en los brazos del señor Gallart, quien la consuela, quien le pide serenidad y quien le exige muchísima fortaleza y valentía, pero... ¿Para qué? ¿Qué saben ellos que ella desconoce?

Coloca sus manos en su cabello cuando la voz de Caleb otra vez se ha hecho audible, pero a su espalda. Está llamándola. Ha pronunciado su nombre pretendiendo mantener la charla, una que ella no desea entablar. ¿Por qué? Porque solo quiere entender qué diablos ha sucedido para que su madre llore así, tan desconsoladamente.

—Mamá, no llores —le pide, jadeando—. Mamá, deja de sufrir, por favor —se acerca, se arrodilla en el piso, alza su izquierda extremidad queriendo tocarla, tal y como lo hizo en un primer momento—. Voy a despertar, ¿me oyes? Solo dame un poco de tiempo para abrir los ojos y verte otra vez.

—¡Por qué, señor! ¡Por qué le haces esto! —Grita Virginia, impetuosamente—. ¡Qué fue lo que te hizo para que quieras dañarla así?

—¡Dios no quiere dañarla! ¡Compréndelo!

—¡Y por qué la maldice de esta manera!

“¿Maldice?”

Su fría mano se sacude al grado de no poder controlarla.

—¿Por qué debe pagar así? ¿Por qué Dios se ensaña con mi hija de esta manera?

—¡Virginia cálmate, por amor de Dios!

—¡No tiene derecho a exigirme que me calme, señor Gallart! ¡No es su hija la que está postrada en esa cama! ¡No es su pequeña quién

lucha por su vida! ¡No es su niña la que quedará en estado vegetativo para siempre!

“Desde cero”... El enunciado de Caleb cobra más y más fuerza y sentido tras las palabras que ha pronunciado su madre.

—¡Tenía una vida, señor Gallart! ¡Tenía toda una vida por delante para ser feliz!

Tenía... Su madre ha pronunciado ese par de oraciones en tiempo pasado. Eso quiere decir a grandes rasgos que... ¿Ya no la posee? ¿Que la ha perdido? ¿Que se ha quedado, quizás, en otro lugar? Pero ¿dónde? ¿En qué sitio? ¿Dónde se ha quedado alojada esa vida que se le arranca de las manos de tan rápida manera?

Y lo comprende... de una forma un tanto perturbadora e inusitada logra entender a qué se ha referido Caleb cuando ha expresado al interior de su habitación la frase “desde cero”.

—No —chilla con furia—. ¡No, no y no! —repite como un mantra—. ¡Una y mil veces no! —Grita, rasgándose la garganta al tiempo que cientos de difusas imágenes han regresado a su mente como por arte de magia, consiguiendo que se levante del piso y logre retomar su loca carrera por el pasillo con Caleb siguiéndola de cerca.

—¡Detente, Jo!

Lo oye, pero no quiere hacerle caso porque solo tiene ganas de correr y correr hacia la salida del hospital para abandonarlo de una buena vez y para siempre, lejos de todo, lejos del dolor, lejos de lo que está sucediendo y lejos de la agonía que le está provocando a cada uno de los seres a los que ama tanto.

—¡Jo, por favor! ¡Detente!

Pero ya no hay nada que pueda detenerla cuando, a la distancia, consigue vislumbrar las puertas, su salida y su escape fuera de este lugar. Y cuando llega a ellas e intenta traspasarlas, tal y como lo hizo con anterioridad, como un ente fantasmal, se da cuenta que con éstas no sucede lo mismo. Porque, irremediamente, la frenan como si fueran un grueso e impenetrable muro de contención, golpeándola, encerrándola y conteniéndola a la fuerza y en contra de su voluntad.

—¡Quiero salir de aquí! —Vocifera encolerizada—. ¡Qué alguien me saque de aquí por amor de Dios! —Golpea los cristales con las palmas de sus manos—. ¡Por favor! ¡Que alguien me saque de aquí! —replica llorando a mares mientras las golpea con más y más fuerza—. ¿Alguien me oye? ¡Se los suplico! ¡Ayúdenme! ¡Estoy aquí! ¡Aún sigo aquí! —Y, de pronto, sucumbe ante el dolor que le quema la garganta, la piel, el torso, y cae al piso de rodillas agachando la cabeza al mismo tiempo que ha logrado depositar sus manos sobre el frío suelo de la entrada principal—. ¿Qué... me... ocurre? —Le cuesta respirar... algo no anda bien. El dolor que percibe de pies a cabeza ya es intolerable—. ¡Me... duele! —Consigue balbucear, entrecortadamente. Se ahoga. Sí, Josefina se está ahogando y poco a poco percibe que sus pulmones dejan de trabajar—. ¡Me duele! —Clama presa de su propio pánico y del horror de imaginar que éste será su último aliento, aquí, ahora, en este recinto y a solas, cuando Caleb sorprendentemente ha llegado para sostenerla, para confortarla y para posar sus labios a la altura de uno de sus oídos y así murmurarle:

—¡Resiste, Jo! ¡Resiste! ¡Aún no es tiempo de tomar una decisión que te haga perder la esperanza!

Tiempo pasado.

La policía y el equipo médico se han hecho presentes en la escena del accidente. Ambos grupos desarrollan con muchísima agilidad su labor al tiempo que un transeúnte, situado junto a Josefina, se niega a abandonarla después de lo que ha visto y ante sus ojos ha sucedido de tan nefasta manera.

—Señor, ¿usted fue quien hizo la llamada de alerta?

—¡Sí! —Exclama muy nervioso y sin dejar de temblar.

—¿Podría contarnos qué fue lo que pasó?

—¡Un sujeto que manejaba un vehículo de color gris a exceso de velocidad la ha atropellado! ¡La chica está mal, se los aseguro! ¡Parece que ni siquiera respira!

—¿Lo ha visto todo, señor?

—¡Sí, lo he visto todo! ¡Ha sido fatal! ¡El maldito hijo de puta huyó dejándola aquí! ¡Ni siquiera se detuvo o bajó de su coche para prestarle ayuda!

Los paramédicos se miran entre sí advirtiendo, también, la sangre

que emana desde algún lugar del cuerpo de la muchacha que aún mantiene sus ojos algo abiertos y dilatados.

—¡Trauma craneal, hemorragia y un posible daño a la espina dorsal! ¡Al moverla tengan mucho cuidado!

—Ella solo caminaba... —prosigue el desconocido—... se disponía a cruzar la calzada cuando el coche apareció...

—¿Pulso?

—Muy leve, señor.

—¿Signos vitales?

—También leves, señor, casi no respira.

—¡Tenemos que sacarla de aquí! ¡Rápido!

—Se va a recuperar, ¿verdad? —Formula intranquilo al tiempo que se toma la cabeza con ambas manos—. Sí, sé que se va a recuperar porque solo caminaba... —repite, convencidísimo, cuando el personal técnico realiza frente a sus ojos el procedimiento de rigor—. ¡No puede morir! ¡No así! ¡Ella no hizo nada malo!

Tiempo presente.

“Han logrado estabilizarla” oye a lo lejos Pedro Gallart desde los labios de una de las mujeres que antes le cedió su sitio en el sofá, cuando se acercó para hablar con Virginia sobre el estado de Josefina. Y tras ello, suelta un prominente suspiro como si, de pronto, su alma hubiese vuelto a ocupar su lugar al interior de su cuerpo. Uno que termina apoyando contra la pared, cansado, aletargado, mientras deja caer la cabeza hacia atrás, dándole gracias a Dios por no habérsela llevado todavía consigo de este mundo.

Murmura algo más cuando, con disimulo, ha conseguido apartarse un par de lágrimas que han rodado por su avejentado semblante. Y luego de ello, ha alzado la mirada hasta depositarla en algo o, más bien, en alguien que ha llamado poderosamente su atención con su atolondrado caminar.

Lo admira como sitúa sus manos sobre su cabeza y revuelve con ellas su oscuro cabello. Está alterado, lo sabe, y también está iracundo, pero no con quien acaba de discutir, ni tampoco con quien le ha gritado al rostro con todas sus fuerzas que lo deje malditamente en paz y a solas.

Pedro Gallart se acerca a paso firme, y cuando se haya a tan solo unos centímetros de su imponente prestancia estira su brazo para con él tocar su hombro derecho, logrando con ese significativo movimiento que Tobías se gire por completo hacia él, para decirle:

—No pude hacer nada... tuve que dejarlo ir con todo su sufrimiento a cuestas.

—Estás aquí y él lo sabe —le responde con serenidad—. Ya haces suficiente quedándote a su lado.

Tobías no comprende qué quiere decir con ello.

—¡Pero me ha mandado al demonio una vez más! ¡Ni siquiera accede a que me acerque para darle un abrazo! ¡Para decirle que todo va a estar bien! ¡Qué estoy aquí, apoyándolo! ¡Soy su hermano, señor Gallart, soy su familia, y me duele verlo sufrir así!

—Lo sé, hijo. Créeme que lo sé —aprieta su mano contra su hombro y termina dándole un par de palmaditas en su omóplato derecho—, pero si realmente quieres ayudar a Simón otórgale unos

instantes para que consiga despejar su mente de toda esta agonía que le parte el alma y le hace trizas el corazón. Él necesita un poco de soledad antes de regresar. Te lo aseguro. Necesita pensar en muchas cosas antes de volver a poner un pie en este sitio.

Asiente de mala manera y mientras lo hace se desata con torpeza el nudo de la corbata que lleva puesta, la cual se aparta del cuello de la camisa unos minutos después. Y en silencio, desabotona los dos primeros botones de ella, para luego animarse a proseguir, diciendo:

—Dígame que ella...

—Han logrado estabilizarla —le confiesa, logrando que él suspire como si por mucho tiempo hubiese dejado de respirar—. La verdad, no sé lo que ha ocurrido ahí dentro, pero la muchacha que ves allí —admira a Estela a la distancia—, acaba de asegurarlo.

—¡Santo Dios! —Exclama Tobías, exhalando con aún más fuerza—. ¿Ha hablado con su madre? ¿Sabe algo más al respecto?

—Sí. Lamentablemente, sí.

Espera algo más que esa breve respuesta, la que obviamente demora en llegar, impacientándolo.

—Esa chica, señor Gallart, va a recuperarse, ¿verdad?

Pedro pierde la mirada en ningún lugar en especial. Acto seguido, abre y cierra la boca como si pretendiera decir lo que no consigue expresar.

—Por favor, hable de una vez. ¿En qué situación se encuentra Josefina?

Ahora, cambia el destino de su mirada para fijarla nada menos que en la totalidad de la suya.

—Deberás ser muy valiente —le aconseja con tristeza y desazón—. Tu hermano te va a necesitar. —Y sin nada más que acotar concluye esa breve conversación que, en esos escasos segundos, ha terminado silenciándolos a ambos.

Lentamente, Jo vuelve a despertar, pero cuando abre los ojos se da cuenta que Caleb ya no está a su lado y que ahora se encuentra tendida sobre un sofá en la sala de la unidad de cuidados intensivos donde, justamente, también se encuentra el señor Gallart.

Voltea la cabeza de un lado hacia otro buscando señas de su acompañante, pero a la distancia solo consigue ver a Estela como consuela a su madre y a ésta como se aferra con fuerza a los brazos de su tía. “¿Y Simón?”, se pregunta de forma automática. “¿Dónde está Simón?”, se vuelve a formular, cerciorándose de que ya puede respirar con un poco más de normalidad.

Mediante largos segundos, fija la mirada en la figura de su madre, pero luego la desvía hacia la del señor Gallart, quien se encuentra solo y de espaldas a ella, dando un par de pasos sobre su propio sitio. Luego, advierte que se ha metido una de sus manos en los bolsillos de su holgado pantalón y la otra la ha deslizado por su cano cabello. Está cansado, agobiado y muy nervioso. Seguramente, ni siquiera se ha tomado las pastillas para la presión. Claro, con todo el espectáculo que ella ha montado, ni tiempo ha tenido para eso.

Ahora, refriega sus ojos con sus avejentadas manos para, posteriormente, dejarlas caer por su semblante. Luego, lo oye susurrar algo que no consigue entender del todo, no hasta que logra ponerse de pie para caminar hacia él. Se coloca a su lado, lo admira con

atención, desea tanto escuchar su voz, sus consejos, su risa, cualquier cosa que la transporte a la realidad de la que ya no forma parte... pero no lo hace. Él ha preferido guardar silencio. Él ha decidido callar, negándole ante todo la posibilidad de volver a escuchar el sonido de su inconfundible cadencia.

—Lo siento —se disculpa así sin más y desde el fondo de su alma mientras entrelaza con torpeza los dedos de sus frías manos. Y así, agacha la cabeza, avergonzada, como si hubiese cometido un grave error para después clavar la vista en el pulcro piso de aquella sala, acotando—: una y mil veces, lo siento mucho, señor Gallart...

Y él, inesperadamente, y como si la hubiese escuchado, rueda sus ojos hacia ella tras suspirar, exponiéndole:

—La vida es dura... la vida es cruel... la vida, a veces, nos enseña a tomar decisiones, pero de la peor manera. ¡Ay muchacha! ¡Cómo me haces falta!

—Y usted a mí —le asegura, cuando ha levantado su mano para con ella tocar su extremidad, la que no consigue acariciar siquiera unos centímetros.

—¿Sabías que el ciclo normal de la vida es que un hijo despida a su padre o a su madre?

Asiente con tranquilidad y dándolo por sabido, como si ésta fuera una más de sus tantas y tantas charlas.

—Y no que un padre tenga que despedir a un hijo —enfatisa.

Traga saliva poniendo más atención a lo que él no cesa de pronunciar.

—Yo... tuve que dejar partir al mío en contra de mi voluntad. Por

un momento, me enfurecí y me odié por ello, pero después comprendí, solo gracias a él, que este trance que estaba viviendo no tenía por qué ser un adiós cuando, simplemente, significaba un “hasta luego” —cierra los ojos e inhala con prontitud antes de volver a abrirlos—. Por lo tanto, te pido que no tengas miedo.

La desconcierta. “¿Qué es lo que ha dicho?”

—No tengas miedo de tomar una decisión, sea cual sea la que elijas, porque si te quedas o si te vas ten por seguro que cada uno de nosotros te seguirá amando de la misma manera.

A Josefina se le corta el aliento y también percibe, por un instante, como logra detener con sus palabras su maltrecho corazón.

—Unos se marchan antes, otros nos iremos después, pero ¿sabes? Todos nos volveremos a encontrar en algún otro sitio. Estoy convencido de ello.

Se estremece, no puede evitarlo.

—Sé que me oyes... Sé que estás aquí... Aún no estoy del todo senil para dejar de percibir nuestra especial conexión, Josefina. Y sé también... —balbucea entre sollozos—... que daría todo de mí por volver a abrazarte en este momento.

—Lo sé, porque así lo siento.

Lo oye suspirar y lo ve como intenta sonreír a medias, como si la magia de ese particular y extraordinario momento le hubiese concedido el deseo de haberla escuchado, quizás, por última vez.

—Te quiero y te querré por siempre —sonríe y voltea el rostro hacia un lugar en especial. Sí, a ese preciso lugar en el cual se encuentra Josefina, quien lentamente comienza a dibujar en sus labios

una media sonrisa de satisfacción, de absoluta dicha y alegría que brota de sí con naturalidad mientras no cesa de llorar por lo que asombrosamente ha ocurrido—. Gracias por ser tan especial —agrega—. Gracias por dedicarme, y cuidar de mí, todos estos años. E, indudablemente, muchas gracias por dejarme formar parte de tu vida y hoy hacerme partícipe de tu destino —finaliza, cuando logran reflejarse, increíblemente, uno en la cristalina y humedecida mirada del otro.

La noche está estrellada. Así lo vislumbra Simón perdiendo la vista en ella y en toda su majestuosa inmensidad. Ha comprado cigarrillos y también ha conseguido encender uno y fumar después de muchos años de abstinencia. Lo necesita o mejor dicho cree necesitarlo, como a su soledad, su por ahora única compañía.

Piensa en Jo, rememora cada uno de los momentos que ha vivido a su lado y se pregunta por qué el destino tiene que ser así, tan cruel, tan despiadado e inhumano con un amor que estaba destinado a crecer, a madurar y tal vez, a ser eterno.

Sonríe con ironía cuando el frío de la noche ha logrado traspasar con creces el atuendo que lleva puesto. Y vuelve a darle otra profunda calada al cigarrillo que se consume cada vez más, dejando que la nicotina haga su trabajo invadiendo sus pulmones, quedamente, hasta que tras su espalda oye una masculina voz que lo perturba, que lo detiene, y que consigue hacerle voltear el rostro para, finalmente, admirarlo después de lo que ha dicho tan conscientemente.

—¿Sabía usted que el hábito de fumar mata en este continente a más de un millón cuatrocientos cuarenta mil personas cada año?

—De algo hay que morir, ¿o no? —Le responde al desconocido de ojos verdes que se ha plantado en una de las terrazas del hospital, la misma en la que él se encuentra en este momento.

—No en su caso. Usted no parece ser un fumador empedernido.

—Pues lo soy. Acabo de graduarme de ello.

Caleb sonrío y alza la cabeza hacia el estrellado y despejado cielo que no cesa de observar.

—¿Cáncer pulmonar, señor Busquets? No, no lo creo.

Rápidamente, Simón se aparta el cigarrillo de los labios cuando ha oído lo que él ha manifestado con tanto poder de convicción.

—Perdón, pero... ¿Usted y yo nos conocemos?

—No, pero ya tenemos ciertas cosas en común.

Enarca una de sus castañas cejas mientras comienza a ofuscarse, gracias a lo que él extraño no cesa de mencionar.

—¿Ciertas cosas en común?

—Así es. Usted y yo estamos aquí debido a un solo objetivo.

—¿Advertirme casualmente de mi futura muerte por fumar un maldito cigarrillo? —le contesta con ironía—. ¿O ha venido hasta aquí para joderme la noche con su presencia y no por mera casualidad?

—No, señor Busquets. Lamentablemente, lo primero no está en mis manos, sino en las suyas. Mi motivo fundamental aquí es otro y, créame, no es “joder” su noche por mera casualidad.

Simón vuelve a darle otra calada al cigarrillo antes de tirarlo al piso y hacerlo añicos con la suela de su zapato.

—Lo felicito, señor...

—Caleb. Solo llámeme Caleb. ¿Y por qué me felicita, señor Busquets?

—Por perturbar la soledad y el silencio abismante de mi maldita noche. Muchas gracias —le da la espalda e intenta marcharse, más no lo consigue.

—No debería estar aquí, sino ahí dentro —le sugiere de pronto, deteniéndolo, y sacándolo de sus casillas con rapidez.

—¿Qué sabes tú de lo que yo debería o no debería hacer con mi vida!

—Solo sé que el tiempo transcurre. Solo sé que el tiempo perdido cuando se va no regresa jamás.

Ambos guardan silencio hasta que Simón se atreve a transgredirlo con un desgarrador suspiro que no cesa de emitir.

—¿Debido a qué estás aquí? —Lo encara, admirándolo con soberbia. Pero esta vez, Caleb no responde al instante, no le sigue el juego, más bien se limita a callar y a meter las manos en los bolsillos de la chaqueta de cuero negro que viste.

—Te he hecho una pregunta. ¿Debido a qué estás aquí?

—No debido a qué, sino debido a quien —le corrige de la misma manera que lo hizo en alguna oportunidad con Josefina.

—¿Es ese tu motivo fundamental? ¿Un quién? O, en definitiva, ¿seguir jodiéndome la vida?

—Usted del mismo modo está aquí por un quién, ¿o me equivoco?

Muy disgustado y confundido, Simón frunce el ceño. “¿Quién

mierda se cree que es?", se pregunta, volteándose por segunda vez para darle la espalda.

—Sabía usted, señor Busquets, ¿qué hay personas que nos enseñan a crecer, otras que nos ayudan a vivir y otras que, a pesar del tiempo y de una obligatoria lejanía, se quedan en nuestros corazones para siempre?

Se marcha, ya no lo tolera, ya no desea oírlo más.

—No tengas miedo, Simón. Josefina te necesita.

Josefina... Él ha dicho Josefina.

—El tiempo no se detiene —continúa Caleb—. Desgraciadamente, por más que quieras adueñarte de él solo puedes usarlo. Y si lo pierdes, no volverá, aunque supliques por él, por más que ruegues a quien sea, no podrás recuperarlo —le recuerda al mismo tiempo que, un Simón encolerizado, se gira ágilmente hacia él para gritarle al rostro lo que no consigue siquiera articular. Porque todo lo que ve es el jardín sumido en penumbras y todo lo que oye es nada menos que la gélida brisa que se percibe por doquier, la cual le abofetea el rostro, sacudiéndoselo con dureza. Incrédulo, busca al desconocido con la mirada cuando el silencio vuelve a reinar a su alrededor. Desesperado y atormentado pretende dilucidar si ese momento ha sido real o provocado por su propia inestabilidad emocional que vuelve a hacer estragos en todo su cuerpo y en su mente cuando su hermano ha vuelto a aparecer, sobresaltándolo de la sola impresión que le ha ocasionado su repentina aparición en ese sitio.

—La han estabilizado por segunda vez —le comenta—. Tu chica... ha sufrido otro paro cardio respiratorio.

En cuestión de segundos, a Simón se le hielan la piel de una inigualable manera.

—Lo siento mucho, y no solo por lo que está sucediendo, sino por cómo me referí a ella sin conocerla. Perdóname, Simón. Sé que me merezco todo tu desprecio, pero créeme, estoy muy arrepentido.

—Deberías morderte la lengua más a menudo —le sugiere, aún buscando al extraño en medio de la oscuridad reinante del lugar.

—Sí, gracias por tu consejo. Lo llevaré a cabo.

Evitan hablar por un par de minutos hasta que Tobías, cansado del mutismo que lo embarga, vuelve a expresar:

—Estoy aquí si aún te sirve de algo. Y aunque tengamos ciertas diferencias, sabes muy bien que estoy y estaré siempre aquí para ti.

Simón rueda la vista hacia la suya al mismo tiempo que le confiesa, con lágrimas en los ojos, su incontenible pavor y lo aterrado que está por lo que, eventualmente, pueda llegar a suceder con Josefina.

—Quizás, a un hombre como tú o al resto del mundo le pueda parecer una locura o una estupidez lo que voy a decir, pero... no sé que voy a hacer si ella...

Al instante, su hermano camina hacia él para confortarlo en un abrazo.

—No está en tus manos su vida. La decisión de quedarse o de marcharse de este mundo es solamente de Josefina.

—¡Pero la amo! ¿Qué nadie logra comprenderlo? ¡A esa mujer la adoro con todo mi corazón!

—Debes dejar que decida. Compréndelo. Si llega el momento y así lo sientes... debes dejarla partir.

—¡No puedo! —Exclama, desconsoladamente, aferrándose a su recia anatomía—. ¡No me pidas eso porque no podré hacerlo jamás!

—Me dijiste que la amabas y la adorabas con todo tu corazón. Me comentaste con anterioridad que se estaba convirtiendo en lo más importante de tu vida. Josefina está sufriendo, ¿qué no lo notas? ¡No puedes ser tan egoísta para retenerla en esta vida cuando, tal vez, ella está destinada a vivir en alguna otra!

—¿Lejos de mí? ¿Lejos de todo el amor que le profesó y que jamás creí que llegaría a sentir por alguien más?

—¡Sé sensato y escúchame, por favor! —Lo aparta de sí con brusquedad, porque desea admirarlo a la claridad de sus ojos antes de volver a alzar el tono de su voz para manifestarle lo siguiente—: Deberás aprender a dejar ir lo que más amas en esta vida para algún día volver a encontrarla en alguna otra. ¡Créeme, Simón! ¡Sé que en alguna otra vida la vas a encontrar!

—¿Cómo estás tan seguro de ello? ¿Cómo sabes que ocurrirá?

Tobías sonríe, brindándole una extraña seguridad de la cual Simón no desea hacerse partícipe.

—Eso es muy fácil de entender porque tú me lo enseñaste, idiota. Las almas que se complementan siempre permanecen unidas, siempre terminan hallándose a pesar de la distancia, a pesar del olvido y a pesar de la lejanía. No hay nada que las separe, Simón, ni siquiera consigue hacerlo la misma muerte. Solo confía, ¿quieres? Solo confía, por favor.

—¿En quién, maldita sea? ¡En quién debo confiar!

—En el destino —le contesta en el acto—. Porque si es él quien, hoy por hoy, los está separando, estoy completamente seguro que será él quien un día los volverá a reunir.

Un impresionante y devastador silencio colma la sala de la unidad de cuidados intensivos cuando los hermanos Busquets hacen reingreso a ella, encontrado allí al señor Gallart en compañía de Estela.

Después de las debidas presentaciones, y de cruzar algo más que un par de palabras, Pedro le pide a Simón que lo acompañe hasta el pasillo que separa aquel lugar del área restringida en el cual se halla Josefina. Él accede de inmediato, siguiendo cada uno de sus pasos.

—¿Qué ocurre? —formula, adelantándose a los hechos.

—Lo siento, pero la madre de Josefina me ha otorgado esta responsabilidad.

—Sea lo que sea, tan solo dígame que está sucediendo sin omitir un solo detalle, por favor.

El hombre entrado en años lo observa y suspira mientras piensa y elige las mejores palabras con las cuales dar inicio a la conversación.

—Señor Gallart, por favor —lo insta a que comience de una vez.

Y él así lo hace.

—Después de la desestabilización de Josefina —le informa—, los médicos le han practicado un coma inducido.

El rostro de Simón, sin atisbo de sentimiento alguno, palidece frente a él.

—Lo siento muchísimo, pero debido a la gravedad, a la complejidad de su lesión cerebral y al politrauma que padece... no hay muchas esperanzas de que sobreviva, muchacho.

—Sea más claro —le exige, apretando sus manos con fuerza y más, al evocar cada una de las palabras de su hermano.

—Su cerebro no está recibiendo el oxígeno adecuado.

El mismo sepulcral silencio de hace unos minutos vuelve a aparecer para envolverlos a los dos en una vorágine de pánico.

—Eso quiere decir... que Jo... ¿No va a despertar?

—Eso quiere decir, mi querido muchacho, que Josefina puede dejarnos en cualquier momento. Su cuerpo ha presentado dos paros cardíacos con insuficiencia pulmonar. Los médicos aseguran que no está en condiciones de salir airoso de un tercero.

Cierra los ojos, sitúa sus manos sobre su rostro por un primer momento para luego llevarlas hasta su cabello, en el cual termina deslizándolas con impotencia, con frustración, con ira contenida y con un inaguantable dolor, cuando algo más que un par de osadas lágrimas no ha conseguido retener, dejando que éstas se derramen, libremente, por cada una de sus mejillas.

—Virginia está en su habitación. El médico le ha sugerido que se despida.

Tras una reacción innata, termina moviendo su cabeza de lado a lado en forma de evidente negativa.

—Yo ya lo hecho y parte de su familia también. Solo quedas tú.

No sabe qué hacer, menos qué decir al respecto cuando su cuerpo se niega a llevarlo a cabo. Y desde su sitio, solo logra observar a su hermano, quien no lo ha perdido de vista desde que se apartó de su lado para seguir cada uno de los pasos del señor Gallart.

—No. Me rehúso a decirle adiós.

—Entonces, hazle comprender que esto no tiene por qué ser una despedida.

—¿Cómo, señor Gallart? ¡Cómo consigo hacer eso!

—Con tu corazón, Simón, y con el amor que le profesas. No necesitas nada más que eso —concluye, antes de partir para dejarlo a solas junto al umbral que separa esa área de la zona restringida.

Con temor, consigue desplazar y traspasar las puertas.

Con pavor, da un par de pasos en dirección hacia la habitación para luego incrementar su caminar.

Y con un temible sufrimiento a cuestas se detiene, finalmente, frente a ella, manifestando en un susurro...

—No conocía la esencia del tiempo hasta que la vi perderse por entre mis dedos. Perdóname, mi amor, perdóname por esto. Dios y tú saben que no quiero dejarte marchar, pero creo... que ha llegado el momento de hacerlo.

Tiempo pasado.

—Algún día... ¿Volveremos a ver al abuelo, mamá?

Virginia aparta, por un momento, la vista de la tumba de su padre para depositarla en la resplandeciente mirada de su pequeña hija de diez años que se encuentra en ese sitio tras el sepelio que ha llegado a su fin.

—Claro que sí, cariño. Estoy segura que un día nos volveremos a reunir con él.

—¿Vendrá a buscarnos? ¿Vendrá con la abuela, también?

Ahora, se acucilla sobre la verde hierba para quedar a la altura de Josefina. Y tras ese movimiento, termina acariciando su tibia y sonrosada mejilla antes de, finalmente, asentir.

—Estoy convencida de que mis padres nos estarán esperando del otro lado, mi amor.

—¿En el cielo, mamá? —La pequeña alza la cabeza hacia el ennegrecido y nuboso cielo que las cobija—. ¿Junto a los ángeles y a Dios?

Su madre la abraza con prontitud mientras tiembla, ligeramente, cuando sus ojos se vuelven a humedecer producto de la innegable tristeza que la consume por haber perdido a su padre tras su repentina y mortal enfermedad.

—Sí, mi amor. Junto a los ángeles y junto a Dios.

La niña se aparta para contemplarla mejor y limpiar, con la yema de sus dedos, su empapado semblante.

—No llores, mamá, el abuelo jamás nos va olvidar. Me lo prometió, ¿sabes? Y sé que va a cumplir su promesa.

Intenta sonreír, más no consigue hacerlo.

—Y siempre te va a cuidar. Lo sé. Nunca te dejará sola.

Gracias a lo que ha dicho su hija con tanto entusiasmo, no consigue retener más el llanto que se ha apoderado por completo de su ser. Por lo tanto, lo libera en silencio; lo deja salir de sí tapándose con sus manos su rostro al tiempo que Josefina la vuelve a confortar con un tierno abrazo.

—Yo te cuidaré por él —prosigue, aferrada a ella—. Yo estaré a tu lado siempre, aunque un día me haga mayor, ¡y sea así de grande!

—Alza una de sus extremidades y empina sus pies en conformidad a lo que desea demostrarle, logrando que su madre sonría frente a lo que le ha comunicado con tanta exaltación y con su especial e indiscutible inocencia de niña.

—Solo prométeme algo, Jo —acaricia sus rasgos faciales para luego tomar y entrelazar sus niveas manitas—. ¿Me prometes con todo tu corazón que aunque te hagas así de grande, vas a ser feliz?

—Sí, mamá. Voy a ser feliz, pero también te prometo que te voy a

cuidar y a querer muchísimo hasta que juntitas nos hagamos así de viejitas...

Tiempo presente.

—Hasta que nos hagamos viejitas... —manifiesta Virginia en un susurro, rememorando ese especial recuerdo sin cesar de acariciar el rostro de su hija por un costado de donde se encuentran los tubos, la máscara de oxígeno y los cables a los cuales ella sigue conectada. Y también, al tiempo que la figura fantasmal de Josefina, situada a tan solo unos pasos de su cuerpo, la admira con innegable dulzura y amor.

—Lo lamento —le manifiesta la muchacha por no haber podido cumplir del todo su promesa—. Lo lamento tanto, mamá.

—No lo lamentos —interviene Caleb, desplazándose a su lado—. ¿Por qué lo haces si le entregaste todo este tiempo lo mejor de ti?

Al escucharlo, rueda los ojos hacia el encuentro de los suyos.

—Tu madre lo sabe y tú también lo sabes. Has sido una buena hija, siéntete orgullosa de ello.

—¿Orgullosa? ¿Debo sentirme orgullosa del grandísimo dolor que le estoy ocasionando? ¿Del pavor que la inunda al verme así, como un verdadero lastre?

—Josefina, tú...

Un segundo le basta para alzar una de sus manos, significativo gesto que termina acallando a Caleb.

—Se suponía que iba a cuidarla por siempre y ¡mírame! Ni

siquiera puedo valerme por mi misma —suspira y tiembla a la vez mientras se abraza con sus propias extremidades—. Mi madre tiene una vida, y después de todo lo que ha sucedido sí tiene derecho a ser feliz, pero no atada a mí. No así. No a un cuerpo que yace sobre esa cama y que está del todo inerte.

Ambos se admiran como si pudiesen decirse con los ojos lo que no consiguen manifestarse con las palabras.

—Jo, ¿qué ocurrirá con Simón? —Ansía saber.

—A los dos los amo con mi vida —avanza hacia la cama de hospital hacia el encuentro con su propio cuerpo y con el de su madre—, y sé que donde quiera que yo vaya los seguiré amando de la misma manera, Caleb.

—Entiendo. Entonces, eso quiere decir que ya... ¿Has tomado una decisión al respecto?

—Sí, ya la he tomado, porque cada una de mis palabras quieren decir... que ha llegado mi momento de volar muy alto.

La observa como dirige su pausado andar hasta detenerlo a un costado de la figura de su madre. Luego, admira como sutilmente le acaricia el largo de su cabello que le cae por los hombros, siempre con una entereza digna de admirar, hasta que la voz de Virginia se hace audible interrumpiendo ese desgarrador mutismo.

—Mi amor... —balbucea ante lo que se apresta a pronunciar—... si me escuchas... dime cómo puedo ayudarte. Por favor, mi cielo... ¡Dime qué es lo que debo hacer!

Jo deposita una de sus manos sobre la tibieza de una de las suyas y la entrelaza, aún cuando ella no logra siquiera percibir su frío

roce.

—Caleb, ¿puedes hacer algo por mí?

—Claro que puedo, Josefina.

—Gracias. Pero antes, quiero saber... ¿No van a amonestarte allá arriba por lo que te pediré?

Tras lo que ha escuchado, sonríe, avanzando en su dirección.

—Tranquila. No seré el primero ni el último que se llevará una reprimenda del jefe. Ahora dime, ¿qué tienes en mente?

—Quiero que mi madre sea feliz —le comenta, envalentonada—. Necesito que mi madre sí sea feliz. ¿Se lo puedes pedir a tu jefe?

—Sin duda alguna, pero... te parece que, tal vez, y para tu mayor tranquilidad, ¿se lo pidas tú primero a ella?

En una milésima de segundo, voltea el rostro totalmente asombrada por su inusitada interrogante que, de pronto, ha formulado así sin más.

—¿Qué has dicho?

—Lo sabes muy bien. No necesitas que te lo repita.

—Pero yo... —entrecierra la vista, demasiado confundida y demasiado extrañada.

—Inténtalo. Sé que a tu madre le vendría muy bien oírte otra vez.

En el acto, percibe que un enorme nudo se le ha alojado en la boca del estómago.

—¿Estás lista?

—Seguro que yo... puedo conseguir... que ella...

Caleb comienza a cerrar los ojos cuando la habitación se ha inundado de un aroma muy especial. Una incomparable fragancia que a Jo le huele más bien a tierra húmeda y a hojas secas cuando logra reconocerla. Y también, cuando oye a su madre exclamar con muchísimo fervor lo siguiente:

—¡Por favor, mi amor, dime qué hago! —Se tiende sobre su cuerpo para orar, dándole la espalda. Y Josefina, sin pensarlo, se acerca aún más a ella, pero en específico a su oído, en el cual le susurra con su dulce voz:

—Dejarme partir, mamá. Dejarme partir de este mundo.

La escucha llorar muy angustiada. La oye sollozar y suspirar sobre su cuerpo como si la hubiese escuchado mientras empuña cada una de sus manos con fuerza. Está luchando. Sí, contra todo pronóstico Virginia está peleando para no decir lo que ya es más que evidente a los ojos de cualquiera.

—Eres todo lo que tengo, cariño... Eres y serás todo lo que soy. ¡Eres mi vida entera, Josefina!

—Y tú la mía. Nunca lo olvides, por favor.

Envuelta en un dolorido llanto, Virginia se levanta. Al cabo de unos segundos, la admira con devoción para luego acariciar su rostro, delineando el contorno de sus ojos, de su nariz, de su barbilla, para así regalarle un largo beso que deposita sobre su frente antes de volver a entrelazar una de sus manos con una de las suyas y decir, concluyentemente:

—Una parte de mí se va contigo, ¿lo sabes, verdad? Así como otra parte de mí se fue con tu padre el día que nos dejó —suspira como

si se le fuera la vida en ello, sorbiendo a la par por la nariz—. Padre... —balbucea entre irrefrenables sollozos que no cesa de emitir—... hoy y aquí, te entrego a mi hija a quien amo y amaré por siempre con algo más que mi vida entera. La pongo en tus manos, señor. Por lo tanto, te pido que cuides de ella. Por lo que más quieras, protégela de todo mal. No la dejes sola y camina a su lado hasta que su luz se extinga y logre exhalar su último suspiro. Te lo pido, señor... por favor... te lo pido con mi deshecho corazón y con el dolor de mi alma que hagas en ella toda tu voluntad.

—Y la mía —manifiesta Simón con la gravedad de su voz, cuando ha abierto de improviso y de par en par la puerta de ese cuarto.

Caleb se ha marchado. Y ahora en la habitación se hayan Virginia, Simón, y una intranquila Josefina que ha conseguido enmudecer ante lo que ha sucedido.

Los oye. Uno a uno los escucha debatir su actual situación, una que por lo demás es irreversible. Sí, ya está al tanto de todo porque así lo ha certificado su médico de cabecera y también, así lo han corroborado las pruebas de rigor. No. No hay otra salida, no existe otra vía de escape para esta cruel y dura realidad más que liberarlos a ambos del enorme sufrimiento que cargan pesadamente en cada una de sus espaldas.

Suspira y vuelve a suspirar cuando su madre ha vuelto a elevar el sonido de su cadencia, manifestando:

—Cualquier daño a la cabeza, usualmente, perjudica también al sistema vascular, que es el que provee de sangre a las células de su cerebro. El médico me ha confirmado que... Josefina posee serias

complicaciones vasculares que en cualquier momento le podrían provocar un ataque cerebral debido a un coágulo que se le ha formado en el lugar de su lesión.

Simón se estremece en su totalidad, como si hubiese recibido una poderosa descarga eléctrica.

—Por eso me ha sugerido que... —con la yema de uno de sus dedos limpia cada una de sus húmedas mejillas—... me despida de mi hija ante cualquier situación que se suscite de un momento a otro.

—Es lo que también me ha sugerido el señor Gallart que haga —le responde, sin despegar sus ojos del monitor cardíaco y de la frecuencia que éste registra, segundo a segundo.

Con mucha delicadeza, Virginia vuelve a besar la frente y la mano de su hija antes de animarse a continuar, señalándole...

—Lamento mucho haberte conocido bajo estas condiciones, Simón.

—Yo también, señora Calvet.

Un difícil silencio los rodea a los dos, y de igual forma enmudece a Josefina, quien no cesa de contemplar hasta el más mínimo movimiento que ambos realizan al interior de esa habitación.

Y un “te amo” murmura su madre antes de separarse de su lado. Un par de palabras que más bien significan y encierran un “a pesar de todo, jamás te alejes de mí, mi amor”.

—Alguna vez... —susurra Simón de golpe, viéndola caminar hacia la puerta.

—Sí. Todo el tiempo me habló de ti, pero a su manera. ¿Sabes? Solo me bastaba verla sonreír para saber que contigo era feliz.

Gracias, Simón —lo admira ya con lágrimas en sus ojos—. Muchísimas gracias por aparecer en su vida.

—Señora Calvet, usted no tiene...

—Sí. Sí tengo que dártelas, porque le devolviste su alegría. ¿Cómo podré pagártelo?

Fija la mirada en sus ojos, en aquella profundidad verdosa que se cristaliza y humedece a cada palabra que logra pronunciar.

—Tal vez... dejando que me quede a su lado hasta que... —inevitablemente, se quiebra, agachando la cabeza para que ella no lo vea llorar como un niño frágil y asustadizo. E inevitablemente, Virginia avanza hacia él para consolarlo y obsequiarle un apretado abrazo, al que Simón se aferra como si lo necesitara para seguir existiendo.

—Claro que sí. No tienes que pedírmelo porque estoy segura que eso querría mi niña en este momento —acaricia con afecto su mejilla antes de apartarse y admirarlo por última vez—. Simón...

—Sí, señora Calvet.

—¿Puedo pedirte un favor antes dejarte a solas con ella?

—Los que quiera.

—¿Podrías... al momento de... —masculla, negándose a manifestarlo, pero acentuando su diáfana mirada en la suya como si en ese minuto, y en ese especial enunciado, se le fuera la vida—... tomar su mano por mí, decirle que adonde quiera que vaya no debe tener miedo, que todo va a estar bien y que la amo y la amaré por siempre con toda mi alma?

—Por supuesto. No faltaba más —le asegura desde su sitio.

—Gracias, muchacho. Muchísimas gracias —antes de abandonar la habitación, posa sus ojos en la figura de su hija, a quien contempla con ternura, tal y como si deseara perpetuar ese momento, en sus retinas, para siempre—. Te amo, mi amor —añade—. Te amo y te amaré por el resto de mi vida.

—Y yo te amo a ti —desenmudece Jo, hablándole y observándola de la misma manera—. Gracias por haber sido mi mamá.

Y tras sonreír con desesperanza e indiscutible desconsuelo, Virginia abandona posteriormente el cuarto en el cual solo quedan, en la inmensidad del silencio y a solas, Josefina y Simón.

Tiempo pasado.

—Brillo —expresa Jo muy convencida cuando el señor Gallart ha enarcado una de sus canas cejas al oírla.

—¿Brillo? —Pregunta sorprendido admirando, además, el puzzle del periódico que sostiene entre sus manos.

—Sí. Brillo —le afirma en clara alusión al enunciado de la palabra que ambos están buscando—. Cuatro consonantes, dos vocales. Está claro como el agua, señor Gallart.

—Fulgor —comenta él, maliciosamente, contradiciéndola—. ¿Sabías que también posee cuatro consonantes y dos vocales y me suena muchísimo mejor que tu “brillo” que, de paso, no es lo que me transmiten tus lindos ojitos castaños?

De forma automática, los entrecierra debido a lo que él ha afirmado con tanta seguridad.

—No se trata de mis lindos ojitos castaños, sino del puzzle que

estamos haciendo en comunión —le recuerda, indicándoselo.

—Ya me conoces, Josefina. Sabes que mi concentración se desvanece con facilidad cuando existe algo más importante de lo que hay que hablar, por ejemplo... —sonríe pícaramente—... el fulgor de tus lindos ojitos castaños que no cesan de relampaguear, encandilándome. ¿Debido a qué si puedo saberlo?

Sonríe de la misma forma que lo hace él.

—Son sus anteojos —intenta escapar olímpicamente de la situación, más no lo consigue del todo.

—Gracias por preocuparte por este pobre anciano, muchacha, pero no lo creo, los cristales de mis anteojos están muy bien —se los quita, dedicándole un guiño cuando vuelve a colocárselos—. Pero no así tu corazón, ¿verdad? —Logra escribir en el puzzle la palabra que ella, segundos antes, ha mencionado—. ¡Vaya! ¡Quién lo hubiese dicho! Calza perfecto. Gracias, Josefina.

—¿Cuál? ¿Fulgor? —Pero en ese exacto momento en el que la puerta de la librería se ha abierto de par en par, alguien ha puesto un pie dentro de ella. Rápidamente, ambos depositan sus rostros en la figura de quien, esta mañana de sábado, luce una tenuta deportiva bastante informal y, de paso, les sonríe tras descansar de su evidente agotamiento.

—Buen día, muchacho, ¿tan temprano por aquí? Antes que contestes, ¿brillo o fulgor?

Simón no comprende a qué se refiere con ello, hasta que su mirada se pierde en la de quien no lo cesa de observar, como si solo estuviesen ellos dos ahí dentro.

—Fulgor —manifiesta jadeante, ocasionando una breve carcajada en Pedro Gallart.

—Te lo dije, muchacha, esa palabra tuya ni siquiera encaja en el puzzle, pero sí en lo que me demuestran tus ojos esta mañana. ¿No es así, Simón?

Y ella, gracias a su tan inesperada confesión, enrojece y enrojece como una fruta madura de temporada.

—Excelente. Siempre lo supe —ríe Gallart, tomando el periódico del mostrador para, finalmente cerrarlo—. ¿Y? ¿No nos vas a responder?

Simón, realmente interesado en lo que ocurre, cruza sus brazos por sobre su pecho esbozando, a la par, una gran sonrisa de auténtico entusiasmo.

—Insisto, señor Gallart, son sus anteojos —continúa Jo—. ¿Sabe? Una visita a su oftalmólogo de siempre no le vendría mal —evade sus penetrantes miradas al unísono—. ¡Chismoso! —Murmura entre dientes cuando ya les ha dado la espalda a los dos para perderse, definitivamente, por el pasillo que la dirige hacia el aparador de la literatura de ciencia ficción.

—¡Te oí! —Alcanza a escuchar la voz de su jefe, al igual que la risa contagiosa de Simón que colma por completo sus oídos. ¡Vaya! ¡Cómo la adora! ¡Cómo le encanta! ¡Y cómo le fascina cuando la emite de forma tan espontánea y natural!

—Entonces, yo también debo ser un chismoso.

Se detiene ante una grave cadencia que tiene nombre y apellido.

—Porque me encantaría saber a qué se debe ese fulgor que es

capaz de cegar y fascinar a cualquiera, me incluyo. ¿No me vas a contar?

Un segundo. Confesárselo no está en discusión. De hecho, confesárselo sería como venderle su alma al mismísimo demonio que tiene detrás de sí y que, precisamente, hoy luce esa ropa deportiva que le sienta de maravillas y que, además, lo hace ver tan arrebatadoramente guapo.

—¿Jo? —Le susurra Simón, pero ahora en su oído, logrando que por un momento ella cierre sus ojos y jugueteo por inercia con su lengua por sobre sus labios, como si estuviera disfrutando y saboreando el dulce sonido de su voz—. Estoy esperando o... ¿Prefieres que adivine o ponga en práctica una de mis acertadas teorías con respecto a ti?

Ante su patente y arrolladora seguridad, despierta de su ensimismamiento, volteando su cuerpo, para así perderse en el océano de sus ojos claros que se fijan a los suyos como si ambos fueran dos imanes en perfecta sincronización.

—¿Teorías, señor escritor?

—Así es, señorita Calvet.

Asiente.

—¿Y cuáles serían esas teorías a las cuáles usted se refiere?

—Bueno —se acerca sin siquiera permitirle que dé un paso hacia atrás—, la más importante de todas ellas es... qué te estás enamorando de mí.

La sorprende. ¡Qué va! ¡La derrite con ese acertado comentario que logra arrebatarse hasta la respiración!

—¿Me equivoco? —insinúa ya con su boca situada a pocos centímetros de la suya.

Decirle que sí sería mentirle. Decirle que no sería dar su brazo a torcer. Y, ¿entonces?

Simón advierte como su hermosa vista resplandece aún más, como si con ella estuviese demostrándole lo que no se atreve a manifestarle con palabras.

—Yo creo que... —balbucea—... tienes una gran imaginación —con su acotación lo hace sonreír a sus anchas y a ella estremecer, pero de una placentera manera.

—Bueno, soy escritor. ¿No te lo había dicho? Mi imaginación es realmente prodigiosa cuando quiere serlo.

Josefina mueve su cabeza de lado a lado sin parar de reír mientras Simón no cesa de acariciar, con la punta de sus dedos, su mentón y ascender con ellos por sus pómulos hasta delinear el contorno de sus ojos castaños.

—Definitivamente, es fulgor y no un simple brillo lo que irradia tu mirada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no existe ni existirá jamás opacidad u oscuridad que la ensombrezca.

—¿Cómo estás tan seguro de ello?

—Porque te observo, Jo. Porque te admiro y lo veo resplandecer con una fuerza gigantesca que solo se compara con los luminosos rayos que emite el sol. Así es tu fulgor. Así es esa nítida claridad que te envuelve, además, en un completo halo de misterio.

En cosa de segundos, su sonrisa se le desvanece del rostro.

—¿Halo de misterio? —Pregunta confundida.

—Sí, un completo halo de misterio para mí, que cada vez se parece más a una verdadera Caja de Pandora de la cual, algún día, espero conocer todos sus secretos.

De forma refleja, decide bajar la cabeza. ¿Sus secretos? ¿Para qué? Si su vida es demasiado aburrida, convencional y para nada emocionante.

—¿Mis secretos? —Se aparta ligeramente de él—. No tengo secretos, Simón. De hecho, mi vida es demasiado aburrida, convencional, monótona y para nada emocionante como para que me estés comparando con una Caja de Pandora —pretende separarse aún más, pero en su intento no logra mover un solo músculo, ya que él ha procurado rodearla por la cintura con su firme extremidad, reteniéndola.

—Es tu apreciación, la cual respeto, pero no la mía.

—No sabes lo que dices. Parece que te equivocaste esta vez.

—¿Equivocarme? ¿Por qué? —Es todo lo que ambiciona saber atrayéndola, más y más, hacia su fornido cuerpo.

—Porque no soy esa chica, la de los secretos, ni jamás lo seré.

—Estás equivocada —le corrige al instante—. Estás verdaderamente muy equivocada.

—No. El equivocado eres tú desperdiciando tu valioso tiempo con alguien como yo cuando deberías estar, más bien, con alguien interesante y ocupándote de tus asuntos.

Simón sonrío y no cesa de hacerlo, pero con ella entre sus brazos.

—¿Qué es tan gracioso para que sonrías así? —Lo encara algo molesta debido a su inusitada reacción con la cual la ha sorprendido.

—Qué me digas que es lo que debo hacer cuando yo solo quiero estar contigo. Ah, y otra cosa más, tú eres parte de mis asuntos, así que asúmelo.

—¡No puedo creerlo! —Chilla bajito, porque sabe que si lo hace a viva voz tendrá, en cuestión de segundos, al señor Gallart revoloteando a su alrededor como una bendita y cotilla mosca.

—Créelo —se apodera de su mentón para atraer toda su atención—, y ya no le des más vueltas a todo este asunto que posee un único fin.

—Simón...

De forma inesperada, termina rozando el puente de su nariz con la suya.

—Simón nada, y te lo vuelvo a repetir: no necesito a nadie más interesante que a ti porque eres todo lo que quiero en mi vida. ¿Es tan difícil de entender, Josefina Calvet?

Sabe de sobra que no es la primera ni tampoco será la última vez que lo oiga decir aquello con tanta seguridad y exaltación. Por lo tanto, suspira y no cesa de suspirar pretendiendo relajar los tensos músculos de su cuerpo.

—¿Sabías que mi poder de comprensión se disipa con facilidad, tal y como si fuese agua entre los dedos?

—¿Ah sí? —formula incrédulo.

—Sí. Es uno de mis... secretos —admite avergonzada y procurando cerrar los ojos para no tener que ver a los suyos. Pero gracias a un fugaz beso que Simón le ha plantado en la punta de su nariz, los vuelve a abrir para que todo de sí se quede nuevamente prendado de lo que no quiere ni desea dejar de admirar.

—Bueno, si hablamos de secretos... yo también tengo uno para ti.

Traga saliva con dificultad, debido a que su boca amenazante se encuentra a tan solo milésimas de la suya.

—¿Quieres saberlo? —le susurra en una de sus comisuras cuando ella asiente sin nada más que responder—. Y te lo confesaré, pero no ahora, sino esta noche —le recuerda su cita. Aquella que pactaron y a la cual Josefina decidió asistir después de tanto que le rogó para que lo hiciera—. ¿Qué te parece? Un poco de misterio no nos viene mal, ¿verdad? —Concluye, pero a la vez regalándole un tierno beso en una de sus mejillas cuando, la verdad, se muere por devorar con algo más que impaciencia su delicada y exquisita boca.

No sabe qué decir. En realidad, se ha quedado en blanco. Si hasta, parece, que ha perdido el habla cuando solo esperaba y anhelaba, con algo más que su corazón, que ese beso suyo terminara depositado, más bien, en otro sitio que no fuera, precisamente, su mejilla derecha.

—¡Qué no es justo! —Lo increpa a viva voz, viéndolo como ya camina de vuelta hacia la puerta sin advertir, menos notar, que el señor Gallart ya ha alzado la mirada hacia la figura de Simón, quien le sonríe con agrado.

—Sí, eso dicen por ahí, que la vida no es justa —le otorga una de sus encantadoras sonrisas antes de despedirse—. Buenos días,

Josefina, y buenos días también para usted, señor Gallart.

—¿Ya te vas, muchacho?

—Sí —travesamente la vuelve a observar a la distancia—. Debo seguir corriendo para liberar unas cuantas endorfinas más. Esta mañana... me he levantado, verdaderamente, muy ansioso.

—¿Algo importante que debas llevar a cabo, Simón?

—Sí —confiesa—. Algo demasiado importante para mí y en lo que me estoy jugando el todo por el todo.

—Pues buena suerte, muchacho, porque creo que... —los admira de reojo a los dos antes de expresar—... la vas a necesitar.

—Dicen que la suerte se obtiene un día tras muchas jornadas de esfuerzo, señor Gallart, pero lo que yo creo es que la buena suerte no llega, sino que hay que salir a buscarla.

—Y estoy seguro de que la vas a encontrar.

—También yo, y más temprano que tarde. Qué tenga un buen resto del día.

—También tú. Ah, y con respecto a eso tan importante que debes llevar a cabo... "Que la fuerza te acompañe, obi wan". Que la fuerza te acompañe, muchacho.

Al cabo de un par de minutos, el móvil de Jo suena tras una llamada que ha entrado en él y a la cual, apresuradamente, contesta, diciendo:

—¿Simón?

—Esa es mi suerte, soñar despierto, crear, plasmar ideas, contar historias y, de vez en cuando, cuando estoy de suerte, creer que estás

aquí conmigo, a mi lado, para hacerme feliz, tal y como yo quisiera hacerlo contigo.

—¿Es ese también uno de tus secretos?

—Sí, y también uno de mis más grandes anhelos que me encantaría que se hiciese realidad.

Se ha recostado a su lado, tanto como el pequeño espacio de la cama en la cual ella se encuentra se lo ha permitido. Y asimismo, pero con mucho cuidado de no pasar a llevar un solo cable, ha entrelazado una de sus manos con una de las suyas al tiempo que los recuerdos invaden con fuerza hasta la más ínfima parte de su ser.

Está cansado. Simón se encuentra agotado de tanto llorar, de tanto suplicar y de tanto rogar que el cielo se apiade de ella.

—¿Recuerdas la primera vez que te pedí que te quedaras?
—Sitúa su nariz en un recoveco de su cuello—. ¿Cuándo te comenté que me sabía muy mal dejarte partir?

Jo desde su sitio, al otro lado de la cama, asiente, contemplándolo sin siquiera parpadear.

—Pues he de confesar que en este momento me siento de la misma manera —acaricia con sus dedos su fría mano mientras exhala un poderoso suspiro que lo hace estremecer—. Un completo inútil que no sabe qué hacer para retenerte a su lado —huele el aroma de su piel, embriagándose de él como lo hizo desde el primer instante—. Te amo, ¿me oyes? Te amo tanto, Josefina Calvet...

Su vista se cristaliza y se humedece, quedamente.

—Pero, ¿sabes? Algo me dice que tú también me amaste... —reparte un par de besos por la curvatura de su cuello hasta colocar su boca a un costado de su mentón—... a tu manera, claro, y con tu forma tan especial y única de ser—. Apoyado sobre su hombro derecho, levanta la mirada para observar como su pecho sube y baja en un ritmo acompasado—. Dime, mi amor... Dime qué voy a hacer en este mundo sin ti...

—Vivir —le contesta de inmediato—, para realizar, disfrutar y concretar cada uno de tus sueños.

—Dime... —prosigue, consiguiendo hablarle solo en base a suspiros—... ¿Cómo voy a continuar si tú no estás aquí?

Josefina cierra los ojos y empuña sus manos con fuerza hasta que lo oye exclamar...

—¿Por qué? ¡Explícame, por favor, por qué nuestro paraíso, de pronto, se volvió un completo infierno! —Con una de sus manos roza el contorno de su pálida mejilla—. ¿Qué fue lo que hice? ¿Qué fue lo que te hice para que por mi culpa tuvieras que pagar de esta manera?

—Solo... enamorarte de mí. Enamorarte cuando no deberías haberlo hecho.

Repentinamente, un silencio imperturbable los rodea, a tal punto que él logra quebrantarlo, añadiendo:

—No imaginas cuántos sueños tengo metidos en la cabeza, y cada uno de ellos tienen que ver directamente con nosotros dos. El primero —sonríe a medias sin cesar de acariciarla, tiernamente—, era llevarte conmigo a Viena. Iba a pedirte esta noche. Quería que fuera

una sorpresa para ti —un par de lágrimas brotan por las comisuras de sus ojos—. Quería verte sonreír —pero con una de las mangas de su camisa las limpia antes de que éstas lleguen a adentrarse en su frondosa barba—, y también quería verte hecha un manojo de nervios —confiesa—, y tenerte solo para mí para que camináramos juntos y de la mano por sus parques llenos de encanto, por sus verdes prados, por las calles tranquilas y soñadoras admirando el arte, la belleza del lugar y oyendo, a la par, la música itinerante de los artistas que encuentras en cada esquina ejecutando instrumentos como violines, cellos y flautas traversas. Pero no creas que he olvidado nuestro Melange con leche espumosa —sorbe por la nariz—, acompañado de una masa dulce de hojaldre con manzanas —ahora ríe contagiando a Jo, quien imagina todo lo que le detalla con exactitud, tal y como si lo estuviera viviendo en su mente—. No, mi amor, jamás podría olvidarlo porque sé lo mucho que te gusta —nuevamente hunde su nariz en su cuello, el cual roza en significativos y apacibles movimientos, de arriba hacia abajo y viceversa—. Y después... recorreríamos la ciudad de noche disfrutando de sus bares, de sus cafeterías vienesas antiguas, de sus restaurantes. Y cuando ya estés cansada, y cuando perciba que tus ojitos se empiezan a cerrar, te llevaría de vuelta a casa para tenerte solo para mí. Para cuidarte, Jo, para admirarte, para decirte una y otra vez cuánto te quiero, cuánto te extraño y cuánto me haces falta cuando no te tengo conmigo. Como ahora, por ejemplo. Como en este preciso momento al recordar aquella primera vez que te hice mía, cuando te hice el amor y el amor nos hizo a los dos convirtiéndonos en tan solo uno —cierra sus ojos silenciando, además, su llanto y sus dolorosos lamentos que le estremecen la piel y le hacen perder el aliento—. ¡Cómo te necesito! —Eleva un tanto el tono de su grave y poderosa

cadencia—. ¡Cómo desearía que estuvieras aquí! —Pierde un tanto la serenidad y la compostura—. ¿Me oyes, Jo? ¿Me escuchas? Estoy aquí. ¡Estoy aquí contigo!

—Lo sé —le responde ella en un hilo de voz cuando ya ha dirigido su andar hacia su cuerpo para confortarlo en un abrazo que ni siquiera logra darle, traspasándolo como si él estuviese hecho de un material incandescente que en cualquier momento sabe que va a estallar, detonando al igual que si fuera una granada de mano—. Sí, te oigo —pretende por todos los medios posibles, y los imposibles también, que centre su mirada en la suya—. ¡Te escucho porque aún estoy aquí! —Pero él no puede oírla. Por lo tanto, consigue nada más que ver y comprobar, con sus propios ojos, cómo él se derrumba en sus brazos, cómo se destruye a sí mismo, cómo no se deja de atormentar con su pesar, con su maldita frustración y abatimiento que le carcome la piel y le corroe las entrañas—. Escúchame —le pide, infructuosamente—. ¡Escúchame, por favor!

—Soy un maldito cobarde —acota Simón entre jadeos y sollozos—. ¡Un maldito egoísta y cobarde que se niega a dejarte ir!

—¡Pero debes hacerlo! —Le reclama con fervor—. Debes hacerlo porque no puedo ser para ti ni tú puedes ser para mí en esas condiciones. ¡Entiéndelo y mírame! —Le exige, valientemente—. ¡Mírame y dime qué ves allí! —profiere con el dolor de su alma, indicándole con su dedo índice la cama de hospital—. ¿Qué es lo que ves? —replica, rasgándose la garganta al mismo tiempo que Simón no cesa de llorar entre sus brazos—. Nada más que un cuerpo inerte al cual no te puedo condenar. No te mereces esto, ¡compréndelo! No mereces amarme así, menos quedarte a mi lado o atarte a mí todo lo

que te reste de vida. No así, Simón, no de esta manera.

—No te vayas nunca, Jo, ¡no me dejes solo!

—Pero no puedo quedarme —le confiesa con lágrimas en los ojos y sin que le tiemble su suave voz—. Lo siento mucho, pero... así, tal y como me ves, yo no puedo quedarme. ¿Por qué? —se pregunta a sí misma—. Porque mi tiempo en este mundo se acabó, pero el tuyo, Simón —le sonríe de una bella manera, pero con una grandísima tristeza que no logra disimular—, el tuyo está recién comenzando —.

Alza una de sus extremidades para con ella rozar su espalda.

—Te auguro una vida plena. Una vida colmada de éxitos, de sueños por concretar, de reconocimientos, de alegrías, pero por sobretodo de felicidad —se agacha para situar su boca a la altura de su oído y así decirle—: Porque la mereces, mi amor, porque espera por ti, y porque estoy realmente convencida que un día la tendrás a manos llenas.

Como por arte de magia, Simón ha erguido su espalda y ha alzado, también, sus unidas extremidades para llevárselas a los labios y así besarlas.

—Tengo miedo, Jo.

—Ya somos dos.

—Tengo miedo a...

—Shshshshshsh... —susurra en su oído, acallando su grave cadencia —... no le temas a lo que sucederá. No le temas al futuro ni a lo desconocido, porque aunque yo no esté contigo de forma física mi alma sí lo estará. Recuérdalo... en cada paso que des, en cada suspiro que exhalas, en cada mirada que elevas al cielo aunque no

me veas en él, aunque ya no me oigas y un día hasta, quizás, me olvides... vaya a donde vaya yo siempre estaré pensando en ti.

—Josefina... —sorpresivamente, Caleb aparece atrayendo toda su atención al articular su nombre a la distancia—... lo lamento, pero... ya es hora.

“Ya es hora” repite en su mente, asumiendo a qué se refiere específicamente con eso. Por lo tanto, asiente y evita ante todo formular la pregunta de rigor de la cual, también conoce su respuesta, reemplazándola más bien por otra.

—¿Dónde iremos?

—Muy lejos de aquí, donde Simón aún no está preparado para venir.

—De acuerdo —suspira—, pero... ¿Me va a doler cuando yo, finalmente...?

Caleb dirige cada uno de sus pasos hacia el encuentro de los suyos, interrumpiéndola.

—No. Te lo prometo.

—Y cuándo ya no sienta los latidos de mi corazón, ¿qué sucederá conmigo? —sostiene preocupada.

—Te dormirás. Lentamente, cerrarás tus ojos para no despertar jamás de un sueño muy profundo. ¿Estás lista para ello?

En un primer momento, niega con su cabeza de lado a lado hasta que, con temor, logra situar una de sus níveas manos sobre las de Simón, que todavía se hayan unidas a una de las suyas.

—Ahora sí —le certifica, apretándosela con fuerza—. Ahora sí

estoy lista, Caleb.

—¿Estás segura? Sabes que después de esto ya no hay vuelta atrás.

—Y sé también que los sacrificios que realice en esta vida me ayudarán a encontrarlo en alguna otra.

—¿Por eso te vas, Jo? ¿Por eso te apartas de este mundo?

—Sí. Porque comprendí que su amor por mí y el de mi madre van mucho más allá de esta vida terrenal. Incluso, van más allá del cielo y también de las estrellas. Yo... los amo de la misma manera como para quedarme así —ambos admiran el cuerpo de Jo que solo se mantiene vivo artificialmente gracias a las máquinas y aparatos a los cuales se encuentra conectado—. No podría, Caleb. Realmente, no podría quedarme y condenarlos a una vida que no merecen vivir. No puedo ser tan egoísta. Además, no me marché del todo, ¿sabes? Me quedo en cada uno de sus recuerdos, y los recuerdos no mueren jamás, porque perduran en nuestros corazones para siempre.

Le sonrío. De una maravillosa manera él le sonrío al mismo tiempo que la ve aferrarse a la extremidad de Simón.

—Para siempre —replica, contemplándola, cuando el olor a tierra húmeda y a hojas secas vuelve a colmar el ambiente, logrando que Jo se deje envolver por su esencia, por su incomparable olor y por esa fragancia tan especial que le provoca una serenidad y una paz que no ha sentido nunca.

—Sí, para siempre.

Al mismo tiempo que ella responde, la frecuencia cardíaca del monitor que registra sus latidos empieza a desestabilizarse. Así lo nota

Simón, centrando toda su atención en el aparato.

—¡Jo! —Proclama con pavor—. ¡Josefina! ¡Qué ocurre! —Vuelve a expresar, levantándose de la cama para tocar su rostro, para besarle sus pómulos, su frente, sus frías manos cuando la puerta de la habitación ya se ha abierto de par en par.

—¡Detención súbita de la actividad miocárdica y ventilatoria!
—Oye Simón a su alrededor tras dilatar su mirada.

—¡Jo! —Inquiere con desespero cuando es separado bruscamente de su lado por el personal médico que ya se encuentra ejecutando el procedimiento de rigor.

—¡Ausencia de pulso, doctor!

—¡Mi amor! —Vuelve a vociferar, ya luchando con todas sus fuerzas con quienes lo empujan en contra de su voluntad hacia la puerta.

—¡La paciente presenta taquicardia, doctor!

—¡Fibrilación ventricular en tres! ¡Despejen área!

—¡Josefina! —Pronuncia en un grito desgarrador—. ¡Josefina, estoy aquí!

—¡Uno, dos, tres! Enfermera, ¿respuesta?

—¡Sin estímulos, doctor! ¡La frecuencia cardíaca disminuye a pasos agigantados!

—¡Nueva fibrilación ventricular en tres! ¡Despejen área! —repite el especialista, inundando con su vozarrón hasta el espacio más ínfimo de aquella sala.

—¡Jo, por favor! —Simón alza una de sus extremidades hacia ella

como queriendo alcanzarla.

—¡Uno, dos, tres! ¿Respuesta?

—¡La perdemos, doctor! ¡No tiene latidos!

—¡Tercera fibrilación ventricular! ¡Responde, Josefina!

—exclama el médico, ejecutando la pertinente reanimación cuando ella, como ente fantasmal, y ya ubicada a un costado de la ventana junto a Caleb, admirándose a sí misma y luego a Simón, emite entre sollozos, fuerte y claro:

—Por favor, por lo que más quieras, no te hagas más daño, y no me retengas aquí... Y si me quieres... —balbucea—... Y si me amas... deja que me vaya.

—¿Respuesta, enfermera?

—No hay respuesta, doctor.

—¿Frecuencia cardíaca?

La profesional situada junto al monitor ha apagado su voz. En cambio, solo mueve su cabeza de lado a lado cuando el largo e ininterrumpido pitido de la máquina habla por sí solo, silenciando y deteniendo así el respectivo protocolo de resucitación.

Y en aquel cuarto nadie habla. Nadie se decide a emitir un solo sonido hasta que el desgarrador y estrepitoso grito de Simón estalla por doquier, inundándolo todo, al mismo tiempo que el médico, admirándolo desde su sitio, finaliza, diciendo:

—Paciente: Josefina Calvet. Edad: veinticuatro años.
Diagnóstico: muerte por paro cardio respiratorio. ¿Hora de su deceso?

—Cuatro de la mañana con cuarenta y dos segundos, doctor.

La sala de la unidad de cuidados intensivos ha sido inundada por un doloroso silencio. Un mutismo que no ha cesado de crecer de la mano de quienes allí se encuentran, escuchando a cabalidad la información que el médico, con suma delicadeza y detalles, les está entregando sobre la muerte de Josefina.

—Hicimos todo lo posible, pero su cuerpo no resistió el tercer paro cardio respiratorio que la dejó sin ventilación. Se le practicaron las técnicas de reanimación necesarias, pero éstas resultaron insuficientes para traerla de vuelta debido a la gravedad de su estado, dejando de latir por completo su corazón algunos segundos después de la tercera desfibrilación. Lo lamentamos muchísimo, señora Calvet.

—No lo lamente, doctor —le contesta entre sollozos y gemidos—. No lo lamente, por favor, porque el destino de mi hija ya estaba escrito por ella.

Suspira con algo de resignación antes de proseguir.

—Josefina debía partir. Debía volar muy alto y muy lejos de este mundo —admite convencida, cruzando sus empapados ojos con la vista cristalina y humedecida del señor Gallart, quien asiente dándole por sabido.

—Aún así, señora Calvet, reciba usted y su familia nuestras más sinceras condolencias.

Virginia, aferrada a su hermana y a su sobrina Estela, agacha la mirada moviendo la cabeza en señal de agradecimiento. No así Simón quien, de espaldas a un muro, se mantiene paralizado desde la cabeza hasta los pies pretendiendo comprender todo lo que con ella

ha sucedido. Con una de sus manos empuñadas golpea la pared. Una y otra vez lo hace escuchando, desde detrás de su espalda, una voz que no es más que la de su hermano mayor. Y siente, segundos después, su extremidad dejándose caer de lleno sobre su hombro derecho.

No quiere voltearse, se niega a que lo vea llorar como un maldito miserable cobarde, pero sus palabras echan abajo toda su entereza cuando le expresa un significativo: “si me necesitas, sabes que aquí estoy”.

De forma inmediata, se gira hacia él para perderse en la profundidad de sus ojos claros que, en gran medida, se parecen a los suyos y a los de su fallecida madre. No así sus rasgos faciales que se asemejan notablemente a los de su padre, al cual desearía tener en este instante junto a él para que le pudiera otorgar algo más que un fuerte abrazo.

—Jamás voy a dejarte solo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo... sé —balbucea, dejándose caer en sus brazos para llorar y llorar como tanto ansía hacerlo, con pesadumbre, con fuerza y con furor—. Se ha ido —murmura una vez más con impotencia—. ¡La he perdido! —Se sujeta a su macizo cuerpo temiendo perder algo más que la razón, pero cuando un especial aroma se logra colar por sus fosas nasales, y gracias a él alza, de inesperada manera, su bañada y enrojecida mirada hacia el umbral de aquel salón, admira lo que le es tan difícil de entender y, a la vez, asimilar en ese particular momento de su existencia.

Tiembla. No puede evitar estremecerse frente a ese mágico, especial, único y extraordinario instante que, al parecer, solo él

consigue ver a la distancia.

—¿Jo? —murmura sobresaltado, separándose de los brazos que lo sostienen—. Estás... aquí

¿Y qué obtiene a cambio? Una cálida, hermosa e incomparable sonrisa de quien no lo cesa de observar con amor y entusiasmo.

—¡Estás aquí! —repite con ansias cuando, por inercia, ya ha dado un par de pasos en su dirección, atrayendo de inmediato la atención de Tobías, quien admira lo que no consigue ver, menos entender.

—¿Qué sucede? ¿Qué tienes? —formula preocupado.

—Seguramente... —dibuja en sus labios una enorme sonrisa de satisfacción—... ¡La mejor de todas las demencias! —le responde, cuando ya ha conseguido poner en movimiento sus extremidades inferiores para correr tras la figura femenina que avanza por el pasillo, y entre la multitud, contoneando en delicados vaivenes su alborotado cabello pelirrojo—. ¡Jo! —Grita su nombre—. ¡Josefina! —Lo vocifera una vez más, pero sus continuos llamados le son inútiles porque ella no consigue escucharlo, menos detenerse hasta que la pierde por completo de vista.

Desesperado, Simón detiene su andar, sitúa sus manos en su cabeza, las desliza por su cabello sin saber qué más hacer hasta que fija la vista en una entreabierta puerta que, al parecer, conduce sus escaleras hacia la azotea del edificio.

—Dame una señal... ¡Solo una señal! —Suplica, tomando la decisión de traspasar la puerta y ascender por ellas cuando todo lo que logra percibir es ese extraño, pero a la vez dulce aroma a hojas

secas y a tierra húmeda que colma el ambiente—. ¡Jo! —exclama al llegar a ese lugar, en el cual solo encuentra a la fría brisa de la madrugada—. ¡Mi amor, dónde estás! —Replica jadeante al respirar, cerciorándose de recorrer con la mirada hasta el más pequeño recoveco de ese sitio.

—A tu lado—oye, de pronto, a su espalda una familiar voz masculina.

“A tu lado” repite en su mente cuando todo lo que consigue ver es al horizonte que se apresta a recibir a un nuevo día que se hace efectivo con la salida del sol.

—¿Dónde está? —Le pregunta, girándose hacia él—. ¡Dime dónde está Josefina!

—A tu lado —repite Caleb muy sereno—. Ella se encuentra a tu lado y te está sonriendo, Simón.

Al oírlo, se le aguan los ojos, los que por un momento cierra fuertemente, negándose otra vez a abrirlos.

—¿Quién eres? —Articula como si ya lo supiera del todo.

—Creo que no hace falta que te lo diga cuándo, apresuradamente, has sacado tus propias conclusiones al respecto.

Simón suspira con ímpetu sin nada más que hacer o decir hasta que vuelve a oír la cadencia de Caleb, colándose por sus oídos.

—Josefina te ha guiado hasta aquí porque quiere despedirse.

Ante ello, abre los ojos de golpe.

—Pero...

—Si te refieres con ese “pero” a lo que ha sucedido en su

habitación —suspira—, déjame decirte que esa ha sido la partida de su cuerpo. Su alma, Simón, aún sigue aquí.

—¿Dónde? —pregunta con fervor—. ¿Dónde está? ¡Dímelo!

—A tu lado, mi amor —le responde Josefina—. Siempre voy a estar a tu lado.

—A tu lado, Simón —subraya Caleb—. En este momento, ella te está hablando.

—¡No puedo escucharla, maldita sea! —Vocifera furioso, pero consigo mismo—. ¡No puedo oírla!

—Sí puedes —prosigue Jo, evocando ciertas situaciones acontecidas en sus respectivos pasados—. Pudiste escucharme a pesar de todos mis silencios. ¿Qué no lo recuerdas? ¿O ya lo has olvidado?

Caleb transmite sus palabras, consiguiendo que Simón rememore cada uno de esos episodios vividos junto a ella, los cuales le rasgan, de extremo a extremo, el alma y el corazón.

—Porque me amaste tanto que decidiste continuar y, a pesar de todo, traspasar mi forjada y gruesa coraza de hierro —avanza hasta detenerse frente a su semblante empapado en lágrimas—. Te arriesgaste, Simón, no te dejaste vencer y luchaste por mí hasta el final —levanta una de sus extremidades para, con la yema de sus dedos, delinear el contorno de su barbilla—. Me hiciste sentir muy especial, ¿sabes? Acada instante, y con cada detalle tuyo, yo fui muy feliz, tanto que...

—Te amo, Jo —Simón la interrumpe, fijando vista en el horizonte—. Te amo porque cambiaste mi mundo, uno en el cual solo

quería que existieras tú para quererte, para cuidarte y para hacerte feliz.

—Y lo ha conseguido con creces, señor escritor. Créame, usted sí lo ha conseguido con creces.

—¿Dónde estarás, mi amor?

—Aquí —deposita una de sus manos sobre su firme pecho más, específicamente la sitúa a la altura de su corazón—. Siempre aquí y en cada uno de tus recuerdos —deja caer su cabeza en él al tiempo que Caleb comienza a retroceder para otorgarles mayor intimidad y recato.

—¿La veré otra vez? —Le pregunta Simón, alzando deliberadamente el grave volumen de su cadencia—. Tal vez cuando yo... —es lo único que le interesa saber.

—Vive tu vida. Disfrútala y realiza cada uno de tus sueños. Ella desea eso para ti. ¿Vas a negárselo?

Jo voltea el rostro hacia la vista de Caleb.

—No. Claro que no —contesta Simón de inmediato.

—Entonces, no pienses en un después cuando solo te debe importar un “ahora”.

—¿Un “ahora” sin ella? ¿Un “ahora” sin la mujer que lo es todo para mí?

—Y quien se está aferrando a ti con todas sus fuerzas antes de marcharse —le da a entender, deteniendo por un momento su andar—. Y quien estoy seguro caminará todas y cada una de sus vidas para algún día encontrarte en alguna de ellas. Nada sucede porque sí, Simón. Nada es al alzar, recuérdalo siempre.

—¿Vendrás por mí, Jo? —Clava la mirada en un punto equidistante antes de decir—: Algún día... ¿Serás tú quien venga a buscarme?

Al segundo, una fría ventisca azota la azotea del edificio revolviéndole el cabello y congelándole, también, la piel hasta erizarle el más fino vello de su cuerpo.

—Algún día... Sí... Algún día —se responde, cerrando sus ojos cuando algo más que un par de lágrimas ruedan por sus enrojecidas mejillas—. Te amo, Josefina Calvet —le proclama una vez más—, y vayas donde vayas, por favor, no lo olvides nunca.

—Y yo te amo a ti, Simón Busquets, y te amaré en silencio hasta que llegue esa cita y esa hora sin una fecha determinada en la cual nos encontraremos para volvernos a ver, para que el tiempo se detenga a nuestro alrededor y ya no tengamos que vivir presos de la distancia. Y ahí estaré puntual para recibirte, para sonreírte, para tomarte de la mano y así decirte, con el sonido de mi voz, cuanto te amo.

—”Te quiero tanto. Tú lo sientes, ¿verdad? No está en las palabras, no tiene nada que ver con decirlo, con buscarle nombres. Dime que lo sientes, que no te lo explicas, pero que lo sientes, ahora...”

Jo reconoce esa célebre frase de Julio Cortázar que en este momento Simón le ha dedicado en base al amor que ambos se profesan.

—Lo sentí desde el primer momento en que te vi —le murmura, acercando sus labios hacia su boca—, y desde que... —sonríe traviesamente—... me oíste cantar esta canción...

*"I walked across an empty land
I know the pathway like the back of my hand
I felt the earth beneath my feet
Sat by the river and it made me complete
Oh simple thing, ¿where have you gone?
I'm getting old and I need something to rely on
So tell me when you're gonna let me in
I'm getting tired and I need somewhere to begin..."*

Simón no cesa de llorar al oír la voz de Caleb manifestándole "Josefina está diciéndote adiós con una canción. ¿La recuerdas?". Y a partir de ello, lo hace cada vez con más fuerza al evocar ese primer momento que cambió su vida de prodigiosa manera.

—Y te está tomando la mano —prosigue, relatándole en detalle todo lo que acontece—, mientras te mira a los ojos sin dejar de cantar.

*"This could be the end of everything
So why don't we go
Somewhere only we now..."*

—Algún día, mi amor... Algún día nos iremos a ese lugar que solo nosotros dos conocemos. Te lo prometo. Pero mientras tanto, gritaré. Gritaré tan alto por ti que hasta los ángeles sabrán que soy yo el que

pronuncia tu nombre con fuerza.

Sin pensarlo dos veces, termina obsequiándole un suave beso sobre sus labios que él percibe y recibe como una tibia brisa que colma por completo todo su ser, al tiempo que ella se desprende de su cuerpo para admirarlo y acariciarlo por última vez antes de comenzar a retroceder cuando el amanecer ya se hace patente.

—Recuerda lo que soy, y lo que un día fui, y llévame contigo siempre como una presencia viva —. Y así, se gira sobre sus talones para, finalmente, caminar hacia Caleb, quien la espera unos metros más allá con las manos metidas al interior de los bolsillos de su chaqueta de cuero negra.

—Antes de que digas cualquier cosa... —se detiene a un par de pasos de su cuerpo—... Dime que no sufriré. Dime, por favor, que Simón tendrá lo que nunca tuvo conmigo.

Caleb le sonríe estirándole, a la par, una de sus manos, la que, en un primer momento, ella toma con algo de recelo.

—Será feliz —le anuncia, calmándola—, y alguien muy importante también, pero no le comentes a nadie que te lo revelé, ¿quieres? O alguien allá arriba —le indica la inmensidad del cielo azul que se posa sobre sus cabezas—, tendrá grandes motivos para querer desplumarme.

Josefina se detiene para volver el rostro hacia atrás, antes de contemplar como la visión de Simón, desde la azotea del edificio, se va haciendo más y más difusa a medida que asciende sin que se haya dado cuenta de ello.

—¡Por Dios! —emite atemorizada—. ¿Te comenté que le temo a

las alturas?

—No, pero te recomiendo que por tu seguridad y tranquilidad no mires hacia abajo.

Y así lo hace, aferrándose aún más a él.

—Es un chiste, ¿verdad?

—Y un largo camino directo a casa.

—Dime, ¿tu jefe o Alaric te podrían desplumar si yo llego a abrir la boca? —Lo amenaza, otorgándole un no menos cordial guiño que lo hace sonreír.

Al cabo de unos minutos, ambos caminan por un verde prado, el cual se encuentra rodeado por una extensa arboleda, flores silvestres y el trinar de aves que oyen a su alrededor.

—¡Vaya! Siempre creí que caminaría, más bien, por un tétrico túnel oscuro hacia una resplandeciente luz que se halla a lo lejos.

—No estamos precisamente en Hollywood —le recuerda, bromeando—. ¿Qué tan malo puede ser? ¿No te gusta lo que ves?

—No está mal, pero sin ofender, todo esto se parece más a una película de Disney que a mi llegada al cielo. ¿Por qué estamos en el cielo, verdad?

Caleb, como por arte de magia, se detiene, clavando la mirada en un punto en especial.

—¿Qué ocurre? ¿Dije algo malo?

—No, no has dicho nada malo. Es solo que mi camino ha llegado hasta aquí. Ahora, debes continuar tú sola.

—¿Perdón? —Entrecierra la vista sin comprender a qué se

refiere con ello—. ¿Yo sola? No, no puedo hacerlo, Caleb.

Pero él asiente tras su negativa.

—Sí, si puedes, convéncete de ello. Solo mira hacia adelante y ve... te están esperando.

—¿Sigo el camino amarillo también? —Vuelve a formular, pero esta vez muy nerviosa, además de asustada—. ¿Quién me espera? No me digas que tu jefe porque...

Enseguida, y con su dedo índice, le indica un haz de luz que se halla a la distancia.

—No hay un túnel, Jo, pero sí alguien del otro lado que ansía verte.

En cuestión de segundos, un solo rostro se aloja al interior de su mente. El inigualable semblante de un hombre al que ama infinitamente y al que no ha olvidado jamás, a pesar de su lejanía y el paso de los años. Por lo tanto, sin saber qué hacer, menos qué decir, se estremece sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—No tengas miedo. Ya estás en casa. Finalmente, has llegado a tu hogar para reunirte con los tuyos.

—Pero... ¿Dónde irás? ¿Qué será de ti? ¿Por qué debes irte ahora?

—Porque tengo mucho de qué ocuparme allá abajo. Además, me dejaste algunas tareas pendientes por llevar a cabo.

Al instante, piensa en su madre y en Simón.

—¿Te veré otra vez? ¿O ésta también es una despedida?

Caleb le sonríe con agrado, tomando una de sus manos, la que

acaricia con suma delicadeza antes de decir:

—Me quedo con la primera opción. Siempre es grato ver de nuevo a los buenos amigos. Buena suerte, Jo. Dale mis saludos a quienes te reciban del otro lado.

“Sabía que me estaba muriendo, pero de las gigantescas ansias que me invadían por descifrar cada una de las palabras de Caleb.

De acuerdo, ya me encontraba totalmente fuera de mi cuerpo y, al parecer, caminaba muy sola y algo aterrada hacia un haz de luz que, a cada paso que conseguía dar, me cegaba del todo sumiéndome en incertidumbre y también en desesperanza.

En un momento me sentí perdida y quise regresar, lo admito, pero algo me decía que no debía hacerlo, y que tan solo tenía que avanzar hacia lo que en un primer instante vislumbré como un fulgor débil, pero que de a poco se convirtió, nada menos que, en un rayo muy fuerte e incandescente.

¿Lo extraño de esto? Es que podía sentir el calor que emanaba de esta luz que lo cubría y lo envolvía todo a mi alrededor, pero que no me impedía ver cada uno de mis pasos. Hasta que algo muy especial e insólito sucedió, logrando que yo avanzara con más seguridad y, cada vez, con más y más ansias. Porque el amor que irradiaba esa luz era inimaginable e indescriptible, y a cada segundo que transcurría yo lo podía comprobar.

Y cuando logré verlo y reconocerlo, con sus brazos abiertos de par en par esperando por mí, corrí hacia su encuentro como tanto

deseé hacerlo desde su partida para abrazarlo y para aferrarme a él tan solo emitiendo con sumo fervor...

— ¡Papá!

Sí, porque él estaba allí, sonriéndome, y dándole al fin — a pesar de todo mi dolor — , una alegría a mi alma.

SOBRE EL AUTOR

Andrea Valenzuela Araya es una escritora chilena de literatura romántica que, actualmente, reside en la ciudad de San Felipe y quien, desde muy pequeña soñó con algún día dedicarse al maravilloso arte de las letras, escribiendo y contando historias para así encantar y cautivar a sus lectores.

En el año 2012 comienza su travesía literaria con el blog “El libro azul” Déjame que te cuente, en el cual fue plasmando, capítulo a capítulo, lo que fue su primera novela que más tarde decidió auto publicar por la plataforma internacional Amazon.

Entre sus obras podemos mencionar:

- ***“El Precio del Placer”***

Primera entrega de la trilogía que se titula de la misma manera. Es una novela de corte romántico con tintes eróticos que, en su reedición, fue publicada por la editorial española Ediciones Coral en el mes de marzo del presente año y para la que, hoy por hoy, la escritora trabaja.

- ***“Treinta Días”***

Novela romántica contemporánea.

- ***“Con los ojos del Cielo”***

Novela de corte romántico paranormal que, en su reedición, también será publicada tanto en digital como en papel por la editorial española Ediciones Coral en el mes de junio del presente año.

- ***“Todo de ti, todo de mí”***

Segunda entrega de la trilogía “El Precio del Placer”.

- ***“Un Relato por Pausoka”***

Antología solidaria de varios autores en la cual participa con su relato “Desearía que estuvieras aquí”, realizada para la entidad infantil española “Asociación Pausoka”.

- ***“Zorra por accidente”***

Novela romántica contemporánea, perteneciente al subgénero chick lit.

- ***“Ahora o nunca”***

Novela romántica contemporánea reeditada y publicada en el mes de marzo (2016), en digital y papel por la editorial chilena Romance y Letras.

- ***“Glorioso Desorden”***

Antología colegial en la cual participa con su relato “Ana”, junto a otras siete escritoras nacionales, que fue publicada por las editoriales Romance y Letras y Tres Deseos en el mes de abril (2016).

Actualmente, la autora se encuentra inmersa en preparar la última entrega de lo que será el tercer libro de la trilogía que espera tener concluida antes que finalice el presente año y, además, desarrollando otros proyectos afines que muy pronto verán la luz, tanto de manera independiente como de la mano de cada una de las editoriales para las cuales trabaja.

“Porque los sueños no son inalcanzables en la medida que se luce por ellos”, afirma realmente convencida y continúa trabajando, dedicándose con esfuerzo y constancia, por conseguir cada uno de ellos.

Contacto:

andreavalenzuelaaraya@outlook.es

Através de mis letras – Andrea Valenzuela Araya
(Página de autor en Facebook)

Andrea Valenzuela Araya
(Perfil en Facebook)

andreavalenzuelaaraya.blogspot.com
(Blog de Autor)

@AndreaVA32
(Twitter)

